

Ya nadie usa flechas para matar. Ahora hay quien mata por ellas.

EL COLECCIONISTA DE FLECHAS CRISTIAN PERFUMO



EL COLECCIONISTA DE FLECHAS

EL COLECCIONISTA DE FLECHAS

Cristian Perfumo

Edición: Trini Segundo Yagüe

Diseño de tapa: Pablo Rodríguez - <http://finderdesign.info/>

Foto de tapa (puente): Jorge Combina - <https://www.facebook.com/jorge.combina>

www.cristianperfumo.com

© Cristian Perfumo, 2017

Primera edición: julio de 2017

Más libros en www.Libros4.com

*A vos, querido lector.
Me hace feliz saber que estás del otro lado de la página.*

CAPÍTULO 1

—Acá, mirá. Apuntale directo al corazón —le dije a Manuel—. Que el disparo le entre justo al lado del esternón.

Apoyé el índice enfundado en un guante de látex sobre la camiseta de Boca manchada con sangre. Debajo de la tela, sentí el kevlar blando del chaleco antibalas del policía alto y musculoso que llevaba veinte minutos de pie en la posición que le habíamos indicado. Manuel corrigió un poco la trayectoria y el punto rojo del láser se detuvo sobre la punta de mi dedo.

—Así, perfecto. No lo muevas más. Y vos por favor quedate ahí, que ya falta poco —le dije al policía, que asintió con gesto serio.

—Esta noche hay mucho viento. Tenemos que hacerlo bien coordinados. Cuento hasta tres y vos tirás, ¿lista? —me preguntó Manuel.

—Lista —dije sacándome del bolsillo el tubito de plástico.

—Uno. Dos. Tres.

Sacudí el tubito delante del policía y una nube de talco reveló la trayectoria roja del láser. Oí la cámara de Manuel disparando una ráfaga de fotos.

—¡Che, avisen! —gritó la jueza Delia Echeverría exagerando una tos ronca. El viento había transportado el talco directamente a su cara y a la del médico forense. Ambos charlaban retirados a unos cinco metros del policía con la camiseta de Boca.

—Esta está buenísima —dijo Manuel mostrándome una de las fotografías. En la pantalla de la cámara, un láser rojo unía con una línea perfectamente recta el pecho del policía con el portón de rejas de hierro desde el que creíamos que el agresor había tirado.

—Perfecta —coincidí—. Con esto queda bastante claro que el disparo tuvo que haber venido de detrás del portón. Si no, no da el ángulo. Es probable que la reja estuviera cerrada y le dispararan desde afuera.

—¿Qué más hago? —preguntó Manuel.

—Repitámoslo, pero ahora con él arrodillado —indiqué, señalando al policía que tenía puesta la camiseta de Boca con la que había muerto Mario Pérez. En silencio, el suboficial de un metro ochenta y tres, la misma altura que la víctima, se arrodilló frente a nosotros—. Luis dice que según la autopsia la bala entró por el pecho pero salió mucho más abajo, cerca de la cadera. Lo más probable es que estuviera de rodillas y le dispararan desde arriba.

Después de quince minutos de más talco y fotos dimos por concluida la reconstrucción y empezamos a guardar todo nuestro equipo en maletines. De las casas vecinas se asomaban cabecitas que se replegaban al leer la palabra CRIMINALÍSTICA en la espalda de nuestros chalecos.

—¿Qué hacés después de acá? —me preguntó Manuel mientras plegaba el trípode en el que había montado el láser.

—Me vuelvo al juzgado a escribir el informe.

—Pero son las diez de la noche.

—Tiene que estar listo para mañana —dije en voz baja señalando a la jueza, que hablaba con el médico forense sobre los órganos que había destruido el disparo.

—¿Te vas a quedar toda la noche escribiéndolo?

—Si me lleva toda la noche, sí.

—Si querés te ayudo, y si no terminamos muy tarde nos podemos ir a tomar algo. ¿Hacemos trato? —preguntó Manuel extendiéndome una mano para que se la estrechara. Todavía llevaba puesto un guante de látex azul.

—Te agradezco, pero estoy cansadísima. Apenas termine el informe, en lo único que voy a poder pensar es en dormir.

Me quedé un instante en silencio sopesando si no habría sido muy cruel con Manuel. Era un compañero de trabajo de esos que uno quiere llevarse a la mesita de luz porque es bueno y siempre dispuesto a ayudar, pero como hombre no me atraía en absoluto. Y yo intentaba hacérselo saber de la manera menos hiriente posible.

Por suerte, me interrumpió la vibración del teléfono en mi bolsillo.

—Hola.

—Licenciada Badía, soy el sargento Debarnot. ¿Está muy ocupada?

—Estoy haciendo la pericia con láser del caso Pérez. Ya estamos por terminar. ¿Pasó algo?

—Un homicidio en la calle Estrada. Acabo de entrar a la vivienda y confirmarlo. Varón, unos treinta y cinco años.

—No toquen absolutamente nada, que ya salgo para allá. ¿Estrada cuánto es la dirección?

—Mil cuatrocientos veintitrés. La casa grande de piedra frente a la Escuela Número 5.

Al oír aquello se me cerró la boca del estómago.

—¿La casa que era de Garrido?

—Sí.

—Mierda.

—¿Disculpe, licenciada? —preguntó Debarnot del otro lado del teléfono.

—Ehh... no, nada. ¿La víctima tiene pelo negro y corto, con algunas canas?

—Sí. Estoy casi seguro de que es el dueño de Impekable, el negocio de artículos de limpieza. ¿Quiere que le revise los bolsillos para ver si encuentro alguna identificación?

—No, no toquen nada que ya salgo para allá.

No me hacía falta que me dijeran quién era la víctima. Yo sabía perfectamente que se llamaba Julio Ortega. Lo sabía porque había sido mi novio en la secundaria, y porque hacía dos meses habíamos pasado la noche juntos en la casa donde lo acababan de encontrar muerto.

CAPÍTULO 2

Afuera de la construcción de piedra sobre la calle Estrada, el vehículo personal del comisario Lamuedra estaba estacionado entre dos patrulleros.

Saludé a los dos policías que custodiaban la puerta abierta de la casa. Uno de ellos, regordete y vestido de civil, era Debarnot, el que me había avisado por teléfono. Entré mirando a mi alrededor.

—¿Cómo andás, Laurita? —me saludó Lamuedra plantándome un beso en la mejilla.

—Bien, comisario. ¿Y usted?

—Y... me están haciendo laburar después de las diez de la noche. Podría estar mejor. El cuerpo está en el comedor. Vení, pasá. Y cuidado con eso.

Demasiado tarde. Antes de que el comisario terminara de hablar, di el primer paso hacia el interior de la casa y oí un crujido. Me había parado sobre una pila de vidrios rotos debajo de la ventana del recibidor, junto a la puerta. Mi pie rozaba una escoba de cerdas de plástico que seguramente la policía había usado para amontonar los cristales.

—¿Quién barrió los vidrios? Te dije por teléfono que no tocaran nada, Debarnot. ¿No saben que así podríamos perder huellas digitales?

—La escoba ya estaba ahí cuando descubrieron el cuerpo. Nadie tocó nada... hasta ahora —agregó mirando mi pie.

—¿Entraron por acá? —pregunté, señalando la ventana cubierta por una gruesa cortina roja.

Lamuedra negó con la cabeza y apartó la tela. La ventana que daba a la calle tenía los postigos cerrados y el cristal intacto.

—¿Y entonces de dónde salieron estos vidrios?

—Acá la licenciada en Criminalística sos vos —me respondió el comisario encogiéndose de hombros. Con un movimiento de cabeza me hizo señas para que lo siguiera y nos adentramos en la casa.

El pasillo que comunicaba el recibidor con el comedor había cambiado

desde mi visita hacía dos meses. En la pared ya no había ninguna de las fotos de Julio con su novia en el glaciar, en Buzios o en las cataratas. Sí estaban colgadas las dos en las que Julio salía solo en Buenos Aires, una frente al Obelisco y otra en la cancha de River.

En el comedor, los policías habían encendido todas las luces. Al contrario de las escenas del crimen oscuras de las películas, las de la vida real se iluminan al máximo para entender mejor la historia que cuentan el cuerpo y los objetos que lo rodean. Así y todo no logré ver ningún cuerpo, sino únicamente muebles: una mesa ovalada con seis sillas de madera maciza y un sofá beige de espaldas al resto de la habitación, apuntando hacia la enorme televisión en la pared. Los mismos muebles que hacía dos meses.

El comisario señaló el sofá y me hizo señas de que lo siguiera. A medida que lo rodeamos, se revelaron los pies enfundados en náuticos beige, luego el pantalón azul, la camisa blanca y por último la cabeza de Julio. Tenía los ojos abiertos y la cara desfigurada a golpes. El cuerpo estaba en posición fetal, con las manos entre las rodillas y acostado sobre el lado izquierdo. Probablemente había adoptado esa postura a raíz del dolor y el instinto de proteger sus órganos vitales ante el ataque.

—¿Quién lo descubrió? —pregunté apartando la mirada.

—Lo encontró Debarnot, de casualidad —dijo el comisario señalando con el pulgar la puerta de entrada—. No estaba de servicio. Pasaba con su auto particular y le extrañó ver la puerta abierta una noche de tanto viento y frío. Se paró a esperar un rato, y como no vio movimiento, entró.

—¿No tocó nada?

—No, Laurita, no tocó nada —respondió el comisario en tono condescendiente.

Me arrodillé en un rincón de la habitación y abrí en el suelo el maletín que había traído conmigo. Me calcé un par de guantes de látex y respiré hondo varias veces simulando observar con detenimiento todos los detalles del comedor. Cuando pude juntar el coraje suficiente, me puse en cuclillas junto al cuerpo de mi novio de la adolescencia y reciente «toco y me voy» de una noche.

La cara estaba cubierta de cortes y magulladuras, como la de un boxeador al final de una pelea. Al levantarle el labio superior noté que le faltaban los dos dientes de adelante. Las salpicaduras de sangre en la camisa blanca revelaban todo tipo de patrones, desde gotas gordas rodando pecho abajo hasta finos esprays esparcidos con cada golpe.

Sus manos estaban completamente teñidas de rojo. Al examinarlas de cerca noté que en el dorso de cada una había una pequeña herida circular. Con tanta sangre, resultaba imposible determinar qué las había causado. Seguramente el forense lo aclararía durante la autopsia.

Saqué mi cámara de fotos del maletín y tomé planos cortos del cuerpo desde diferentes ángulos. También hice varias tomas de la cara y las manos. Luego me alejé para capturar la escena entera.

Detrás del sofá, a un costado de la mesa ovalada, un mueble enorme de otro tiempo dejaba ver en su interior una colección de copas de vino y vasos de whisky. Sus vidrios estaban intactos. Revisé todas las ventanas de la casa pero no fui capaz de encontrar el origen de los cristales rotos barridos en el recibidor.

—Acá hay más sangre —gritó Debarnot desde el pasillo por el que habíamos entrado.

Encontré al sargento agachado, uno de sus dedos regordetes apuntaba a una mancha ocre junto al zócalo. Por el patrón circular con pequeñas manchitas alrededor, era una gota que había caído de una altura considerable. Teniendo en cuenta que estaba lejos del cuerpo, lo más probable era que se hubiera desprendido de las manos ensangrentadas del atacante mientras huía. O quizás Julio, en un intento por defenderse, había logrado herir un poco a su asesino.

Le saqué varias fotos a la gota y luego la toqué con un hisopo de punta de algodón. Estaba completamente seca. La raspé con la hoja de una navaja y recolecté las escamas marrones en un pequeño tubo para analizarlas en el laboratorio. Aunque revisamos al milímetro el resto de la casa, fuimos incapaces de encontrar más sangre.

Saqué algunas fotos más del cadáver y luego di la orden de que llamaran a los bomberos para que lo trasladaran a la morgue. Mientras esperábamos, volví a los vidrios rotos junto a la puerta de entrada, debajo de la ventana intacta. De mi maletín saqué una caja con bolsas de plástico de esas para congelar comida y fui guardando una a una todas las esquirlas. Conté más de cincuenta.

El único mueble del pequeño *hall* de entrada era un armarito esquinero con puerta de vidrio, también impecable. Me agaché para asegurarme que no hubiera quedado alguna esquirla debajo. Efectivamente, algo me devolvió el destello de la linterna.

Tanteé con la mano enfundada en látex hasta dar con un objeto que me

pareció demasiado irregular para tratarse de un trozo de vidrio. Al ponerlo sobre mi palma descubrí que se trataba de una punta de flecha de unos cinco centímetros de largo.

Era una pieza preciosa. Tenía forma de lágrima y descomponía la luz de mi linterna en reflejos tornasolados como los del interior de un mejillón. Jamás había visto una de ese color. Los tehuelches, el pueblo originario de esa zona de la Patagonia, las hacían ocres, amarillas, negras, blancas, verdes y hasta transparentes. Pero de ese tono iridiscente yo no había visto nunca.

CAPÍTULO 3

Entré al juzgado y me quité el abrigo mientras caminaba hacia mi laboratorio. Abrí la puerta y, desde el umbral, lo tiré sobre una silla. Volví al pasillo y subí las escaleras de dos en dos. Al girar a la derecha, ahí estaba, como todas las mañanas, Isabel Moreno con la vista pegada a su teléfono.

—Llegás tarde —me dijo con una sonrisa.

—¿Ah, sí? No me digas.

—Ya están todos adentro.

Con una de sus uñas larguísimas, pintadas de fucsia, señaló la puerta de madera que daba al despacho de la jueza.

—Momentito. ¿Adónde vas? —dijo a mis espaldas, alzando la voz.

—¿No te parece obvio? Hay una reunión sobre un caso, yo tengo que estar en esa reunión, voy a la reunión. Si querés te hago un croquis para que lo entiendas.

—No podés pasar sin que te anuncie primero. Para algo la jueza tiene una secretaria, ¿no te parece?

Así era cada puta vez que hablaba con Isabel Moreno. En mi cabeza, me refería a ella como “la harpía”, aunque nunca comenté con nadie aquel apodo. Era una mujer cuarentona que llevaba más de veinte años trabajando de administrativa en el juzgado. De hecho, era la empleada más antigua. Y esa antigüedad, según su forma de ver, le otorgaba derechos que no estaban escritos en ningún lado.

—No hace falta que me anuncies. Me están esperando —apunté.

—¿Me vas a decir cómo tengo que hacer mi trabajo?

El hecho que un hombre la hubiera dejado por mí hacía dos años tampoco ayudaba mucho a nuestra relación.

—No me jodas, Isabel, que es muy temprano —dije y abrí la puerta del despacho.

—¡Por fin! —exclamó la jueza Delia Echeverría levantando la vista de unos papeles.

—Buen día, perdón por la demora —dije ofreciendo una sonrisa forzada a ella y a los dos hombres sentados al otro lado de su escritorio: el comisario Lamuedra y el sargento Debarnot, la persona que había descubierto el cadáver de Julio Ortega.

Un ventanal enorme le daba a la jueza una vista maravillosa de la ría, que oscilaba entre el gris plomizo y el turquesa dependiendo del cielo, el viento y la marea. Aquella mañana el agua era de color azul oscuro y se movía con fuerza hacia el oeste con la marea subiente.

Del otro lado de la ría, la margen sur se extendía hasta el horizonte completamente deshabitada. La única construcción a la vista era una casa abandonada que en otro tiempo había pertenecido al finado pescador Ceferino Cafa. Menos de un kilómetro hacia el oeste, una enorme roca volcánica en forma de «Y» a la que llamábamos Piedra Toba se erguía desafiando a la gravedad.

Al ver que no había más sillas libres, el comisario Lamuedra hizo un ademán de levantarse para cederme la suya. Yo insistí en que no era necesario y me senté sobre una enorme caja fuerte de hierro junto a la ventana, debajo de un cuadro que contenía, aunque yo no sabía de qué manera, la combinación para abrir el mecanismo de seguridad.

—El sargento acababa de empezar a contarnos cómo se encontró el cuerpo. Comience de nuevo, así la licenciada Badía está al tanto.

Debarnot asintió con un gesto solemne.

—Ayer a la tarde me tocaba una recorrida a pie con el cabo primero Vilchez por la zona vieja del pueblo.

—Donde está la casa de Ortega.

—Sí. Serían las dieciséis quince cuando salimos a la calle. Aproximadamente a las dieciséis treinta pasamos por delante de la casa de Ortega y observamos que la puerta estaba abierta. Lo recuerdo perfectamente porque hicimos unas bromas sobre el frío que haría dentro de la casa.

A pesar de que no llegaba a los treinta años, Debarnot hablaba siempre con esa seriedad férrea de los policías de antes. Aquellos modismos y palabras no las había aprendido en la academia de policía, sino en su propia casa. Su padre, el oficial Debarnot, había llegado a comisario en los años ochenta y, treinta años después, los policías de Puerto Deseado todavía contaban historias sobre su sentido de la justicia y falta de miedo a la mano

dura.

—¿Y no fueron capaces de golpear para ver si todo estaba bien? —preguntó Lamuedra—. En media hora más iba a estar completamente oscuro, ¿no le parece sospechoso que alguien deje la puerta abierta en pleno invierno?

—No, la verdad es que no se nos pasó por la cabeza.

—Si hubiera golpeado —dijo Lamuedra, pero dejó la frase colgando tras un ademán conciliador de la jueza.

—De eso no me puede echar la culpa, comisario.

Aquella contestación le hubiera costado caro a cualquier otro suboficial. Pero dentro de la comisaría, Mariano Debarnot había logrado un lugar privilegiado. Llevar ese apellido le permitía moverse con comodidad a un lado y a otro del velo no tan invisible que separaba a oficiales y suboficiales en cualquier fuerza armada.

—Siga, por favor —intervino Echeverría.

—A la noche, cuando terminó mi turno, me fui a jugar al fútbol. Tenemos un equipo con varios compañeros de la comisaría y estamos participando en un torneo. A la salida del partido, pasé por la casa de Ortega. Supongo que en el fondo sí que me había parecido raro lo de la puerta, porque volví.

—Y seguía abierta —arriesgué.

—Exactamente. Y hacía ya cinco horas que estaba oscuro. Con lo fría que estaba la noche, era imposible que no hubiera pasado algo raro.

—¿Esto a qué hora fue?

—El partido terminó a las diez, así que habrá sido a las diez y veinte. Estacioné el auto frente a la casa y golpeé la puerta abierta varias veces antes de entrar.

Debarnot tomó aire antes de seguir hablando. Su voz era firme y su expresión, dura. Parecía concentrado en demostrar al comisario y a la jueza que era lo suficientemente valiente para no verse afectado por el horror con el que se había encontrado.

—Cuando ingresé a la vivienda, descubrí el cuerpo de Ortega.

—¿Y ahí fue cuando avisó a la comisaría?

—Sí. Inmediatamente después de tomarle el pulso y comprobar que estaba muerto.

—¿Y registró el resto de la casa?

—No, porque no tenía el arma de servicio conmigo. El atacante podía

seguir allí.

—Ahora sabemos que no es así —apunté—. La sangre llevaba varias horas coagulada. Además, la puerta estaba abierta desde hacía al menos cinco horas.

—Eso es fácil decirlo ahora, pero en ese momento el suboficial lo ignoraba —intercedió la jueza.

Debarnot siguió hablando como si no hubiera registrado el cable que le acababa de tirar Echeverría. No supe si lo hizo para restarle importancia y no hacerme quedar mal delante de la jueza o por no admitir que había tenido miedo de registrar la casa.

—El resto, ustedes ya lo saben. Diez minutos más tarde estábamos los cuatro en ese comedor.

CAPÍTULO 4

La jueza agradeció a Debarnot y el comisario le dijo que volviera a sus funciones. Cuando nos quedamos los tres solos en el despacho, Echeverría habló dirigiéndose a mí pero mirando a Lamuedra.

—Con el comisario queremos que te encargues vos de este caso, Laura.

—Por supuesto, ya mismo me voy para el laboratorio a analizar la evidencia.

—No me refiero a eso. Bueno, no *solamente* a eso.

—No entiendo —agregué, aunque lo entendía perfectamente.

—Queremos que uses tus dos trajes. El de licenciada en Criminalística para analizar la evidencia y el de policía para tomar declaración a los testigos, preguntar a los vecinos, ya sabés, ese tipo de cosas.

—Pero hace ya casi tres años que no hago trabajo de policía.

El comisario soltó un soplido.

—¿Realmente hace falta que te recuerde que sos policía y que estás a préstamo en el laboratorio forense del juzgado? «A préstamo» —recalcó.

—¿Pero por qué en este caso? —pregunté, cuando en realidad lo que quería preguntar era por qué justo en el caso en que la víctima había tenido relaciones conmigo hacía apenas dos meses.

—Porque sos lo mejor que tenemos en la comisaría en este momento.

Lo primero que me vino a la mente fue inventarme una excusa. Una mentira que dejara claro que yo no tenía que estar al frente de ese caso. Pero quedaría de lo más sospechoso que cualquier oficial desaprovechara una oportunidad así. Y más aún yo, que además de policía era criminóloga. No, no había mentira posible. Si quería zafar, tenía que decirles la verdad. Explicarles el conflicto de intereses que me impedía actuar y punto. Entonces sí que me apartarían de la investigación por completo.

Pero, ¿quería zafar? ¿Quería quedarme viendo este caso, que prometía ser uno de los más interesantes de los últimos años, desde el banco de

suplentes?

—Además —agregó Lamuedra—, el pelotudo del oficial Ruiz se acaba de quebrar la tibia y el peroné jugando al fútbol, y la inspectora Peláez está de licencia por maternidad.

—Me alegra saber que me llaman porque no les queda más remedio.

—¿Pero a vos no hay nada que te venga bien? —rugió el comisario—. Si te pido que trabajes de vuelta en la comisaría te calentás, y si no te lo pido, también te calentás.

Antes de que pudiera contestarle, golpearon la puerta del despacho. Era Manuel Locane, el técnico del juzgado, que nos saludó con un ademán y ocupó la silla en la que había estado Debarnot cinco minutos atrás.

—Locane, la licenciada Badía se pondrá al hombro la investigación —zanjó la jueza, que se había mantenido al margen de mi discusión con Lamuedra—. ¿Qué sabemos de la víctima?

—Desde anoche hasta ahora solo tengo la información que pude sacar de internet —dijo Manuel abriendo una *laptop* sobre el escritorio—. Sobre todo redes sociales. Hay que confirmarla y ampliarla hablando con gente.

El técnico se pasó una mano por la cabeza afeitada, como acomodándose una melena imaginaria. Luego tecléo a la velocidad de la luz.

—Julio Ortega. Argentino, 43 años. Dueño de Impekable, el negocio ese que está en la calle Sarmiento. Vende artículos de limpieza. Supongo que últimamente no le estaría yendo muy bien porque en Facebook tenía decenas de publicaciones de ofertas por liquidación. Parece que a la tienda no le quedaba mucho tiempo de vida.

—¿Soltero? —preguntó Lamuedra.

—Sí. Según su perfil de Facebook estaba en una relación con Noelia Guillón. Parece que llevaban años juntos.

—¿Ya le avisaron a la novia? —pregunté, dándoles la espalda y fingiendo prestar atención al cuadro sobre la caja fuerte.

La pintura representaba un bar donde los parroquianos no eran personas sino números con pequeños brazos y piernas. Mi preferido era un ocho con sombrero mexicano, acodado en la barra junto a un vasito de tequila. Desde el día en que oí una conversación que no debí haber oído, siempre que miraba el cuadro me preguntaba cuál era exactamente la relación que guardaban esos números con la combinación que abría la cerradura un metro más abajo.

—No, porque no es familiar directo —dijo Echeverría—. Si fuera la

esposa sería distinto.

—Parece que Noelia Guillón está de viaje —intervino Manuel—. Hace tres días que no para de publicar fotos de las cataratas del Iguazú en las redes sociales.

—¿Y con quién sale en las fotos? —preguntó Lamuedra.

—Sola.

—Bueno, la licenciada Badía se va a encargar de contactarla para avisarle.

—Pero no es familiar directo —repliqué, haciendo eco de las palabras de la jueza.

—Eso quiere decir que no estamos obligados a avisarle, pero pongamos un poco de sentido común. Es mejor que se entere por nosotros que de cualquier otra forma. ¿No le parece, señora jueza?

—De acuerdo —dijo Echeverría—. Avisale vos, Laura.

Asentí con la cabeza tres veces, y acompañé cada movimiento repitiendo mentalmente la misma palabra. Mierda.

—¿Entonces qué familiares saben que Ortega está muerto? —preguntó Lamuedra.

—No fuimos capaces de encontrar familiares directos —respondió la jueza—. Pusimos un anuncio en la radio preguntando, seguramente esta mañana empiecen a transmitirlo.

—Sus padres murieron cuando él era muy joven —agregué.

—¿Y eso vos cómo lo sabés?

—Cuando yo iba a la secundaria, Ortega era una especie de *sex symbol* del pueblo. El chico rebelde de veintilargos con el que soñaban todas las adolescentes. Y en un pueblo de este tamaño, la mayoría de sus admiradoras se sabían su biografía bastante bien.

—¿Y vos eras una de esas admiradoras? —preguntó Manuel.

—¿Qué más sabe de Ortega, Badía? —preguntó Lamuedra.

—No mucho más —respondí y un nudo me apretó el estómago por ocultar información a mis jefes directos. Si se enteraban de nuestro noviazgo fugaz en la adolescencia no pasaría nada, pero si llegaban a descubrir la historia de hacía dos meses...

—Parece que le gustaba bastante la buena vida —agregó Manuel, interrumpiendo mis pensamientos—. Subía fotos de las cervezas importadas, whiskys y vinos que tomaba. Además, yo diría que era aficionado al juego. En su perfil hay publicaciones de puntajes obtenidos en varias aplicaciones

de apuestas. También colgaba fotos posando en la puerta de cada uno de los casinos que visitaba. Mar del Plata, Puerto Madero, Comodoro, Madryn y, lógicamente, el de Puerto Deseado.

—Ese es un buen lugar para empezar a buscar. Sobre todo si su relación con el juego era patológica. Badía, quiero que averigües si Ortega le debía dinero a alguien.

Asentí algo confundida. Aunque el hedonismo de Julio no me tomaba por sorpresa, ignoraba por completo su faceta timbera.

—¿Algo más? —preguntó la jueza mirándonos a los tres.

—Hay algo que no me cierra de esa escoba y los vidrios en la entrada de la casa —intervine—. No hay ninguna ventana, ni cuadros, ni puertas rotas. ¿De dónde salieron?

—Puede que no tengan nada que ver con el caso. A lo mejor se rompió algo y Ortega lo estaba barriendo cuando entraron a atacarlo.

—Sí, pero ¿qué es lo que se rompió? ¿De dónde salieron todas esas esquirlas? También es curiosa la punta de flecha que encontré debajo del armario.

—Si te parece relevante investigalo, Laura. Te repito, estás a cargo —zanjó la jueza dando por terminada la reunión.

Lo primero que hice al salir del despacho fue abrir Facebook en mi teléfono y cancelar mi amistad con Julio Ortega. Lo segundo fue ubicar a Debarnot y decirle que le transfería la responsabilidad de notificar el fallecimiento a la novia de la víctima. Esgrimí que como había sido él quien descubrió el cadáver, era la forma más sensible de actuar. Intentó persuadirme de que lo hiciera yo, pero insistí y al final aceptó a regañadientes.

En otra situación, le habría puesto los puntos sobre las íes. Como la vez que le dije al cabo Ramírez que si tenía problemas aceptando órdenes de una mujer, yo me ofrecía a prestarle plata para que se comprara un pasaje al siglo XXI. Pero con Debarnot no se me ocurrió nada ni la mitad de original.

Solo me importaba no tener que ser yo quien le diera la noticia a la novia de Julio.

CAPÍTULO 5

La puerta de mi laboratorio en el juzgado se abrió tan de repente que el pedazo de vidrio que tenía en la mano se me cayó sobre la mesa de acero inoxidable, partiéndose en dos. Era Manuel.

—¿No te enseñaron a golpear a vos, nene?

—Perdoname, no quise... —dijo, pero sus palabras se detuvieron cuando lo ojos se posaron en la mesa sobre la que yo llevaba inclinada más de una hora—. Vos debés ser buena para los rompecabezas.

Después de pasarles el polvo para revelar huellas dactilares a cada uno de los trozos de vidrio —terminaron siendo cincuenta y tres—, los había dispuesto sobre la mesa y había logrado reconstruir un rectángulo de sesenta centímetros por cuarenta. Como en los rompecabezas reales, había empezado por los bordes, y ahora me faltaba la parte más difícil: descubrir dónde iban las piezas del centro. Aunque eso ya no era tan crítico. Lo importante para mí eran las dimensiones del vidrio original.

—Veo que descubriste algunas huellas —dijo Manuel señalando los trozos de vidrio manchados de polvo negro.

—Sí, hay varias. Muchas de ellas parecen ser de Ortega, pero también hay otras que no. Estas cuatro en uno de los costados, por ejemplo —dije señalando los rectángulos transparentes que había dejado la cinta adhesiva en el polvo al levantar las huellas.

—¿Y ya sabés de dónde salió el vidrio? —preguntó Manuel.

—Ni idea.

En su cara se dibujó una sonrisa de labios pegados. Luego se metió una mano en el bolsillo del *jean* y sacó el teléfono de Julio, que yo le había dado para analizar.

—Acá tengo la respuesta. No me digas que no me merezco que salgamos una noche a tomar algo. Sesenta y nueve, sesenta y nueve.

—¿Qué?

—Es el código nuevo que le puse al teléfono.

—Decime que encontraste algo y que vale la pena aguantarte —dije riendo.

—Claro que encontré algo. Si no, no vendría a molestarla, licenciada.

Manuel ingresó el código en el teléfono y me mostró una foto en la pequeña pantalla. En ella se veía un cuadro hecho con puntas de flecha sobre un fondo de terciopelo rojo. Yo había visto muchos así. En la Patagonia había miles de aficionados a buscar flechas talladas por los tehuelches, y una de las formas favoritas de exhibirlas era en cuadros como el que había en esa fotografía.

En este caso, las flechas estaban dispuestas en forma de un triángulo de doce piezas —cinco por lado— en cuyo centro había una punta algo más ancha que las demás.

Hice *zoom* en la pantalla y examiné la flechas una por una. Eran trece en total y todas tenían la misma forma de lágrima y la misma tonalidad tornasolada que la que yo había encontrado en la escena del crimen.



El reflejo en un rincón del cuadro demostraba que las piezas estaban protegidas con un vidrio. Estimé que tenía aproximadamente las mismas dimensiones que el que yo estaba reconstruyendo sobre mi mesa.

—Esto se lo tenemos que mostrar a la jueza —dije.

—Llegás tarde. Ya se lo mostré.

—¿Y qué dijo?

—Que le va a mandar la foto a un amigo arqueólogo de Buenos Aires, aunque yo no creo que por ahí lleguemos a nada.

—Yo tampoco —dije.

No podía haber estado más equivocada.

CAPÍTULO 6

La mañana estaba tan fría que al entrar a la morgue del juzgado, el ambiente me pareció cálido.

Visto desde afuera, el lugar donde se hacían todas las autopsias del pueblo se asemejaba más a un garaje que a otra cosa. De hecho, tenía hasta las medidas de un garaje. Por dentro, alguien que no sabía para qué se usaba habría dicho que era un depósito de cajas viejas con una bañera de acero inoxidable un tanto extraña en el centro y una heladera de dimensiones poco convencionales en un rincón.

Luis Guerra, el médico forense de Puerto Deseado, estaba sentado en una silla con los pies encima de la mesa de autopsias. Tenía en sus manos el teléfono que su hija le acababa de regalar para su cumpleaños número cincuenta y cinco. Lo usaba tocando la pantalla con el índice y mirándolo con los anteojos apoyados en la punta de la nariz. En el suelo, junto a él, lo acompañaba su inseparable taza de café.

—Por fin llegaste, Laurita. Ya estaba por empezar solo. —Los más de veinte años que llevaba en Deseado no habían hecho mella en su acento cordobés.

—Me dijiste a las ocho. Son menos diez. Y dejá, no te levantes que yo me agacho a saludarte.

Riéndose de mi comentario, Luis agarró su taza y se incorporó para darme un beso rápido en la mejilla.

—¿Querés un café?

—No, gracias —respondí colgando mis cosas en un perchero. Luego abrí un armario y me puse un par de guantes de látex—. Si te parece arrancamos porque hoy va a ser un día larguísimo.

—Como quieras. Acá el médico forense soy yo, así que se hace lo que la ayudante dice.

—Y sí, porque si no te quedás sin ayudante —retruqué con una sonrisa.

Era cierto, mi presencia en la morgue era totalmente voluntaria. No me correspondía estar presente en las autopsias, pero iba porque así se le hacía más fácil a Luis, y también porque aprendía muchísimas cosas que luego me servían para entender mejor las escenas de homicidios. Además, Luis era un maestro increíble.

—¿En cuál está? —pregunté, señalando las cuatro puertas de la heladera.

Luis también se puso guantes y rodeó la mesa de disección. Agarró la manija de una de las puertas y tiró de ella dando pasos hacia atrás. La bandeja de aluminio de dos metros se deslizó hacia afuera hasta que el cuerpo de Julio quedó completamente al descubierto.

Al verlo sentí una punzada en el estómago parecida a la que había experimentado la primera vez que entré a una morgue. Sin embargo, hacía ya quince años de aquello, y en todo aquel tiempo como policía, estudiante de Criminalística y luego en mi carrera profesional, ya nunca había vuelto a tener aquella sensación. Los cadáveres se habían convertido en una herramienta de trabajo.

Luis agarró las dos asas de la bandeja del lado de la cabeza. Yo, las de los pies.

—Uno, dos, tres —dijo y ambos levantamos el cuerpo para llevarlo a la mesa de autopsias.

Los bomberos, que eran los que siempre se encargaban de transportar los cuerpos a la morgue, los metían en la heladera tal y como los habían encontrado. Con lo cual, Julio todavía estaba cubierto de sangre y llevaba la ropa con la que había muerto.

Luis le sacó los náuticos y las medias, y luego tomó una tijera de uno de los estantes a su espalda y empezó a cortarle el pantalón. Yo hice lo mismo con la camisa blanca salpicada de sangre.

Cuando tuvimos el cuerpo desnudo sobre la mesa, Luis abrió la ducha y comenzó a lavarlo. Le llevó al menos diez minutos quitar toda la sangre reseca que cubría la cara, el pelo, el cuello y las manos. Cuando terminó me señaló su teléfono, que había dejado en otro de los estantes junto a la taza de café.

—Fijate si ese tiene para grabar voz, como el tuyo.

—Todos tienen eso.

—Bueno, sacate los guantes y ponémelo para grabar, así empezamos. Ya estoy harto de esa catramina que engancha las cintas —dijo señalando una

grabadora de *cassettes* que tendría aproximadamente mi edad y con la que hasta ese día Luis registraba las bitácoras de sus autopsias.

Descargué una aplicación de grabación de sonido en el teléfono del forense, la puse en marcha y dejé el aparato en una mesa a pocos centímetros del pelo corto y todavía húmedo del cadáver.

—Soy el médico forense Luis Guerra. Son las ocho y veinticuatro de la mañana del ocho de agosto de dos mil diecisiete. Me encuentro acompañado de la licenciada Laura Badía para realizar la autopsia de Julio Ortega en la morgue del Juzgado de Primera Instancia de Puerto Deseado. El cadáver presenta múltiples laceraciones y hematomas en rostro y cabeza, producto de golpes, probablemente de puño.

La mirada de Luis bajó por el cuerpo de Julio hasta detenerse en el vientre.

—También hay hematomas alrededor de la zona abdominal, algunos extendiéndose hasta el esternón y la parte inferior del tórax.

Luis palpó el estómago y luego observó los brazos, levantándolos. Su mirada se detuvo en el dorso de una de las manos. Con el revés de su muñeca se acomodó los anteojos en el puente de la nariz y acercó la mirada a la mano de Julio.

—Esas marcas me llamaron la atención cuando examiné el cadáver la noche que lo encontramos. ¿Qué son? —le pregunté, volviendo a ponerme los guantes.

—Lesiones circulares, pero son viejas. Ya estaban cicatrizando. Parecen quemaduras.

—Como si le hubiesen apagado cigarrillos en la piel —dije agarrando la mano para examinarla. Al tocar el cadáver, volví a tener esa sensación de angustia en el estómago y lo solté.

Los nudillos de Julio hicieron *clunk* al golpear con el acero inoxidable.

—No son de cigarrillo —dijo Luis sin un ápice de duda—. Son demasiado profundas. Un cigarrillo se apagaría antes de traspasar la epidermis.

—¿Entonces?

—Yo diría soplete o metal al rojo vivo, pero eso lo sabremos bien cuando analicemos el tejido bajo el microscopio.

—¿Cuánto tiempo tienen esas quemaduras? ¿Una semana?

—Sí, o a lo mejor un poquito más. Esa es otra de las dudas que nos resolverá el análisis. Pero empecemos por lo macro, que para lo micro hay

tiempo.

Luis se acercó a uno de los estantes y abrió una caja de metal del tamaño de un libro. Al volver a girarse, tenía su bisturí en una mano y mi cuchillo en la otra.

Me lo había mandado a hacer por un artesano en Buenos Aires cuando empecé a hacer autopsias en la facultad. La mayoría de mis compañeros prefería un bisturí, pero a mí el cuchillo se me antojaba más cómodo. Y más seguro, porque yo misma había diseñado el mango con una protuberancia donde la madera se unía a la hoja, para evitar rebanarme un dedo en un descuido.

—¿Es necesario abrirlo? —pregunté.

—Y, sí. Es una autopsia —me respondió, extrañado—. No sabemos si la muerte fue por los golpes en la cabeza o en el abdomen. O por cualquier otra cosa. Como mínimo tenemos que ver si hubo alguna hemorragia interna.

Asentí en silencio. Por un momento me pregunté qué más daba si había muerto por golpes en la cabeza o en otro lado. Lo habían matado a palos y eso era lo que en realidad importaba, habría dicho cualquier persona.

Cerré los ojos y tomé aire. Descubrirme pensando así, como cualquier persona, me horrorizó. Como si yo no supiera el efecto mariposa que puede tener un detalle así en la sentencia de un juicio.

—¿Querés abrir vos? —me preguntó Luis, extendiéndome el cuchillo por encima del cadáver.

—Sí —mentí.

—Entonces agarrá el cuchillo, ¿no?

—Sí, claro.

Volví a tomar aire y observé la hoja de acero inoxidable rayada por los incontables pasos por la piedra de afilar. La potente luz sobre nuestras cabezas que se reflejaba en el metal se movía sobre el cuerpo inerte al compás del temblor de mi mano.

—¿Qué te pasa?

—No sé. No me siento muy bien.

—No vayas a vomitar acá que me arruinás el laburo, Laurita.

Acompañó la última frase con una sonrisa, pero su expresión se congeló cuando me miró a los ojos.

—Laura, estás pálida. ¿Querés que salgamos un rato afuera?

Negué.

—¿Querés irte a tu casa? Yo la puedo hacer solo.

Negué aún más fuerte con la cabeza y apoyé el filo del cuchillo sobre el esternón magullado de Julio. Ahora solo me faltaba empujar y deslizar la hoja hacia abajo como lo había hecho tantas otras veces.

¿Qué carajo te pasa, Laura?, pensé para mis adentros.

Nada. Respiro hondo tres veces y empiezo, me contesté a mí misma.

Mirando el cuerpo desnudo y lívido de Julio, me vino a la mente el primer beso que nos dimos, a la salida de la Escuela de Comercio cuando teníamos dieciséis años. Tomé aire. Recordé las cartas de amor cursis que me escribía a pesar de que era yo la que estaba embobada con él. Y también recordé que cada vez que me sentaba a contestárselas no lograba escribir algo genuino. Quería estar con él porque en esa época Julio Ortega estaba de moda, pero no me gustaba. Exhalé y recordé el día que decidí que no sentía nada por él y se lo dije. Inspiré y recordé el encuentro fortuito que habíamos tenido hacía apenas dos meses, después de tantos años. Largué todo el aire de golpe.

—Perdón, Luis, no puedo.

Caminé rápido hacia la salida de la morgue, dejando el cuchillo sobre el pecho que hacía pocas semanas había acariciado.

CAPÍTULO 7

La ropa fue cayendo a mis pies hasta que quedé completamente desnuda en el baño de mi casa. Me la quité como un autómata, sin pensar. Todavía tenía la cabeza en la morgue, donde hacía veinte minutos me había quedado paralizada frente a un cadáver por primera vez en mi vida.

Miré por un instante los dos gruesos trazos rojos en la cortina de la ducha. Las marcas tenían la forma inconfundible de dos manos ensangrentadas intentando agarrarse a la tela plástica antes de caer al suelo.

Quizás ya era hora de cambiar esta cortina, pensé mientras la corría para abrir el agua. Por un instante, volví a fantasear con irme a vivir a la cordillera y dedicarme a cualquier otra cosa. Era una idea cada vez más frecuente, aunque nunca me duraba mucho.

Cuando el agua salió caliente, me metí en la ducha, cerré los ojos y puse la cabeza bajo el chorro. No sé cuánto tiempo permanecí ahí, inmóvil, dejando que la lluvia me golpeará la cara, intentando sin éxito no pensar. La imagen del cuerpo de Julio parecía haberse grabado en mis retinas.

Nunca me había paralizado así en una autopsia. Ni siquiera con el cadáver huesudo y de piel fina de la señorita Cristina, mi maestra de primer grado. Ni con el cuerpo hinchado de Daniela, mi vecina de la infancia, con la que nos juntábamos a jugar en la calle cuando no hacía demasiado frío.

Tampoco es que yo fuera un monstruo sin sentimientos. Desde luego, me había dado una pena terrible enterarme de que Daniela se había ahogado en la ría, dejando sin mamá a dos nenes chiquitos. Incluso lloré antes de entrar a la morgue, pero una vez dentro hice mi trabajo con normalidad. Al fin y al cabo, el cuerpo no era la persona sino un manojito de tejidos que el forense y yo diseccionábamos con precisión para encontrar respuestas.

Hasta ahora, siempre había logrado dejar mis sentimientos afuera del trabajo.

Un trabajo que afectaba a muchos y que podían hacer muy pocos.

Un trabajo que casi nadie comprendía.

Un trabajo que «aunque no siempre sea agradable, me encanta», pensé mientras me frotaba la cabeza para que el champú hiciera espuma. Sonreí, aunque me sorprendió un poco descubrir que estaba repitiéndome a mí misma una frase con la que me había defendido mil veces cuando la gente me confesaba, sin que nadie se lo pidiera, que ellos no podrían dedicarse nunca a algo así.

Muy distinto sería si me hubiera quedado en Buenos Aires después de la facultad. Entonces sí que no aguantaría más mi trabajo. Mi amigas de allá llevaban años especializándose en un área determinada. La que se dedicaba a balística, analizaba proyectiles cinco días por semana. La de huellas, huellas. Yo en cambio, al ser la única perito forense del pueblo, tocaba un poquito de cada instrumento. A veces analizaba frenadas de coches, otras fotografiaba manchas de sangre y de vez en cuando ayudaba a Luis con una autopsia, que él siempre convertía en una verdadera clase magistral.

Claro que me apasionaba lo que hacía. Si no, no habría configurado mi teléfono para que sonase como un disparo cada vez que me llegaba un mensaje, ¿no? Ni le hubiera pedido a la profesora de pintura de mi tía que dibujara marcas de manos sangrientas en la cortina de ducha.

Lo de hoy había sido un desliz, concluí. Algo que le podía pasar a cualquiera. Nada que justificara una huida a la cordillera.

CAPÍTULO 8

Estaba por terminar de enjabonarme el cuerpo cuando el agua de la ducha empezó a perder fuerza.

No, no, no, pensé apresurándome a enjuagarme bajo un chorro cada vez más débil, que en segundos se convirtió en poco más que un goteo.

—Mierda —dije en voz alta, abriendo la cortina de un manotazo.

Me había quedado sin agua por tercera vez en menos de un mes. En esto sí que envidiaba a mis amigas de Buenos Aires. Analizaban huellas todo el día, sí, pero se duchaban sin sorpresas.

Hacía unos años una de ellas había venido a visitarme y al principio no le entraba en la cabeza que en Deseado el agua corriese por la red solo unas horas cada cuatro días. Con eso se llenaba el tanque de cada casa y luego había que administrarse hasta la siguiente vez. Cuando le conté que mucha gente se levantaba a la madrugada, cuando entraba el agua, para poner el lavarropas, había soltado una carcajada creyendo que le estaba tomando el pelo.

Me pasé la toalla por el cuerpo para quitarme el agua jabonosa del pelo, las piernas y la espalda.

Entonces oí el disparo en el comedor de mi casa. Me había entrado un mensaje. Salí del baño envuelta en una toalla para buscar mi teléfono.

Tenía dos llamadas perdidas de la jueza. El *whatsapp* que acababa de recibir también era de ella, pidiéndome que la llamara cuanto antes. Lo hice y me atendió antes del segundo tono.

—Laura, perdoname la insistencia. ¿Es un buen momento para hablar?

—Sí —mentí—. ¿Quiere que vaya para el juzgado?

—No, no hace falta. Es importante, pero te lo puedo decir por teléfono. Acabo de hablar con un arqueólogo amigo mío de Buenos Aires. Una eminencia en el estudio de los tehuelches.

—¿El mismo al que le envié la foto de las flechas que encontramos en el teléfono de Ortega?

—Ese mismo. Escuchá porque esto te va a gustar. Se trata de una colección muy especial. Se ve que en el mercado negro hay gente dispuesta a pagar mucho dinero por estas flechas. Coleccionistas privados, excéntricos, obsesionados con poseer algo único en el mundo.

—¿Mucho dinero? ¿Cuánto?

—Al principio Alberto no se quiso arriesgar a tirar un número. Me dijo que era «muy difícil poner precio a algo que es patrimonio de la humanidad, un hecho histórico y un dato científico a la vez» —dijo imitando con exagerada solemnidad una voz de hombre—. Pero al final lo presioné un poco y me dijo que si él tuviera que arriesgar, diría que unos cincuenta mil dólares.

—O sea que esas flechas podrían ser el móvil del homicidio.

—Como mínimo es una posibilidad a considerar. El agresor pudo salir apurado y golpear el cuadro sin querer. De ahí los vidrios y la punta de flecha que encontraste.

—Puede ser —dije—. Pero estaban barridos con una escoba.

—Es verdad que eso no encaja. Aun así, ahora que sabemos del alto valor monetario de las flechas, el ángulo del robo merece algo más de atención, ¿no te parece?

—Por supuesto —reconocí—. ¿Me podría pasar el número de su amigo? Me gustaría hacerle algunas preguntas.

—No hace falta. Pasado mañana llega a Deseado.

—¿En serio? ¿Es para tanto?

—Es arqueólogo, Laura. No creo que tenga una vida precisamente trepidante.

Me reí del comentario y sentí la tirantez del jabón en la piel de los pómulos.

Al despedirme de la jueza fui a mi habitación y metí una muda de ropa en un bolso. Tendría que terminar de ducharme en lo de mi tía.

—Cincuenta mil dólares —dije en voz alta, cargándome el bolso al hombro.

Ahora el homicidio tenía un poco más de sentido.

CAPÍTULO 9

Mi vieja oficina en la comisaría estaba casi como yo la había dejado hacía poco menos de tres años. Sobre el escritorio se habían ido apilando papeles que seguramente mis colegas no tenían dónde poner. La computadora, que ya era vieja cuando yo la usaba, parecía una pieza de museo. Al menos lo que quedaba de ella, porque algún carroñero se había llevado la pantalla y el teclado. Quizás el mismo que había cambiado las sillas a cada lado del escritorio para dejarme las más desvencijadas.

De todos modos, mi presencia en esa oficina de la comisaría era pura formalidad, porque había arreglado con la jueza y el comisario que continuaría trabajando desde el laboratorio del juzgado. Me disponía a ordenar un poco el escritorio con el solo propósito de notificar a mis viejos colegas que estaba de vuelta cuando llamaron a la puerta. Al girarme, encontré al comisario Lamuedra acompañado de una mujer de treinta y largos que reconocí como la novia de Julio Ortega.

—Señorita Guillón, le presento a la oficial Laura Badía. Trabaja para la policía y el juzgado, y se va a encargar de la investigación del homicidio de su novio.

Noelia Guillón me saludó levantando apenas una mano. No llevaba maquillaje y tenía los ojos hinchados y rojos.

—Noelia estaba en las Cataratas del Iguazú y se tomó el primer avión hacia el sur cuando fue notificada del homicidio —prosiguió Lamuedra—. Acaba de llegar a la localidad, y lo primero que hizo es venir a vernos. Se ve que el sargento Debarnot se olvidó de decirle que no era necesario que se presentara inmediatamente.

Esa última frase estaba dirigida a mí, pero hice caso omiso.

—Siento mucho lo que le pasó a tu novio —dije—. Vamos a hacer todo lo posible para descubrir quién le hizo esto. Cuando te sientas bien, necesitaría hacerte unas preguntas.

—Podemos hablar ahora si quieren.

El comisario y yo nos miramos.

—No hace falta que sea ya mismo, si necesitás tiempo para recomponerte —le dije.

—No, ahora está bien.

—En ese caso, vamos —intervino Lamuedra poniéndose en marcha hacia la sala de interrogaciones.

Entramos a la sala y nos ubicamos alrededor de una mesa de hierro macizo con una argolla en el centro para esposar a los interrogados más violentos. Tomé un control remoto pequeño que había junto a ella y apunté con él a una cámara hasta que se encendió una luz roja.

Antes de sentarse, Noelia Guillón se quitó el abrigo de invierno. Tenía puesto un pulóver de hilo rojo y unos *jeans* azules que revelaban una silueta digna de una chica diez años menor. No solo era profesora de aeróbic y se pasaba todo el día entrenando para que el culo tuviera la dureza de una sandía, sino que además tenía una genética privilegiada.

Jamás se lo contaría a nadie, pero el atractivo de esta mujer fue una de las razones que me empujaron a acostarme con su novio aquella noche ocho semanas atrás.

—¿Lista para empezar? —preguntó Lamuedra.

—Lista —respondió ella. El comisario me cedió la palabra haciendo un gesto con la mano.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Julio? —pregunté.

—Dos noches antes de que lo mataran. Cenamos en su casa. Él cocinó pollo a la cerveza, que es mi comida favorita, y el plan era pasar una noche tranquilos. Mirar una película y esas cosas. Era como una mini despedida porque al día siguiente yo me iba a las cataratas.

—¿Tenés idea de quién puede haberle hecho algo así?

—No, la verdad es que no.

—¿Algún comportamiento inusual en él durante los últimos días?

—Sí, definitivamente. Últimamente estaba un poco raro.

—¿Raro en qué sentido?

—Como muy cariñoso conmigo. Demasiado, diría yo. Como si quisiera compensar algo.

—¿Compensar algo?

Noelia miró la luz roja de la cámara durante unos segundos.

—Yo creo que me estaba engañando con otra.

Mierda, pensé, y se me aceleró el corazón. Si se llegaba a descubrir que yo había tenido una historia con Julio hacía poco tiempo, me harían un sumario por no haber declarado el conflicto de intereses cuando me comunicaron que me ponían al mando de la investigación. Eso significaba decirle adiós a mi carrera en el juzgado.

Intenté tranquilizarme. Desde una perspectiva racional, no podía ser yo el motivo de ese cambio de actitud. Lo nuestro había sido hacía ya dos meses, una única noche y producto de una casualidad y una borrachera enorme. Después del cumpleaños de una amiga salimos a bailar, algo que yo no hacía casi nunca. En un momento me quedé sola y noté que a mi lado estaba Julio Ortega. Tuve una sensación de frescura inexplicable que me transportó a mi adolescencia, cuando él era el chico más codiciado de todo el pueblo y yo era una de las muchas quinceañeras con las que coqueteaba.

—Disculpe, pero tengo que hacerle esta pregunta, señorita Guillón —intervino el comisario—. ¿Tiene alguna sospecha acerca de quién puede ser la persona con quien cree que su novio la engañaba?

Me puse de pie con tanta energía que tiré mi silla al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Lamuedra.

—¿Te podemos ofrecer algo, Noelia? ¿Un vaso de agua?

—No, pero si tenés un pañuelo de papel —dijo ella, pasándose el dorso de la mano por la nariz, que ya empezaba a moquear.

Asentí y enfilé hacia la puerta de la sala, pero Lamuedra alzó la mano para detenerme. Se inclinó en la silla y sacó de un bolsillo un paquete de pañuelos descartables.

—Aquí tiene. Le decía, ¿alguna idea de quién puede haber sido esta supuesta amante de su novio?

Noelia Guillón retorció la correa de su cartera, que tenía apoyada sobre el regazo. Yo tragué saliva.

—Tengo mis sospechas. La última noche que cenamos juntos yo quería confirmarlas. Le dije que me fuera sincero, que lo iba a perdonar, pero que quería saber la verdad. Él, por supuesto, lo negó todo.

—¿De quién sospecha usted? Es importante —insistió el comisario.

—Julio salía mucho al casino. Viernes y sábado, fijo. Y también dos o tres días entre semana. Yo alguna vez lo acompañé, y recuerdo perfectamente que una mujer, una vieja casi, lo saludaba con muchas ganas. Otro día alguien me contó que se fueron en un taxi juntos del casino. Aunque esa vez

me consta que después de dejarla en su casa fue directo para la de él, porque yo lo estaba esperando ahí.

Respiré hondo intentando que no se me notara mucho.

—Cuando llegó estaba bastante mal, vomitó dos veces. Al otro día no fue a abrir Impekable a la mañana.

—¿Hacía mucho eso? Me refiero a salir al casino hasta tarde y no abrir el negocio al día siguiente.

—Una vez cada tanto.

—¿Gastaba mucho en el casino? —intervine.

—A veces sí. Sé que algunas noches perdía muchísimo, pero nunca supe exactamente cuánto ganaba Julio con Impekable.

—¿Dirías que gastaba demasiado?

—Nosotros éramos solo novios y tenemos cuentas separadas. Si tuviera que adivinar, diría que no gastaba más de lo que tenía.

—Volviendo a la supuesta infidelidad del señor Ortega —insistió Lamuedra—, ¿tiene algún otro motivo para sospechar que estaba con otra mujer?

—Por supuesto. Hace más o menos tres semanas fui a su casa a la noche para darle una sorpresa. El auto estaba estacionado en la puerta, pero cuando entré, no había nadie.

—Hay gente que cuando va al casino prefiere tomar un taxi —sugirió el comisario—. Les da vergüenza dejar el auto estacionado en la puerta.

—Sí, pero a Julio esas cosas nunca le importaron. De todos modos, en el casino tampoco estaba, porque después de llamarlo varias veces por teléfono fui ahí a buscarlo. Incluso le pregunté a varios empleados y me dijeron que esa noche no lo habían visto. Entonces volví a su casa y estacioné lejos, esperando a que llegara.

La mujer juntó las yemas de los dedos y apretó hasta que le sonaron los nudillos.

—A las seis de la mañana apareció en un remis.

—¿Y le dijo dónde había estado?

—No, no le pregunté. No tuve el valor para ir a hablarle.

Al escuchar todo esto, agradecí que aquella no fuera la noche que yo había pasado con Julio.

—¿El señor Ortega coleccionaba flechas, señorita Guillón? —pregunté.

La novia de Julio levantó la mirada y frunció el ceño.

—¿Qué?

—Si coleccionaba puntas de flecha.

—No. ¿Qué tiene que ver esto con lo que estamos hablando?

—El día del homicidio encontramos unos vidrios rotos en el comedor de la casa de Julio. No correspondían a ninguna ventana ni ningún mueble. Al registrar su teléfono, encontramos una foto de un cuadro con flechas de dimensiones que encajan con el vidrio roto.

—Esas flechas no tienen nada que ver con el asesinato —dijo la mujer.

—¿Conoce las flechas de las que le hablo?

—Sí, claro. Julio encontró ese cuadro en un doble fondo de un armario de la casa. Hacía más o menos seis meses que la había heredado de su tío, y algunos de los muebles antiguos eran tan grandes y pesados que Julio decidió conservarlos. En uno de ellos, el que estaba en la habitación que el tío usaba de biblioteca, descubrió una puerta trampa muy bien disimulada, y al abrirla encontró ese cuadro.

Al oír esto, tomé nota de volver a la casa de Ortega y revisar ese doble fondo.

—¿Por qué asegura que no tienen nada que ver con el crimen?

—Porque Julio no se hubiera dejado matar a golpes por unas flechas que no le interesaban en lo más mínimo. Es más, tuvo el cuadro apoyado en el suelo del comedor, contra la pared, durante semanas. Había días que decía que lo iba a donar al museo. Para alguien que sabe, era una colección preciosa. Las piezas estaban talladas en una piedra tornasolada que yo jamás había visto en ninguna punta de flecha de la zona.

—¿Cuánto diría usted que sabe de arte lítico? —preguntó el comisario.

—Mis padres tienen una colección muy grande. Incluso en una época habían fantaseado con abrir un pequeño museo privado, pero ahora tienen decidido que lo donarán todo al museo municipal cuando llegue el momento.

—¿Y sus padres vieron las flechas que encontró Ortega en ese armario? —preguntó Lamuedra.

—No. Yo les conté la historia y ellos mostraron mucho interés, naturalmente. De hecho mi papá me dijo que le interesaría verlas, pero nunca me acordé de llevárselas.

Nos quedamos los tres en silencio durante un instante.

—Ya casi terminamos —dije—. Por mi parte, solo una cosa más. Durante la autopsia se encontraron unas heridas circulares en el dorso de las manos.

—Ah sí, eso —dijo ella con desdén—. Las tenía de hacía más de dos semanas.

—¿Sabe cómo se las hizo?

—Una apuesta con sus amigos de póquer. Se juntan... juntaban a jugar una o dos veces por semana en La Preciosa.

La Preciosa era un bar en el que nunca había nadie pero siempre estaba abierto. En el cuarto de atrás, hacía años que había una mesa de póquer clandestina.

—¿En qué tipo de apuesta un tipo deja... —El comisario dejó la frase a medias.

—La misma pregunta le hice yo. ¿En qué tipo de apuesta un tipo deja que le apaguen un cigarrillo en cada mano, no? Según él, se emborracharon más de la cuenta y la cosa se desmadró.

Lamuedra y yo intercambiamos una mirada breve pero suficiente. A mí también me habían parecido quemaduras de tabaco, pero el forense había sido claro al examinarlas: un cigarrillo no era capaz de penetrar tan profundo en la carne.

O Julio Ortega le había mentado a su novia, o su novia nos mentía a nosotros.

CAPÍTULO 10

En nuestra segunda visita a la casa de Julio Ortega encontramos el doble fondo en el armario, tal y como lo había indicado su novia. Sin embargo, estaba vacío. También revisamos por segunda vez toda la casa sin hallar nada nuevo.

Cuando terminamos, Manuel se volvió al juzgado. Yo, en cambio, recorrí a pie los doscientos metros que separaban la casa de Julio de la de mi tía Susana, donde me había criado. Golpeé con los nudillos la puerta de madera verde.

—¿Y tu llave? —me preguntó mi tía al abrirme.

—Hola tía, buenos días para vos también.

—¿Pasó algo?

—¿Por qué tiene que pasar algo para que venga a verte? —le respondí plantándole un beso y apurándome a entrar a la casa para huir del frío de la mañana.

—Bueno, no sé, no venís mucho. De hecho, hace casi un mes que te compré esto.

Con la mano abierta señaló un rincón del comedor donde había un helecho desproporcionadamente frondoso para la maceta que lo contenía.

—Pero, tía, no te hubieras molestado. Además, sabés que no puedo cuidar ni un cactus. Se me va a morir.

—No se te va a morir. Ya tenés una edad y no tenés ni chicos, ni marido, ni novio, ni siquiera un perro. Por algo tenés que empezar.

—Siempre tan diplomática, vos.

—Si vinieras más seguido a visitarme, capaz que te trataría mejor.

—Tengo muchísimo trabajo, tía. Es más, ahora mismo estoy trabajando.

Colgué mi abrigo en un perchero en el recibidor de la casa, justo debajo de la figura de una virgen celeste metida en un pequeño nicho dentro de la pared. Era un recuerdo de su paso por el convento cuando casi se había

hecho monja. Justo antes de meterse a policía.

—¿Y qué hacés por acá entonces?

—Vine para pedirte asesoramiento experto.

—¿Ves que yo tenía razón?

No supe qué contestarle. Era cierto, no iba a visitarla casi nunca.

—Asesoramiento experto —repitió, sonriéndome—. No me digas que por fin te decidiste a aprender a cocinar.

—Antes muerta —bromeé, señalando hacia arriba con el dedo.

—No digas esas cosas. Dios me libre de tener que pagarte el funeral yo sola. Si por lo menos tuvieras otros parientes para compartir los gastos.

Me reí del comentario. Si del convento le había quedado la devoción por el catolicismo, de sus treinta años como una de las primeras mujeres policías de la provincia conservaba la actitud recia y el humor ácido necesario para sobrevivir en un ambiente dominado por hombres.

—¿O sea que viniste a pedirme un favor?

—Algo así.

—Ya me parecía. Sabés que no te va a salir gratis, ¿no? —dijo apuntándome con una pistola imaginaria hecha con sus dedos torcidos.

—Tía, ¿siempre tenemos que tener la misma conversación? Sabés muy bien que sin la licencia de armas no te puedo llevar a tirar.

—Pero el médico no me quiere dar el certificado. Dice que con las manos así ya no puedo manejar armas de fuego. Me gustaría llevármelo a él al polígono, a ver quién tiene mejor puntería.

A pesar de que llevaba ocho años jubilada de la policía, mi tía jamás había interrumpido su práctica cada mes en el polígono de tiro. Hasta que hacía medio año, cuando la artritis había ganado demasiado terreno en sus manos y ya no pudo renovar la licencia.

—Si no, vamos un día al campo. Ponemos unas botellas arriba de unas piedras y tiramos con la Brolin —sugirió, refiriéndose a las Browning de nueve milímetros que usábamos casi todos los policías.

—¿Con mi arma reglamentaria? Estás loca.

—O con la mía.

—Menos que menos. Esa pistola no la podés sacar de esta casa. Ni siquiera es legal que todavía la tengas.

Mi tía levantó un dedo para protestar, pero se arrepintió antes de pronunciar palabra. Se cruzó de brazos y me miró con una sonrisa pícaro.

—Vine porque te quiero preguntar sobre colecciones de puntas de

flecha.

—Hubieras empezado por ahí —exclamó con una sonrisa.

Al ver cómo se le iluminaba el gesto, cualquiera habría dicho que se había olvidado en forma instantánea de las prácticas de tiro. Cualquiera menos yo, que la conocía demasiado bien. Su plan, idéntico al de un niño, era portarse bien un rato antes de volverme a pedir lo que le acababa de negar.

—¿Querés tomar algo? ¿Mate, té?

Le respondí que un té con leche, y caminé arrastrando los pies hasta la cocina para poner el agua a calentar. Me acerqué a una de las paredes del comedor y observé un cuadro que mi tía había hecho con varias de las puntas de flecha que había encontrado durante las miles de horas que se había pasado en el campo mirando el suelo, con las manos cruzadas detrás de la cintura y la espalda encorvada. Igual que la foto que habíamos encontrado en el teléfono de Julio, las piezas de piedra estaban pegadas sobre un terciopelo rojo y protegidas por un vidrio. Solo que las de mi tía tenían una disposición en círculos concéntricos en vez de en triángulo y eran de colores más usuales: marrón, ocre, negras y alguna de un blanco lechoso.

Todavía estaba enfrascada en el cuadro cuando mi tía Susana volvió sujetando una bandeja con dos tazas, una tetera y un plato con galletitas.

—¿Así que querés hablar de puntas de flecha? Qué casualidad, justamente el otro día fuimos con un grupo del centro de jubilados a un picadero que hay en el campo de los Garibaldi.

—¿Y encontraron algo bueno?

—Más o menos. Yo levanté una punta de flecha partida y algunos raspadores. Está cada vez más difícil encontrar piezas enteras, de esas que vale la pena colgar en la pared.

—¿Cuánto tiempo te llevó encontrar todas estas puntas de flecha? —pregunté tocando el marco con el dedo.

—A ver que haga memoria. Ese cuadro lo mandé hacer cuando tenía unos cincuenta años más o menos, con las mejores flechas que tenía hasta el momento. Y llevo juntando desde que tengo memoria. Hasta que cumplí los quince, íbamos a buscar flechas por lo menos dos veces por semana. Después, cuando mis padres me mandaron a vivir con tu abuela al pueblo para que terminara la secundaria, ya fui menos. Pero siempre que puedo, intento. Incluso ahora, que apenas puedo agacharme.

Miré de nuevo las flechas evitando el contacto visual con mi tía, como cada vez que mencionaba su infancia. Siempre sospeché que si me veía la

cara se daría cuenta de que yo sabía la verdad. Sus padres no la habían mandado al pueblo para que terminara la secundaria. Ella había decidido irse para que un monstruo no le siguiera arruinando la vida.

Aunque yo la llamaba tía Susana, en realidad era mi tía abuela, la hermana menor de mi abuela materna. Quince años menor. El único pariente que me quedó después del accidente de mis padres. Cuando me quedé huérfana a los dieciséis, fue ella quien terminó de criarme hasta que terminé la secundaria. Y probablemente la responsable de que yo decidiera entrar a la escuela de oficiales de la policía.

—En realidad vine para preguntarte qué me podés decir de un cuadro así —dije echando mano a mi teléfono.

Sin mirar el aparato, mi tía sirvió dos tazas de la tetera de porcelana. Luego le agregó un chorrito de leche a una y me la pasó.

—¿Me vas a llevar a tirar entonces?

Largué un soplido. Esa mujer cuando se empecinaba con algo era una pesadilla. Debía ser genético, porque yo era parecida.

—Bueno, un día vamos al campo y tiramos. Pero todavía no sé cuándo. No me preguntes lo mismo cada vez que nos veamos.

—Tampoco es que vengas tan seguido.

—¿Vas a mirar la foto o no?

Le acerqué el teléfono para mostrarle la imagen de la colección que habíamos encontrado en el teléfono de Julio Ortega. Al verla, dejó la taza sobre la mesita y me arrancó el aparato de las manos.

—¿Dónde está esto? —preguntó.

—Eso intento averiguar. La foto estaba en el teléfono de una víctima de homicidio. En su casa también encontré esto.

Saqué del bolsillo una cajita de plástico con la punta de flecha tornasolada y la puse junto a mi taza.

—Creo que puede estar relacionada con un asesinato —agregué.

—Con varios, si lo que dicen es cierto —dijo, y aunque su tono tenía cierta sorna, sus manos se mantuvieron lejos de la flecha tornasolada.

—¿Cómo que con varios?

Mi tía se apoyó el teléfono en el regazo y me miró por encima de sus anteojos.

—Quiero decir que si uno le lleva el apunte a las cosas que se dicen por ahí, por supuesto que está relacionada con crímenes. Se trata de la colección de flechas tornasoladas. Se supone que desde hace miles de años se

vienen matando por ellas.

—Tía, ¿de qué estás hablando?

Mi tía alzó las cejas y me puso una mano en la rodilla.

—Nena, dicen que estas flechas son muy peligrosas. Yo no conozco bien la historia, pero muchos creen que están rodeadas de muerte desde que las tallaron.

—Para no conocer la historia, sabés detalles bastante específicos.

—Es que en realidad es una leyenda que siempre cuentan los coleccionistas de flechas cuando sale el tema de la colección tornasolada.

—Ajá, ¿y de qué se trata?

—A grandes rasgos, se dice que la piedra la trajeron para el nacimiento del hijo de un cacique. Al ver esos colores tan únicos, el cacique reunió a los mejores artesanos de la zona para que tallaran varias flechas, que serían el sello del nuevo cacique cuando él creciera. Cuando su hijo, que se llamaba Yalen o Yalén ya tenía un buen dominio del arco y la flecha, lo que los arqueólogos calculan que sucedía más o menos a los siete años, el cacique le entregó a su hijo las flechas y le dijo que con ellas sería capaz de matar a cualquiera. También le pidió que cuando él tuviera hijos se las diera al mayor al cumplir la edad que tenía Yalén al recibirlas.

Mi tía acompañaba el relato con ademanes exagerados, como quien actúa en una obra de teatro para niños.

—Dicen que cuando su padre murió y Yalén se convirtió en cacique, se casó con una mujer preciosa llamada Aimar. Y que Magal, un hermano menor de Yalén, nunca pudo controlar sus celos. Un día robó a Yalén las flechas tornasoladas y usó dos de ellas para matar a él y a Aimar mientras dormían. Luego huyó con el resto de las flechas, pero lo encontraron muerto a los pocos días. Ahí nació una especie de mito que dice que quien intente separar las flechas de la colección morirá en menos de una luna.

Largué una carcajada lo suficientemente fuerte como para que mi tía se pusiera a la defensiva.

—Yo no te estoy diciendo que me lo crea, nena. Simplemente te cuento lo que se dice. Hay una colección de flechas tornasoladas que están puestas a modo de triángulo y quien quiera separarlas o cambiar el orden, muere.

—Ahora tengo aún más ganas de encontrar la colección. Cuando la encuentre, cambio las flechas de orden y mando el video a la web del *Cazador de farsantes*.

—¿Y eso qué es?

—Nada, un tipo que sigo por internet. ¿Qué más sabés de esa colección?

—No mucho más. ¿Cuándo vamos a tirar?

CAPÍTULO 11

La tarde del día siguiente a la autopsia de Julio, volví a entrar en la morgue. La mesa de acero inoxidable en el centro ahora estaba vacía. En una esquina de la sala el forense Luis Guerra quitaba instrumentos del esterilizador.

—Laurita, ¿cómo estás?

—Bien, ¿vos?

Luis negó con la cabeza y se acercó a mí hasta agarrarme suavemente por los hombros.

—Mirame a los ojos. En serio, ¿cómo estás?

—Bien, de verdad. Si me lo preguntás por lo de ayer, no sé qué me pasó. Me debe haber bajado la presión o algo así.

—Mirá, Laura, yo te conozco y sé lo orgullosa que sos. Por eso te quiero dejar claro que lo que pasó ayer no va a salir de acá. A cualquiera le puede pasar. A mí mismo sin ir más lejos, que me gano la vida con esto, me costó un huevo hacer la autopsia del pibito Núñez.

Recordaba el caso perfectamente. Joaquín Núñez tenía un año y medio cuando su padrastro, completamente perdido por el alcohol y las drogas, lo ahogó con una almohada para que dejara de llorar.

—Todos tenemos adentro un par de cables pelados —siguió el forense— y cuando se tocan, no hay dureza ni profesionalidad que aguante. En mi caso fue con ese nenito, porque no me pude sacar de la cabeza que se trataba de una criatura indefensa. No pude distanciarme lo suficiente para hacer bien mi trabajo. En tu caso fue con Ortega. A lo mejor te recordó a alguien. O quizás lo conocés.

Quise negar con la cabeza pero no pude.

—Más allá del motivo, lo cierto es que este hombre hizo que se juntaran tus dos cables pelados.

Me quedé un momento en silencio. En esos pocos segundos que pasé mirando la mesa de autopsias vacía me conocí un poco más a mí misma. Intuí

de repente, como si nunca antes me lo hubiera planteado, la razón por la que tenía treinta y dos años y ninguna relación estable más allá del colegio. Ni apenas amigos. Me pareció entender un miedo que hasta ese momento había estado perfectamente camuflado dentro de mí.

«Todos tenemos dos cables pelados», repetí mentalmente. Los míos se tocaron cuando tuve que clavarle el cuchillo a un cadáver que en algún momento había sido parte de mi vida. Ni siquiera un ser querido, o un familiar —eso probablemente causaría un cortocircuito en cualquier persona—, sino simplemente alguien muy ligado a un momento feliz de mi vida. Un momento en el que yo era una quinceañera que babeaba por un chico lindo y mis padres todavía no se habían muerto en un accidente horrible.

Inspiré hondo y hablé lento para que no se me notara el nudo en la garganta. Por el momento no tenía intención de contarle a Luis, ni a nadie, los detalles de mi relación con la víctima.

—¿Qué conclusiones sacaste de la autopsia? —pregunté.

—En primer lugar, gran contenido de alcohol en sangre. También algo de cocaína, pero no mucha —dijo extendiéndome una hoja con los resultados de los análisis de toxicología—. Murió por los golpes en la cabeza, básicamente. No tenía ningún daño en los órganos del abdomen.

—¿Quién es capaz de hacer una bestialidad así? —pregunté.

Había dicho eso pensando en voz alta, pero Luis pareció interpretarlo como una pregunta.

—¿Te acordás de las marcas que tenía en el dorso de la mano?

—¿Las quemaduras que no eran de cigarrillo?

—Sí. Bueno, resulta que al final tampoco eran quemaduras. Adentro de las heridas encontré limaduras de hierro microscópicas.

—¿Le clavaron algo en la mano?

El forense negó con la cabeza. Su mirada tenía una expresión de duda, como si se debatiera entre contarme o no lo que tenía que decir.

—¿Entonces? —pregunté.

—Creo que fueron hechas con un taladro.

—¿Le agujerearon la mano?

—No le encuentro otra explicación.

Nos quedamos ambos en silencio durante un instante.

—A lo mejor al tipo lo torturaron para que entregara las flechas —sugerí—. Según un arqueólogo que contactó la jueza, la colección vale

como cincuenta mil dólares.

El forense largó un silbido ante la cifra.

—Pero si las cicatrices son de dos semanas antes de la muerte, apenas cuadran las fechas —me respondí a mí misma—. Según la novia, Ortega encuentra el doble fondo del armario el veintiuno de julio y muere el seis de agosto, exactamente diecisiete días después. Si las cicatrices llevan dos semanas en las manos, eso significa que a los dos o tres días de enterarse de que tenía en su poder una colección valiosa, ya lo estaban torturando para que la entregara.

—Es demasiado pronto, ¿no te parece?

Asentí. Si las cosas habían sido como las contaba la novia de Julio, era demasiado pronto.

Si habían sido como las contaba.

CAPÍTULO 12

—Su señoría quiere verte en su despacho —me dijo Isabel Moreno cuando nos cruzamos en el pasillo que comunicaba mi laboratorio con la cocina del juzgado, de donde ella salía con su primer café de la mañana. Aquel día llevaba las uñas violetas con una florcita verde pintada en cada una. Solo a alguien como ella se le ocurría gastar tanto tiempo y esfuerzo en algo así.

—Buenos días para vos también, Isabelita —dije abriendo la puerta del laboratorio para dejar mis cosas.

Subí la escalera hacia el primer piso. La puerta del despacho de la jueza estaba abierta y de adentro llegaban risotadas.

—Buenos días —dije asomándome al umbral.

—Acá está —dijo la jueza al hombre de barba blanca bien recortada que se hamacaba en una silla del otro lado del escritorio—. Vení, pasá, Laura. Te presento al doctor Alberto Castro, profesor de la cátedra de Arqueología de la Universidad de Buenos Aires. Alberto es un viejo amigo mío y además uno de los tipos que más sabe en el mundo sobre la vida de los tehuelches.

Saludé al arqueólogo con un beso. A pesar de que la barba le cubría toda la cara, olía a colonia para después de afeitarse.

—Alberto vive en Buenos Aires pero lleva años viniendo al sur a investigar sitios arqueológicos tehuelches. De hecho, colabora regularmente con el museo de Puerto Deseado en todo lo que tiene que ver con artefactos líticos.

—Así dicho, suena muy importante. Mi versión es que soy un tipo al que le gustan las piedras y cuando puedo, que suele ser una o dos veces por año, vengo a trabajar en la colección del museo.

—Alberto no tenía planeada otra visita a nuestro pueblo hasta el año que viene, pero lo convencí de que viniera contándole lo que habíamos encontrado en la casa de Ortega. Bueno, lo que *no* encontramos, en realidad.

La jueza se giró para dirigir sus palabras hacia el arqueólogo.

—Laura... mejor dicho, la licenciada Laura Badía es nuestra experta en criminalística. Además es oficial de la policía de Santa Cruz. Está a cargo de investigar el caso de Julio Ortega.

Asentí con una sonrisa.

—Laura, me gustaría que le mostraras a Alberto la flecha que encontraste en la escena del homicidio. Yo ya le pasé por email la foto que había en el teléfono de Ortega.

—Ningún problema. ¿Quiere que la traiga ahora?

—Mejor vayan al laboratorio, que yo tengo que terminar de revisar un par de expedientes antes del mediodía —dijo la jueza, señalando una pila de carpetas de papel manila casi tan alta como la pantalla de su computadora portátil.

El arqueólogo arregló con la jueza que almorzarían juntos, luego recogió de un perchero una cantidad ingente de abrigo y me siguió escaleras abajo.

Sonreí. Lo exagerados que eran los porteños con el abrigo cuando venían al sur nunca dejaba de asombrarme.

El tubo fluorescente parpadeó un par de veces antes de iluminar el lugar donde yo pasaba la mayoría de mi tiempo en el juzgado. En una punta de la mesa de acero inoxidable todavía descansaba el vidrio reconstruido y manchado del polvo para levantar huellas. En la otra, el helecho de mi tía parecía haber sobrevivido a las primeras veinticuatro horas bajo mi tutela.

—¿Estos vidrios son del cuadro que desapareció? —preguntó Castro.

—Sí. Seguramente —dije mientras quitaba del medio la planta. La puse sobre unos estantes anchos en la pared—. Y esta es la flecha que encontré a menos de dos metros de los fragmentos.

Abrí con mi llave los cajones del escritorio. Del primero saqué una cajita de plástico y se la pasé a Alberto Castro. El arqueólogo la abrió y alzó las cejas.

—Es una pieza muy particular —dijo haciendo girar la punta de flecha entre los dedos.

—¿Por ser tornasolada?

—Sí, por lo que eso implica. Está hecha de ópalo del Amazonas, una piedra semipreciosa de la selva húmeda del norte de Brasil. Es curioso, el ópalo tiene una dureza y una cristalización muy similar a la obsidiana

volcánica de esta zona.

—¿Y eso usted lo sabe simplemente mirando la piedra?

El arqueólogo rió y puso la punta de flecha sobre la mesa de acero.

—No, lo sé porque esta punta es famosa y conozco su historia. Es como si me mostraras una foto de Marilyn Monroe y yo te dijera que se suicidó. No es que yo la conociera, pero lo sé.

Recordé lo que había dicho mi tía sobre la notoriedad de la colección tornasolada.

—¿Y qué hacen en la Patagonia unas flechas famosas hechas en Brasil?

Castro levantó un índice huesudo y negó en el aire.

—La piedra es de Brasil, pero la pieza fue hecha por los tehuelches.

—¿O sea que la flecha fue tallada en la Patagonia con piedra traída del Amazonas?

—Curioso, ¿no? Por la técnica, esta pieza tiene entre cinco y seis mil años. Eso es mucho antes de Colón y de que en América hubiera caballos, es decir que el ópalo fue transportado a pie casi siete mil kilómetros. Del norte de Brasil hasta acá, el sur de la Patagonia.

Saqué el teléfono del bolsillo y abrí la aplicación de la calculadora.

—A un paso promedio de cuatro kilómetros por hora, se tardarían cuatro meses caminando diez horas por día —observé.

—Exactamente. Aunque también podría haber ido pasando de mano en mano como material de comercio y quizás tardó muchísimo más en llegar a la Patagonia. Décadas o incluso siglos. Lo cierto es que nadie sabe a ciencia cierta cuánto tiempo transcurrió entre que esas piedras salieron del Amazonas hasta que llegaron a las manos del artesano que los convirtió en la Colección Panasiuk.

—¿La colección qué?

—La Colección Panasiuk. Así es como se conoce en el mundo del arte lítico tehuelche a estas flechas. Aunque ese nombre lo adquirió miles de años después de que se tallaran.

—¿Me está diciendo que estas flechas tienen nombre propio?

—Por supuesto.

—Panasiuk —dije—, suena a nombre de cacique.

—Nada más lejos —rió el arqueólogo—. Teodor Panasiuk fue un inmigrante polaco que llegó a la Patagonia en los años veinte. Trabajó en el campo hasta que se pudo comprar unas tierras cerca del Lago Cardiel. Al

parecer, desde el día en que pisó la Patagonia se aficionó a la búsqueda de flechas. Y un día, de la noche a la mañana, se supo que Panasiuk había reunido las flechas de ópalo, que con el tiempo se transformaron en una de las colecciones líticas más famosas del mundo. O infame, depende de cómo se la mire. En cualquier caso, una colección de la que se habla muchísimo y se sabe muy poco, porque hasta ahora nadie la había visto.

—¿Qué quiere decir?

—Que esta es la primera foto que existe de colección tornasolada —dijo señalando la copia de la imagen que había en el teléfono de Ortega—. Para ser precisos, es la primera foto de estas trece piezas. Las flechas Panasiuk son quince en total.

—¿Y qué se sabe de las otras dos?

—Casi todo —rió el arqueólogo—. Están identificadas desde hace muchos años, fotografiadas de todos los ángulos y estudiadas por mí y por muchos otros científicos. Una está en un campo de la zona. La otra, en el museo.

—¿En qué museo?

Castro arqueó las cejas, sorprendido por mi pregunta.

—En el de acá, señorita Badía —respondió extrañado—. El museo de Puerto Deseado. Aunque no creo que nadie ahí dentro, ni siquiera la directora de la institución, sepa realmente el valor que tiene.

El arqueólogo miró el reloj que llevaba en la muñeca y sonrió.

—Venga conmigo. Acaban de abrir.

CAPÍTULO 13

La sala principal del museo estaba repleta de vitrinas con puntas de flecha, lanzas, raspadores, hachas y otros instrumentos tehuelches hechos en piedra. En las paredes, por encima de las vitrinas, había carteles que explicaban con jerga técnica y enrevesada la historia y las costumbres de aquel pueblo. Mi mirada se detuvo en una placa de bronce que decía «Sala Vicente Garrido».

—¿Cómo estás, Laurita? —me preguntó la directora del museo, que había salido de su oficina a recibirnos. Nos conocíamos del pueblo, ella había sido portera de mi escuela cuando yo iba a la secundaria.

—Hola Virginia, ¿esta sala no se llamaba «Patrick Gower»? —le pregunté.

Patrick Gower era un australiano que proporcionó la documentación clave para el hallazgo de la Swift, una corbeta de guerra británica que se pasó dos siglos bajo el mar antes de que unos buzos del pueblo encontraran sus restos. Antes de la visita de Gower a Puerto Deseado, en los años setenta, nadie había oído hablar del barco.

Yo de hecho conocía muy bien la historia. Incluso estuve a punto de tener un affaire con uno de esos buzos muchos años después, pero se lo llevaron preso por contrabando de material arqueológico antes de que llegáramos a concretar. Siempre fui así de buena para elegir hombres.

—Sí, le habíamos puesto ese nombre —respondió Virginia después de aclararse la garganta.

—¿Le cambiaron el nombre a la sala? —pregunté, recordando la sonrisa del anciano australiano cuando lo trajeron desde la otra punta del mundo para descubrir la placa dorada con su nombre. Una placa que estaba justo en el lugar donde ahora había otra con un nombre distinto.

—Es que al recibir esta colección tan importante, no podíamos menos que ponerle el nombre de quien nos la cedió a la sala en la que se expone. Así que por ahora la sala Patrick Gower es esa.

Virginia señaló el recibidor de dos por dos donde el libro de visitas del museo descansaba abierto sobre un escritorio con la fórmica saltada en los costados.

—Impresentable —murmuró Castro mientras tosía y se quitaba una a una sus capas de abrigo.

Por la forma en la que Virginia lo fulminó con la mirada, intuí que la relación entre el arqueólogo y la directora era entre mala y desastroza.

—Debe de haber sido muy importante la donación de este tal Garrido —observé.

—Y... entre puntas de flecha, de lanza, raspadores y punzones fueron casi ocho mil piezas. Salió en el diario y en todas las radios del pueblo. Hasta hicieron un programa especial de media hora en el canal de televisión local. Es una colección realmente espectacular. Tiene de todo y en todos los colores. Desde piezas hechas con vidrio de botellas que trajeron los primeros europeos hasta una punta negra de obsidiana así de grande.

Nos mostró su mano, separando todo lo que pudo el índice del pulgar.

—Hace seis meses apenas teníamos mil y pico. Imaginate la sorpresa que nos llevamos cuando nos llamó el escribano para avisarnos que el señor Vicente Garrido le había dejado su colección de flechas al museo —dijo señalándose el pecho—. El resto de las cosas, propiedades, dinero y eso, fueron para una hermana. No tenía hijos.

—¿Y este hombre era del pueblo? —pregunté.

—Sí. Lo tenés que conocer al viejito Garrido. Flaco, alto, vivía en la casa de piedra frente a la Escuela Cinco. Siempre andaba peinado a la gomina y paseaba un perrito chiquitito que solo tenía tres patas.

—Ah, «la Garza» Garrido —dije.

—Claro.

Aquel hombre era patrimonio del pueblo. Todo el mundo siempre lo había llamado «la Garza», y yo no tenía idea de su nombre de pila. Claro que lo conocía, todos conocíamos al viejito simpático que vivía frente a la escuela, en la misma casa en la que habían encontrado muerto a Julio Ortega.

—Te quedaste muda. ¿Te pasa algo? —preguntó Virginia.

—No, nada. Nada. ¿Me va a mostrar lo que vinimos a ver? —pregunté a Alberto Castro.

El arqueólogo asintió y me hizo señas para que lo siguiera. Mientras la directora volvía a su oficina, nosotros caminamos entre los exhibidores con puntas, raederas y raspadores hasta detenernos frente a uno que me pareció

igual a los demás: un panel de un metro cuadrado con decenas de artefactos líticos sobre un fondo blanco.

Castro sacó del bolsillo la punta de flecha que yo había encontrado en la casa de Ortega y la apoyó sobre el vidrio del panel. Con la otra mano señaló una de las flechas exhibidas. Ambas piezas, a uno y otro lado del vidrio, tenían la misma forma de lágrima y desprendían destellos iridiscentes.

—¿Ve? Definitivamente pertenece a la colección, licenciada Badía.

—Puede llamarme Laura. Y tutearme.

—Solo si vos hacés lo mismo.

—Trato hecho, te tuteo. ¿Esta flecha es parte del lote que donó Garrido al morir? —pregunté señalando la del exhibidor.

—No. Esta pieza lleva muchos años en propiedad del museo.

—¿Se sabe de dónde salió?

Castro negó con la cabeza.

—Acá las cosas se hacen de manera muy poco profesional —dijo bajando la voz a un tono mínimo y mirando hacia la oficina de la directora—. Esta gente, que muchas veces le pone todas las pilas, son empleados municipales que no reciben ninguna capacitación sobre cómo catalogar piezas o documentar su procedencia. Y si esto es así ahora, imaginate hace veinte o treinta años, que es cuando yo estimo que la flecha se incorporó al museo.

Ponderé explicarle los problemas de presupuesto crónicos que tenía nuestro pueblo y cómo los puestos de trabajo de la municipalidad eran usados por los políticos para conseguir votos, pero dudé que sirviera de algo meterme en aquel berenjenal.

—Vení, que te quiero mostrar algo más —dijo Castro.

CAPÍTULO 14

Atravesamos la sala principal hasta llegar a la vieja imprenta que había producido los primeros ejemplares del diario El Orden. Detrás de la máquina había una puerta con un cartel de letras negras. «Prohibido el paso a toda persona ajena al personal del museo».

Castro abrió con una llave. Entramos a una sala con las paredes cubiertas de estantes repletos de cajas de plástico azul. En el centro había tres mesas. Dos con palanganas, jarras y otros recipientes donde reposaban en remojo objetos que supuse serían de la corbeta Swift. En la tercera había varios fragmentos de piedra oscuros. Sobre cada mesa colgaba una potente lámpara adosada a un brazo móvil, como las que usan los dentistas.

—Esta es mi mesa de trabajo —señaló Castro y corrió con cuidado las esquirlas de piedra hacia un lado. Luego abrió el maletín que había traído del juzgado y extrajo una carpeta de cartón blanco. Pasó los folios uno a uno hasta detenerse en la impresión de la foto que habíamos encontrado en el teléfono de Julio Ortega. La versión que le había pasado la jueza Echeverría llevaba una marca de agua con las palabras *CONFIDENCIAL - EVIDENCIA*.

—Sin duda, la flecha que encontraste pertenece a la colección Panasiuk. Es más, es esta.

Su dedo índice se había posado en la fotografía, sobre la flecha en el centro del triángulo.

—Fijate que si bien tiene la misma forma de hoja de árbol que todas las demás, esta es bastante más ancha.

Asentí, aunque para mí se parecía más a una gota que a una hoja.

—Además, la flecha número cinco es la más famosa de la colección Panasiuk —agregó.

—¿Y cómo sabés que esta es la flecha número cinco?

—Licenc... Laura, las flechas de la colección Panasiuk están numeradas del uno al quince —dijo retrocediendo unas páginas en su carpeta para mostrarme un diagrama de la colección en el que cada flecha tenía un

número.

—¿Del uno al quince? Pero en la fotografía solo hay trece.

—Porque no están todas. Como te dije, hay dos piezas con paradero conocido. Una es la que te acabo de mostrar y la otra está en un campo de la zona. Son las número ocho y nueve respectivamente.

El arqueólogo señaló dos flechas contiguas en el diagrama.

—O sea que las de la foto son las otras trece.

—Exactamente. Y la número cinco es una de las más famosas porque es la única de las quince que tiene una anchura considerablemente mayor al resto. Incluso se cree que fue tallada por un artesano diferente al que hizo las otras catorce —dijo alzando la flecha a la altura de sus ojos—. ¿Puedo tomarle una fotografía?

—Sí, pero no la compartas con nadie sin mi autorización.

Castro asintió y tomo dos o tres fotos con su teléfono. Luego habló con tono casi de autómeta, sin dejar de mirar la flecha.

—Es raro que alguien mate por robar un cuadro y deje atrás la flecha más interesante.

—No se sabe si el asesinato fue por el cuadro —dije.

—Cualquier otra cosa sería demasiada casualidad, ¿no te parece?

—Puede ser, pero ahora no corresponde hacer ese tipo de conjeturas.

Los hechos son que Julio Ortega está muerto y que falta un cuadro con flechas.

—¿Y por qué romper el vidrio?

—La explicación más plausible es que en el apuro por llevarse las flechas golpearan el cuadro por accidente. Es probable que esta pieza se desprendiera del terciopelo con el mismo golpe.

Dije esto para dejarlo conforme, porque a mí esa idea no terminaba de convencerme. ¿Cómo se explicaban la escoba y los trozos de vidrio cuidadosamente apilados a un costado?

Castro asintió girando la flecha entre los dedos. Sus ojos se perdieron en los destellos azulados y verdosos que emanaba la piedra brillante.

—¿Cómo sabés que fue tallada por tehuelches hace cinco mil años? —pregunté.

—Lo de la edad es una conjetura. Las flechas sin pedúnculo como esta suelen ser más comunes desde la llegada del hombre a la Patagonia, hace unos doce mil años, hasta el Holoceno medio, hace unos cinco mil. Sin embargo, la calidad con la que están talladas habla de una técnica muy

perfeccionada que no se daba en el Holoceno temprano...

—No entiendo nada.

El arqueólogo soltó una risita y me pidió perdón levantando ambas manos.

—Si fuesen más recientes, tendrían pedúnculo. Si fuesen más viejas, no estarían tan bien hechas.

—Haber empezado por ahí.

—En cuanto a quiénes las tallaron —continuó—, las flechas del Amazonas son muy distintas en morfología y en técnica a las de la Patagonia. Por eso la teoría más probable es que se trata de piedra de allá tallada acá.

—¿Y esa particularidad hace que la colección valga cincuenta mil dólares en el mercado negro?

—En parte eso y en parte la historia oscura que las rodea.

—¿La leyenda de Yalén? —pregunté, recordando lo que me había contado mi tía.

—Sí, esa leyenda, que desde un punto de vista antropológico es un disparate. No se sostiene por ningún lado, empezando por el gran cacique al que a veces se lo compara con un rey, cuando en realidad los tehuelches tenían grupos muy pequeños a su cargo. No había una estructura social vertical como la de los incas, con un gran emperador a la cabeza. Esa historia no es más que habladurías.

—Habladurías que quien robó esas flechas podría creerse y actuar en consecuencia.

El arqueólogo largó un soplando por la nariz y se acomodó en la banqueta. Después apoyó los codos en su mesa de trabajo a pocos centímetros de unas piedras también talladas hacía miles de años.

—Yo soy un hombre de ciencia, Laura. Lo único que puedo decirte es que esta foto concuerda con lo que sé de la colección Panasiuk: son quince flechas talladas en ópalo del Amazonas.

—Según la leyenda, Magal se llevó trece consigo, ¿no?

—Sí, pero Teodor Panasiuk reunió quince. También las dos con las que Magal supuestamente mató a Yalén y a su esposa Aimar —respondió Castro poniendo los ojos en blanco, casi asqueado por tener que referirse a esa leyenda—. Esas son las número uno y dos según el diagrama de Fonseca.

—¿Fonseca?

—El único arqueólogo al que Panasiuk permitió estudiar la colección. Nadie entiende qué le vio, porque ni siquiera era un científico de renombre.

Después de haber echado de su casa a decenas de arqueólogos y antropólogos, a este le abrió la puerta como si fuera un pariente que viene de lejos. Fonseca dibujó las flechas con un detalle altísimo, plasmando cada una de las cientos de muescas en la piedra tallada.

Castro tocó con la punta de su índice varios dibujos del diagrama.

—También las numeró de arriba abajo y de izquierda a derecha, respetando el orden en el que las había ordenado Panasiuk. De cada una registró tamaño, peso y hasta les calculó el volumen sumergiéndolas en agua. Junto a la descripción de las flechas uno y dos anotó que, según Teodor Panasiuk, habían sido las que Magal había usado para matar a Yalén y a Aimar.

—¿Y eso él cómo podía saberlo?

El arqueólogo se encogió de hombros.

—Ahí no te puedo ayudar. No hay registros de que Panasiuk le contara a nadie de dónde había sacado las flechas. Parece que no era un tipo muy hablador, y dicen que se volvió incluso más huraño con los años.

—Con todo ese misterio, no me extraña que valgan una fortuna en el mercado negro.

—Sí, y eso a los arqueólogos nos juega en contra. Por eso vine, para ayudar en todo lo que pueda. Sin estorbar, claro. Si le volvemos a perder la pista a la colección pueden pasar otros cincuenta años hasta que vuelva a salir a la luz. Y yo no tengo cincuenta años para esperar. Creo que esta es una oportunidad única para encontrarla y ponerla a disposición de todos. En este museo, por ejemplo. Aunque no me extrañaría si se la quisieran llevar a Buenos Aires.

—¿A Buenos Aires? ¿Por qué?

—Porque podría responder preguntas que los arqueólogos llevamos toda la vida haciéndonos. De hecho, su mera existencia refuerza un artículo que publiqué hace varios años en el *Journal of Anthropological Archaeology*, donde teorizo que las interacciones entre los pueblos de América del Sur eran mucho más fluidas de lo que se cree. Estamos hablando de unas piedras semipreciosas transportadas casi siete mil kilómetros a través de selva tropical, monte, pampa húmeda y desierto patagónico. No existe evidencia de nada similar.

Ahí estaba la explicación de tanto interés por colaborar. Si conseguíamos las flechas, Alberto Castro se convertiría en una especie de celebridad dentro de su micromundo de arqueólogos.

Le agradecí su ayuda sin mencionar que, dependiendo de las circunstancias en que encontráramos las flechas —si las encontrábamos—, podían entrar en una cadena de custodia de evidencia que las haría inaccesibles durante meses, o incluso años.

Al menos no serían cincuenta.

CAPÍTULO 15

Tras despedirme de Alberto Castro, volví al juzgado. Faltaban veinte minutos para la hora del café, en la que la mayoría de los empleados —incluida a veces la jueza— nos juntábamos en la cocina. Me dispuse a contestar varios emails de trabajo hasta que se hiciera la hora.

Al tercero ya no me pude aguantar y abrí el navegador. Desde hacía un tiempo tenía la obsesión de buscar en Google a la gente que iba conociendo. Sí, toda una *voyeur* virtual.

Google me ofreció más de cuarenta millones de resultados para las palabras “Alberto Castro”. Le agregué “arqueólogo”, y el número se redujo bastante. El primer enlace de la lista era de la Universidad de Buenos Aires. Llevaba a una página de fondo gris escrita en Times New Roman y presidida por una foto del arqueólogo de hacía al menos diez años. El profesor Alberto Castro era adjunto de la cátedra de Arqueología de la UBA, tal como había dicho la jueza al presentarnos.

A pesar del diseño pobre de la página, una breve mirada dejaba claro que el amigo de Echeverría era una eminencia. En los últimos años había dado charlas en Europa, Estados Unidos y varios países de Latinoamérica. Era editor en jefe de una revista científica de arqueología hispanoamericana y su lista de publicaciones rozaba la centena. La mayoría de ellas se centraba en pueblos precolombinos de la Patagonia. Quizás la jueza Echeverría no había exagerado cuando me lo presentó como una de las personas que más sabía del tema en el mundo.

Volví a Google y recorrí con la vista los otros resultados. Webs de conferencias de arqueología y antropología, un video en Youtube con una clase que el profesor había dado en el DF en México y una entrevista en la revista del Clarín hablando del valor cultural del patrimonio histórico.

Llegando al fondo de la página me llamó la atención un enlace a una noticia de 2012 de *Azul Hoy*, el diario de la localidad de Azul, una ciudad en medio de la provincia de Buenos Aires.

El titular no tenía nada que ver con la arqueología. Sin embargo, ahí estaba entre los resultados.

MUERE JOVEN EN ACCIDENTE DE MOTO

En la madrugada de anoche se produjo un accidente fatal en las intersecciones de las calles Viel y Reconquista. Lautaro Castro, un joven de veintitrés años oriundo de la ciudad de Buenos Aires, perdió el control de su motocicleta Yamaha YZF-R1, de 998 cc, y derrapó hasta quedar bajo las ruedas de un camión que transportaba ganado. El joven, padre de una niña de dieciocho meses, murió en el acto y sus restos han sido transportados a la capital donde su familia les dará sepultura. Lautaro Castro era alumno de la carrera de Arqueología de la Universidad de Buenos Aires, de la cual su padre, Alberto Castro, es un reconocido profesor.

El artículo se transformaba en una especie de columna de opinión donde el periodista reclamaba a las autoridades de Azul que se hicieran cumplir las normas de tránsito para evitar este tipo de accidentes en el futuro, y enumeraba otra serie de hechos similares que habían ocurrido en el último tiempo. No había ninguna otra referencia a Alberto Castro.

Cualquier duda sobre si el Alberto Castro de la noticia era el mismo que había venido a asistirnos con el caso de las flechas se despejó cuando miré el perfil del arqueólogo en Facebook —teníamos a la jueza de amiga en común—. En su muro encontré la foto de un chico joven, de facciones similares a las del arqueólogo, sosteniendo a una nena en brazos. Sin duda, era el hijo que se le había muerto hacía cinco años.

Cerré el navegador y me alejé de la computadora con una sensación desagradable. Nunca antes mis sesiones de chismoteo virtual habían desenterrado una historia tan triste.

Fui a la cocina a prepararme un café.

CAPÍTULO 16

En la mesa de madera barata de la cocina del juzgado solo había algunos papeles. Alrededor de ella, las sillas estaban vacías. La única persona en la sala era la última que tenía ganas de ver: Isabel Moreno.

—¿Cómo va todo, licenciada? —me preguntó con una taza en las manos. Remató la frase apoyándose en la pared con una sonrisa irónica.

—Bien —respondí dando tres zancadas hacia la máquina de café. Apreté cualquier botón.

—¿Mucho trabajo?

—Bastante.

—¿Qué tal va el caso de Ortega?

—Acabamos de empezar —dije deseando que el chorro marrón terminara de llenar mi taza para poder salir de ahí cuanto antes.

—Bueno, seguro que lo resolvés pronto. Todo el mundo se deshace en halagos hacia la inteligencia de la licenciada Badía. Seguro que, igual que con el caso del sereno del puerto asesinado, esta vez también encontrarás al culpable enseguida. Sobre todo dadas las circunstancias...

No preguntes, me dije a mí misma. No preguntes.

—¿Qué circunstancias?

La sonrisa de la harpía asomó a ambos lados de su taza de té.

—Que en este caso contás con información muy personal sobre la víctima.

—Ahora sí que no entiendo nada —respondí, dándole la espalda y fingiendo buscar azúcar alrededor de la máquina de café.

—Me refiero a que para investigar un crimen seguramente es muy importante conocer a fondo a la víctima para encontrar al culpable, ¿no? Aunque claro, también supongo que ese conocimiento tiene que ser adquirido como consecuencia de la investigación.

Luché para abrir un sobrecito de azúcar sin que me temblaran las manos.

—Si uno conoce a la víctima de manera íntima desde antes del asesinato, eso se consideraría un conflicto de intereses, ¿no es así? Alguien conectado sentimentalmente a un asesinado seguramente no podría conducirse de manera completamente racional durante la investigación.

Miré el vapor que salía de mi taza de capuchino y calculé el grado de las quemaduras si se lo tiraba en la cara.

—Ni hablar —siguió la harpía— de lo que sentiría la novia de la víctima si se enterara de que «la otra» es quien lleva adelante la investigación. Lo consideraría traición por partida doble, supongo. No solo le meten los cuernos sino que además...

Dejé el capuchino sobre la mesa y di dos pasos hacia Isabel Moreno. En menos de un segundo me puse a un palmo de ella, haciendo que nuestras narices casi se tocaran.

—¿Por qué no me decís lo que me querés decir a la cara y listo?

—Cuidado, licenciada. Intimidar físicamente a un colega te puede costar el trabajo —gimió la Moreno con palabras entrecortadas.

Conté hasta cinco antes de dar un paso hacia atrás. La harpía se cruzó de brazos y murmuró algo que no entendí.

—Mirá, te lo voy a decir bien claro para que no haya malentendidos —le dije apoyándome sobre la mesa—. La próxima vez que me amenaces, te voy a bajar todos los dientes, ¿me entendés? Después si querés, denunciame. Y a ver si ahorrás un poquito y te comprás una vida en vez de tener que meterte en la de los demás todo el tiempo.

Agarré mi café y salí de la cocina. Al llegar a la puerta, me detuve y me di media vuelta.

—¿Y sabés qué más te voy a decir? —agregué—. Yo no tuve la culpa de lo que te pasó con Campanella.

—¿Campanella?

—No te hagas la boluda, por favor, porque no te sale ni un poquito bien. Las dos sabemos perfectamente que durante los primeros meses de Campanella en Deseado nos turnamos para llevárnoslo a la cama.

Campanella era un inspector de la Policía Federal que habían enviado a investigar el caso de un bolso lleno de cocaína que habían encontrado en un barco pesquero en el puerto.

—¿Y vos sabías que Campanella estaba con las dos al mismo tiempo? —preguntó.

—Lo supe desde el primer día que me acosté con él —le dije

intentando echar la mayor cantidad de sal a la herida—. Y también supe que le dejaste claro que no querías nada serio con él. Yo también se lo dejé claro, pero a diferencia de vos, yo le decía la verdad.

—Una cosa es no querer nada serio y otra es compartir un tipo.

—Para mí no. Y se ve que para él tampoco.

—Sos una hija de puta.

Asentí y me tomé un sorbo del café, intentando que no me temblara la mano.

—Muy bien, largá todo lo que tengas adentro de una vez por todas. Así, a lo mejor la próxima vez que me veas estás más relajada y me dejás trabajar tranquila.

Isabel Romero dio un resoplido y meneó la cabeza de un lado a otro, como si yo no entendiera nada. Agarró su taza de té, la levantó hacia mí como quien propone un brindis y salió de la cocina dándome un empujón.

—Esto no termina acá —dijo.

CAPÍTULO 17

La remisería más cercana a la casa en la que había muerto Julio se llamaba Los Amigos. Atravesé el estacionamiento vacío y entré en una pequeña construcción prefabricada con un ventanal desproporcionadamente grande. Una mujer boliviana sentada detrás de un escritorio desvencijado sostenía con una mano un transmisor de radio. Con la otra anotaba algo en un cuaderno. Cuando la saludé, frotándome las manos por el frío de la medianoche, levantó la vista y me ofreció una sonrisa de dientes cuadrados.

—Hola, buenas noches —dije.

—Buenas noches —respondió la mujer— ¿Coche?

—No, en realidad vengo a hacerle unas preguntas. Trabajo para la policía, mi nombre es Laura Badía.

Como siempre, aquella frase no fue recibida con demasiado entusiasmo. La mujer se limitó a asentir.

—¿Cuántos taxis tiene trabajando durante la noche?

—Taxis, ninguno. Somos una agencia de remises —me respondió con una sonrisa pícaro.

En Deseado había muy pocos taxis. El pueblo era demasiado chico y los viajes demasiado cortos para justificar un taxímetro. La mayoría del transporte puerta a puerta se hacía en coches que fijaban el precio de antemano.

—Generalmente tres. Cuatro o cinco los fines de semana.

—¿Y son siempre los mismos?

—Sí, generalmente sí.

—Necesito hablar con alguien que haya trabajado de noche la semana pasada, especialmente el domingo a la madrugada.

En su declaración, Noelia Guillón nos había dicho que se olía que su novio andaba en algo raro. La noche en que Julio no aparecía por ningún lado, tres semanas antes de su muerte, había vuelto a la casa a las seis de la mañana en un remis. En Deseado había apenas siete remiserías, así que

supuse que no me costaría mucho dar con algún conductor que lo hubiera llevado a donde sea que iba en sus escapadas nocturnas.

—La mujer se acercó el aparato de radio a la boca.

—Édgar y Rogelio, por favor vengan a la agencia cuando se desocupen.

—Bueno —dijo una voz después de un segundo de estática.

—Ya voy —dijo otra.

Mientras esperábamos a que Édgar y Rogelio llegaran de donde estuvieran —probablemente en el casino o a la salida de algún puticlub—, puse la espalda contra el calefactor para intentar calentarme un poco. Intenté dar charla a la señora pero solo logré monosílabos.

Sonó el teléfono. Al responderlo, la mujer se disculpó diciendo que los dos móviles que tenía trabajando estaban ocupados y que estimaba una espera de por lo menos media hora. Le sugirió al cliente que llamara a otra agencia, clavándome la mirada.

Cinco minutos más tarde, las luces de un coche alumbraron el estacionamiento de la remisería. Cuando paró junto a la puerta, el conductor inclinó la cabeza hacia abajo y la cara se le iluminó con el destello azulado de la pantalla de su teléfono. Al ver que no levantaba la vista, hice un ademán de ir a buscarlo, pero la telefonista me detuvo con un gesto y se acercó la radio a la boca.

—Baja un segundo, Rogelio.

Las luces del coche se apagaron y el hombre entró al pequeño cuarto acompañado de una ráfaga helada. Me miró con cara desconcertada.

—Soy Laura Badía y trabajo para la policía. Quería hacerle unas preguntas.

—Yo no hice nada —dijo el hombre.

—Yo no lo acusé de nada. Vengo a pedirle ayuda —dije extendiendo mi mano.

—Rogelio Quispe —se presentó al estrecharla.

Le mostré al remisero una foto de Julio Ortega en mi teléfono.

—¿Recuerda haber llevado a este hombre últimamente?

—¿Este es el que mataron el otro día, no? Pobre muchacho. Muchas veces lo llevábamos de noche.

—¿Al casino?

—Más que nada a La Preciosa.

La novia de Ortega también había mencionado que Julio frecuentaba

ese bar.

—Le gustaba jugar fuerte —añadió Quispe.

—¿Y eso usted cómo lo sabe?

—Si lo enganchaba en un viaje de vuelta, generalmente me contaba. Si le había ido bien, me decía «hoy estuve en llamas» y me dejaba una propina buenísima. Si no, «hoy estuvo complicado» y me pedía fiado.

La puerta de la agencia se abrió y un muchacho de apenas más de veinte años, con el pelo peinado con gel, se presentó como Édgar Quispe, el hijo de Rogelio.

—¿Adónde llevábamos siempre al muchacho que mataron la semana pasada? —le preguntó el padre al hijo, mirándome como para que yo corroborara que no mentía.

—De su casa a La Preciosa o de La Preciosa a su casa. Por lo menos una vez por semana —añadió el muchacho.

—¿Y por casualidad este lunes a la madrugada lo llevaste?

—No, el lunes, no.

Édgar repitió casi al detalle lo que había dicho el padre sobre los comentarios de Julio acerca del balance de cada noche. Les hice un par de preguntas más pero no conseguí nada útil. Entonces les agradecí su colaboración y me puse el abrigo.

—Alguna vez también lo llevé al casino —añadió el joven cuando le estreché la mano.

—Le gustaba jugar. Le dije —apuntó el padre mirándome.

—Sí, pero a veces no iba a jugar. Fueron pocas veces, pero me decía que lo esperara en la puerta. Tardaba como mucho quince minutos y volvía a salir. Y de ahí siempre de vuelta a La Preciosa. Siempre. Sobre todo las noches como hoy.

—¿Como hoy en qué sentido?

—Jueves. Casi siempre que lo llevaba a La Preciosa era jueves.

CAPÍTULO 18

Agradecí a los choferes la información y les dejé mi número de teléfono por si recordaban algún detalle más. Luego crucé el estacionamiento corriendo y me metí en mi auto, que en la media hora que había estado apagado ya tenía el asiento y el volante helados.

Tuve que darle varias veces a la llave hasta lograr arrancarlo. Alguien me había dicho que era la batería, o el alternador, o algo así. Y si bien era cierto que el problema cada vez iba a peor, sobre todo en noches de frío como aquella, mi glorioso Corsa siempre terminaba arrancando.

Conduje los menos de mil metros que separaban la remisería de La Preciosa. Me detuve justo enfrente, contando unos ocho vehículos estacionados en torno a aquel bar de mala muerte. Sin embargo por la ventana solo vi al barman y a una pareja que bailaba abrazada. Ocho autos, tres personas.

Apagué el motor y me encaminé a la puerta apurando el paso.

La Preciosa olía a tabaco y estaba iluminada por luces rojas montadas en la pared. La pareja que bailaba se separó un poco al verme entrar, aunque la voz de Marco Antonio Solís siguió saliendo con fuerza de una rocola a monedas. El hombre, un sesentón de pelo cano y fuerte, me observó de arriba abajo. La mujer, treinta años más joven y con un pantalón lleno de tajos a los costados, me lanzó una mirada de odio, pero al reconocermelo levantó una mano para saludarme. Antes de que me transfirieran al juzgado yo le había tomado declaración en la comisaría un montón de veces. Hacía tres o cuatro años que no la veía y había envejecido como si hubiesen pasado diez.

Los saludé desde lejos y enfilé hacia la barra. El camarero, un muchacho de mi edad al que casi no le quedaban pelos en la cabeza, apenas levantó la mirada de su teléfono para hablarme.

—¿Qué te sirvo?

—Una Heineken.

Mientras el chico buscaba la cerveza, una cabeza se asomó por la puerta entornada detrás de la barra.

—Cucho —dije un instante después de que volviera a desaparecer. Debió de haberme escuchado, porque la puerta se abrió y de ella emergió la figura redonda de Cucho Soto, el dueño de La Preciosa.

—Laura, ¿qué andás haciendo por acá?

—Hoy estoy con ganas de apostar unos pesos al póquer.

—Laura, vos sabés muy bien que acá no jugamos por plata. Es algo entre amigos. A lo sumo apostamos una birrita, nada más.

El barman apoyó el botellín verde sobre una servilleta de papel y lo deslizó hacia mí por la barra de fórmica negra. Antes de hablar le di un buen trago. El líquido helado se sumó al frío que yo traía de afuera, provocándome un escalofrío que intenté disimular.

—Cucho, no hace falta que me tomes el pelo —dije—. Si quiero hago una llamada por teléfono y los cinco o seis que tenés ahí adentro jugando a las cartas pasan la noche en la comisaría.

El dueño de La Preciosa abrió la boca para protestar, pero yo seguí hablando.

—Pero no te preocupes que no vengo a causarte ningún problema. Hay tantas cosas ilegales en este pueblo que la policía tiene que elegir a cuáles dedicarse. Vengo a hablar un rato con vos. Si me ayudás, me voy por esa puerta, me subo al auto y acá no pasó nada. No hay juego clandestino ni una prostituta trabajando en tu bar.

—Servime una para mí, Alfredo —dijo Cucho señalando mi cerveza y se sentó en una banqueta a mi lado.

—Vas a ver que no es tan difícil. Son unas preguntas nada más. ¿Venía seguido Julio Ortega a jugar?

—De vez en cuando, últimamente un poco más.

—¿Y apostaba fuerte?

—Eso depende —respondió el dueño de La Preciosa mirándose en el espejo detrás de las botellas en la barra.

Cuando Alfredo le dio la cerveza en la mano, Cucho agarró una servilleta de un servilletero, la alineó perfectamente con el borde de la barra y puso un vaso sobre ella, moviéndolo varias veces hasta que estuvo conforme con haberlo colocado exactamente en el centro del cuadrado de papel.

Entonces se sirvió la cerveza y le devolvió la botella vacía a su empleado.

—«Depende» no es la respuesta que necesito, Cucho. ¿Jugaba fuerte o no?

—Bueno, sí. Bastante. Cada dos por tres decía que tenía una corazonada, pegaba un grito y empujaba todas las fichas al centro.

—¿Pedía plata prestada?

—Ah, no sé. En esos temas sí que nunca me meto, Laura. Hay cosas que prefiero no saber.

—Hay quien dice que hace más o menos dos semanas vino a jugar, tomó demasiado y terminó perdiendo una apuesta que resultó en que le apagarán un cigarrillo en cada mano —dije repitiendo la declaración de la novia, que se contradecía con los resultados de la autopsia.

El dueño del bar abrió los ojos, extrañadísimo. Lo que yo le estaba contando le sonaba a ciencia ficción.

—Eso... eso es ridículo. Aquí no tenemos quince años como para andar haciendo esas boludeces.

Asentí.

—¿Vos conocés a alguien que le quisiera hacer daño a Ortega?

Cucho levantó su cerveza y bebió con el meñique apuntando al techo. Cuando la apoyó en la barra, lo hizo alineándola perfectamente con el círculo mojado que había dejado el vaso en la servilleta. Aquel hombre estaba para llevarlo a un campeonato mundial de trastorno obsesivo compulsivo.

—La noche que apareció muerto, vino un tipo un poco extraño.

—Eso me interesa.

—Como te dije antes, acá nos juntamos a jugar un rato entre amigos. Sí, a veces apostamos un poco, pero...

Cucho hizo una pausa para darle otro trago a su cerveza.

—Lo que te quiero decir es que nos juntamos siempre los mismos de hace años. De vez en cuando alguien trae a un amigo o a un pariente que está de visita, pero nunca cae un total desconocido a sentarse a jugar. ¿Entendés?

—¿Y esa noche sí?

—Sí. Y preguntó por Julio.

Sin pensarlo, metí la mano en el bolsillo del abrigo y saqué la libretita que me acompañaba a todos lados.

—¿Qué dijo exactamente?

—Preguntó si alguien conocía a Julio Ortega. En realidad con el que más habló fue con Cayota.

Al pronunciar este nombre, Cucho hizo un gesto casi inconsciente con la cabeza, señalando la puerta por la que acababa de salir. Vi la alarma en sus ojos al darse cuenta de lo que yo estaba pensando.

—¿Cayota está ahí adentro?

—Sí, ya te lo llamo —dijo bajándose de la banqueta.

—No hace falta. Voy yo —lo atajé, poniéndole una mano sobre el antebrazo.

Rodeé la barra y empujé la puerta de madera.

Un vaho de humo mezclado con perfume de hombre me golpeó la cara. La trastienda de La Preciosa era un cuartito de cuatro por cuatro con cajones de cerveza y cajas de vino apilados contra las paredes. En el medio, cuatro hombres jugaban a las cartas alrededor de una mesa de paño verde repleta de fichas de plástico. A un costado de la mesa, sobre una mesita improvisada con varias cajas de vino, descansaba un fajo más alto que ancho de billetes de cien y quinientos pesos.

Al verme entrar, uno de los hombres manoteó el dinero y se lo puso en el regazo, escondiéndolo de mi vista. Los otros tres dejaron sus cartas sobre la mesa. Todos fulminaron a Cucho con la mirada.

—Buenas noches. Sigán, sigán, que no quiero interrumpir. Soy la oficial Laura Badía, estoy investigando el homicidio de Julio Ortega.

Uno de los hombres, completamente pelado, se retorció un poco en su silla.

Utilicé a propósito la palabra «oficial» en vez de «licenciada». Técnicamente podía usar cualquiera, porque era licenciada en Criminalística y oficial de la policía, pero reservaba esta última para ocasiones en las que necesitaba intimidar.

—No se preocupen por lo de las cartas —dijo Cucho detrás mío—. Laura quiere hacerles unas preguntas sobre el tipo que vino preguntando por Julio el otro día.

—El míster —dijo uno.

—¿El míster? —repetí.

—Le pusimos ese sobrenombre. Fumaba pipa, caminaba con un bastón de madera lustrada y tenía un bigote con las puntas retorcidas. Parecía un señorito inglés.

—¿Usaba bastón? —pregunté.

—Sí, le faltaba el monóculo y el reloj de cadena colgando del chaleco —dijo otro de los hombres, con marcadas ojeras y un cigarrillo en la comisura de la boca. Nadie le rió la gracia.

—Él es Cayota —dijo Cucho, señalándolo.

—Encantada.

Me senté en la única silla vacía que quedaba alrededor de la mesa. Frente a mí había cuatro pilas de fichas azules perfectamente apiladas y todas de la misma altura. Evidentemente, de Cucho.

El hombre obeso que había ocultado el fajo de billetes quedaba a mi derecha. La luz que colgaba sobre la mesa se reflejaba en el sudor de su frente amplia.

—No hace falta que lo escondas —le dije—. Ya lo vi. Además, no me interesan cinco tipos que juegan al póquer. Después de todo, estamos en un país libre y ustedes no le están haciendo mal a nadie, ¿no? Apresar a la persona que mató a golpes a Julio Ortega es, como comprenderán, prioritario.

Los miré uno por uno y los cuatro me devolvieron sonrisas incómodas.

—Necesitamos más policías como esta —dijo Cayota. El hombre a mi derecha asintió y puso el fajo sobre la mesa. Era muchísima plata.

—Me comentaba Cucho que el domingo seis de agosto, el día que asesinaron a Julio Ortega, este hombre al que ustedes llaman «el Míster» vino preguntando por él.

—Sí. Bueno, en realidad dijo que le habían comentado que teníamos una mesa de póquer, y preguntó si podía jugar unas manos. Según él, estaba de paso. Venía de Calafate.

Anoté el nombre del pueblo en mi libreta.

—¿Y dijo cómo se llamaba?

—Se presentó como Pancho.

—¿Pancho? —pregunté extrañada. Ese sobrenombre no le pegaba nada a un tipo elegante con bigote y bastón—. ¿Qué más pueden decirme de él?

—Tendría unos sesenta años. Setenta a lo sumo. Metro setenta y cinco, más o menos. Y bastante delgado, se notaba que era un tipo al que le gustaba mantenerse en forma. Raro que llevara un bastón, porque se lo veía saludable y caminaba bien.

—Apostaba fuerte —dijo otro de los timberos, un hombre de barba pelirroja al que le faltaban los dos dientes de adelante—. No era un gran jugador de póquer, pero apostaba fuerte. Supongo que tenía mucha guita, por el aspecto y porque cuando perdía una mano no hacía ningún comentario

negativo. Al contrario, casi te diría que sonreía.

—¿Y cómo fue exactamente que esta persona preguntó por Ortega?

—Habríamos jugado... qué sé yo... tres o cuatro manos —se apresuró a contestar Cayota—. Entonces el Míster me preguntó si éramos siempre los mismos los que nos juntábamos. Yo le contesté que sí, que éramos pocos y que había dos o tres más que ese día no estaban pero que venían a veces. Generalmente los domingos, pero también martes y jueves.

—Yo el domingo no estuve. Nunca vengo los domingos —aprovechó para acotar el que había escondido el fajo de billetes.

—No tengas miedo, gordo, que a vos no te van a meter preso porque desajustás todo el presupuesto de comida de la cárcel —dijo con un ligero acento norteño el único que hasta ese momento no había hablado. Era un muchacho más joven, de contextura huesuda y ropas holgadas, que desde que yo había llegado no había hecho más que escribir en su teléfono.

—¿Me van a decir cómo fue que preguntó por Ortega o van a seguir con el club de la comedia? —dije con tono severo.

Los hombres se miraron entre ellos. Era una mirada de desconcierto. No estaban acostumbrados a que una mujer les hablara de esa manera.

—Lo preguntó así al pasar —dijo Cayota—. Estábamos jugando y dijo que era amigo de un amigo de Julio y quería saber si vendría esa noche. Yo le dije que probablemente sí, porque los domingos casi siempre venía. Pero fueron pasando las manos y Julio no aparecía. Entonces el tipo preguntó qué otro día de la semana solía venir a jugar. Intentó no darle mucha importancia, aunque todos nos dimos cuenta de que tenía bastante interés en encontrárselo, ¿o no? —preguntó buscando apoyo de sus amigos.

Todos los de la mesa asintieron, menos el gordo, que repitió que él no estaba.

—¿Qué más me pueden decir de este hombre, además de su aspecto y que era de Calafate?

—Venía de Calafate, pero no dijo que era de ahí —aclaró el chico flaquito.

—¿Alguna otra característica? Física, de la forma de hablar...

—Iba bien perfumado, Carolina Herrera me parece —aportó Cucho—. Y después lo que ya te dije, que parecía un tipo sacado del siglo pasado. Sus modales, su forma de vestir, el bigote.

—¿Y dicen que estaba en buena forma física pero que caminaba con un bastón?

—Sí, pero yo creo que el bastón era más por extravagancia que por necesidad. No sé, siendo un tipo tan raro no sería descabellado, ¿no?

—Bien, voy a ver si consigo que manden un dibujante de Caleta así hacemos un par de retratos y tenemos un bosquejo del aspecto físico.

—No hace falta —dijo el muchacho huesudo y deslizó su teléfono hacia mí sobre el paño verde.

—¿Para qué le sacaste una foto, boludo? —preguntó Cayota.

—Me causó gracia la pinta que tenía. La iba a poner en Instagram, pero después me arrepentí.

Cayota se frotó las manos en la cara, como cuando uno no sabe por dónde empezar a regañar a un niño.

La fotografía estaba tomada desde un ángulo raro, como si el teléfono hubiera estado apoyado en la mesa. Aunque la luz era pobre, se distinguía claramente a un hombre de pelo cano asomando por los costados de una boina de cuero. El bigote, también gris, era tupido en el centro y se afinaba hacia los lados hasta terminar en dos finas puntas que asomaban en direcciones opuestas. Sobre la camisa a cuadros llevaba un chaleco verde un poco más oscuro que el paño de la mesa. En las manos, que sostenían cartas mirando hacia abajo, brillaban varios anillos dorados. Era cierto, tenía un aspecto extrañísimo.

—Genial —le dije al chico y le di mi email para que me pasara la foto.

Hubo un silencio incómodo mientras me mandaba la imagen y yo me aseguraba de haberla recibido. Incluso me tomé el tiempo de reenviársela a Manuel con un texto breve pero explicativo. «Posible apodo: Pancho; quizás de Calafate; perfume caro, prob. Carolina Herrera. ¿Podés hacer algo para averiguar quién es?».

—Bueno, caballeros, ya casi terminamos —dije mientras apretaba el botón de enviar—. ¿Después de ese día ya no volvió?

Todos negaron y el gordo volvió a encogerse de hombros.

—¿Hasta qué hora estuvo acá?

—Hasta las tres de la mañana más o menos. Se fue en un remis.

—A las tres de la mañana —repetí para mí misma.

Según el informe de la autopsia, Julio había muerto aproximadamente a esa hora.

CAPÍTULO 19

Al salir de La Preciosa me encontré el techo y el parabrisas de mi auto cubiertos de una fina capa de cristales de escarcha que brillaba con el alumbrado público. Por suerte no había estado en el bar más de una hora y el hielo resultó fácil de quitar con la espátula de plástico que llevaba debajo del asiento para días como aquel.

Una vez tuve el parabrisas despejado, arranqué el coche. Lo conseguí con solo cuatro intentos.

Las dos o tres ideas que tenía de cómo localizar al Míster este requerían hablar con mis compañeros de trabajo, así que eso tendría que esperar hasta el día siguiente. Sabiendo que me sería imposible dormir, conduje las siete cuadras que separaban el bar de Cucho del mayor antro de todo el pueblo. Un antro legal, reluciente y adornado con luces de colores. El peor agujero de todos, barnizado de falso glamour: el casino de Puerto Deseado.

El casino era uno de los pocos lugares donde se podían encontrar más de veinte personas despiertas una madrugada que no fuera de viernes ni de sábado. Como aquella noche, y como la noche en la que había muerto Julio Ortega.

De esas veinte personas, había una que siempre era la misma. Una persona que podría ser perfectamente la causa de los viajes relámpago desde La Preciosa al casino que habían mencionado Quispe padre e hijo.

Al entrar saludé al sargento Ulloa, el policía que custodiaba la puerta aquella noche. Era un suboficial simpático que, como muchos, se veía obligado a complementar su sueldo con trabajos de custodia nocturnos que la policía ofrecía a discotecas, puticlubs y el casino a cambio de una tarifa.

Tras intercambiar unas palabras con Ulloa, pagué la entrada a una empleada e ingresé a la sala de la planta baja. Olía a perfumes fuertes de mujer mezclados con un ligero aroma a pizza y café recién hecho.

Con la alfombra gruesa hundiéndose bajo mis pies, me paseé entre las

cientos de máquinas tragamonedas que emitían ruiditos alegres para invitarme a que les metiera dinero. Miré de reojo la pequeña confitería, unos pocos metros cuadrados libres de máquinas chupasangre. En la barra, la única banqueta ocupada revelaba una espalda triangular, de músculos enormes, enfundada en un suéter de hilo apretado al cuerpo. El dueño de esa espalda se llamaba Enrique Vera y era el motivo por el que yo estaba allí esa noche.

Los empleados, de aspecto pálido, camisa blanca y chaleco verde petróleo, caminaban con prisa entre el laberinto de máquinas, asistiendo a jugadores con algún problema, minimizando así el tiempo que no estaban metiendo billetes en las ranuras iluminadas.

Enfilé hacia la barra y me senté a una banqueta de distancia del hombre musculoso. Tenía el pelo corto y rizado y miraba un partido de la liga europea en una pantalla en la pared. El vaso de fernet que hamacaba en su mano era diminuto comparado con su enorme bíceps.

Yo, como cualquier otro policía de Puerto Deseado, conocía a Enrique Vera. Aquel hombre era casi parte del inventario del casino. Siempre allí, descansando su enorme musculatura sobre la barra. Y siempre solo.

Su trabajo, de hecho, requería esa soledad. Un prestamista rodeado de gente tiende a perder clientes.

—¿Qué vas a tomar? —me preguntó el chico de la barra mientras servía un cóctel y lo dejaba sobre una bandeja para que una de las camareras se lo llevara a algún cliente que no quería despegarse de su tragamonedas.

—Un fernet —dije señalando el vaso y la lata de Enrique Vera.

El barman puso tres hielos en un vaso y vertió dos dedos del licor oscuro. Luego abrió una lata de Coca Cola y completó mi bebida. Como era costumbre, me entregó el vaso y también la lata, en la que todavía quedaba un poco de gaseosa.

—¿Quién juega? —pregunté mirando la televisión.

Enrique Vera giró un poco en la banqueta para mirarme con cierto desconcierto por encima de un hombro tan grande como su cabeza.

—El Atlético de Madrid contra el Barcelona —respondió.

Al verlo de frente, noté que llevaba el lóbulo derecho vendado con un apósito color piel.

—¿Y es un partido importante? —pregunté dándole el primer trago a mi fernet. El sabor amargo me recordó a mis años de universidad, cuando estudiaba Criminalística en Buenos Aires. No lo probaba desde aquella época, en la que lo llamábamos «petróleo».

—Sí. Fue un partido importante. Jugaron esta tarde, esta es la repetición. En cualquier momento mete el primer gol Messi. Ganó el Barça dos a cero.

En ese momento bajó de la planta de arriba un hombre pelado, vestido con campera de cuero negra. Dio unos pasos hacia la barra, pero al ver a Vera hablando conmigo se paró en seco durante un instante. Luego se obligó a sonreír y caminó hacia nosotros.

—¿Qué ven mis ojos? ¿Enrique Vera tomando alcohol? ¡Y con Coca Cola de verdad, nada de cero calorías!

Ambos hombres rieron y en ese momento el chico de detrás de la barra puso frente a Vera una pizza de jamón, mozzarella y morrones.

—Ah, bueno, esto sí que no me lo esperaba —exclamó el pelado cruzándose de brazos. Luego se dirigió al camarero—. ¿Ya no te trae los *tuppers* con pechuga a la plancha para que se los calientes en el microondas?

—De vez en cuando también hay que disfrutar de estas cosas —dijo Vera levantando una porción de pizza hasta que los hilos de mozzarella derretida se cortaron. Le dio un bocado enorme y lo bajó con un trago de fernet—. ¿Querés una porción?

—Ya cené, gracias. Además no sé quién serás vos pero te pido que me devuelvas ya mismo a mi amigo, el verdadero Enrique Vera, el que toma agua sin gas toda la noche y se trae la comida de su casa.

Los dos volvieron a reír y el pelado le dio un puñetazo a Vera en el gigantesco brazo.

—Se acabaron los torneos hasta el año que viene, Mario.

—¿No te estabas preparando para uno en octubre?

—Era a final de noviembre, pero me di cuenta de que para ese ya no llevo.

—¿Qué decís, si parecés el increíble Hulk?

—¿Y vos desde cuándo sos juez de fisicoculturismo? —dijo Vera soltando una risita y le dio otro trago a su fernet—. Hablando en serio, al de noviembre no llegaba. Así que ahora tengo un mes para darme todos los gustos que quiera. Pizza, helado, y algún fernetcito también. Aunque el alcohol lo tengo que controlar porque como no estoy acostumbrado, me mamo enseguida. El mes que viene vuelvo a la dieta.

—¿El gimnasio también lo dejaste?

—¿Vos estás loco? El gimnasio es como la vieja, no se abandona hasta la muerte.

—¡Ése es mi amigo, carajo! El que vende a su madre con tal de pagar la cuota del *gym*.

—Yo no dije eso, boludo —Vera acompañó la frase con una sutilísima palmada en el hombro del otro. Lo hizo con la suavidad con la que un gigante tocaría a una princesa por miedo a romperle un hueso.

Ambos se quedaron en silencio y me pareció que el hombre calvo me miró un par de veces disimuladamente. Noté que intercambiaba una mirada con Vera antes de levantarse de la banqueta en la que se había sentado. Probablemente había venido a verlo porque necesitaba un préstamo.

—Después paso —dijo en voz baja y se perdió entre las máquinas.

Esperé a que Vera diera cuenta de sus primeras dos porciones de pizza antes de hablar.

—¿Vos venís siempre acá, no? —le pregunté, intentando acaramelar mi voz.

—Sí, ¿y vos trabajás para la policía, no?

—Pero ahora no estoy de servicio. Además, ¿tenés algo que ocultar? —sonreí. Estuve a punto de guiñarle un ojo, pero me pareció demasiado.

Enrique Vera escondió su sonrisa detrás del vaso largo, manchado por dentro por la espuma marrón de la bebida y por fuera por el aceite de la pizza. Lo vació de un solo trago y lo apoyó sobre la barra sin dejar de mirarme a los ojos. Después repitió lo mismo con la lata de Coca Cola. Como si aquello fuera a intimidarme.

—Me voy a jugar un rato —dijo bajándose de la banqueta y se fue dejando más de la mitad de la pizza.

Sonreí. Todo el mundo en el casino sabía que Enrique Vera no jugaba nunca. Su función allí era otra.

—¿Qué te pasó en la oreja? —le pregunté cuando ya se había alejado un par de pasos. Cuando se volvió, agarré una porción de su pizza y le dí un mordisco.

—Una noche de pasión. A veces pierden el control. No las puedo culpar —dijo sonriendo, y se metió lentamente una mano en el bolsillo delantero de su pantalón ajustado. Luego se dio media vuelta y se perdió con paso zigzagueante detrás de una hilera de máquinas tragamonedas.

—Ahí está el primer gol —anunció el muchacho detrás de la barra, dándome la espalda para mirar la repetición del tanto de Messi.

Intercambié lo más rápido que pude la lata de Coca Cola que había dejado Vera con la mía. Luego me terminé la porción de pizza, le di otro

trago a mi fernet y me levanté de la banqueta, llevándome en una mano mi vaso y en la otra la lata de Vera. Caminé entre las máquinas como lo hacían algunos, mirando cada pantalla e intentando decidir cuál estaba a punto de pagar.

Dejé mi bebida casi entera en una mesita y, de a poco, me alejé hacia la entrada. Saludé a Ulloa y salí a la noche helada.

Todavía llevaba la lata sujeta entre dos dedos.

CAPÍTULO 20

Al día siguiente llegué al juzgado tardísimo, como a las nueve de la mañana. Me había acostado cerca de las tres y tardé un montón en dormirme. Pasé junto a la harpía sin saludarla y cerré la puerta del laboratorio con una vuelta de llave.

Puse mi mochila sobre una de las banquetas altas junto a la mesa de acero inoxidable y extraje de ella la lata de Coca Cola de la que había tomado Vera la noche anterior. Del kit para huellas dactilares, elegí el frasquito de polvo magnético negro. Varias impresiones oscuras se revelaron sobre la superficie roja cuando empolvé la lata. Sonreí, alguna buena entre todas esas seguro que iba a sacar.

Con cuidado, cubrí cada una con un pedazo de cinta adhesiva transparente. Luego las levanté, llevándome en cada trozo una huella que pegué sobre un papel blanco. En menos de veinte minutos tenía doce huellas nítidas.

Había llegado el momento de validar o refutar mi teoría.

Era una hipótesis simple: los viajes cortos que había hecho Castro al casino fueron para pedir dinero a Vera. Un dinero que luego no pudo devolver. No sería la primera vez que un prestamista recurría a la tortura física para lograr un pago, aunque en nuestro pueblo esos episodios eran poco comunes y nunca pasaban de un par de golpes o alguna amenaza. La brutalidad de este caso no tenía precedentes en Deseado.

Pero también era una hipótesis débil: aunque Vera hubiese torturado a Ortega, ¿qué sentido tenía matarlo? ¿Se le habría ido la mano sin darse cuenta? Incluso si fuera así, el vínculo entre la muerte y la desaparición de las flechas tampoco estaba claro. ¿Sabía Ortega que la colección Panasiuk tenía un gran valor económico y se la había ofrecido a Vera como pago? ¿Vera le había creído?

Ni siquiera si alguna de las huellas del prestamista coincidía con las que habíamos levantado de los trozos de vidrio lograríamos responder a todas

las preguntas. Pero al menos estaríamos un paso más cerca de saber la verdad.

También hice un hisopado de la parte de arriba de la lata, donde Vera había apoyado sus labios. Guardé la muestra de saliva en una bolsa y en un pequeño tubo de ensayo puse algunas escamas de la gota de sangre seca que habíamos encontrado lejos del cadáver de Ortega. Metí todo en un sobre a nombre de una amiga que trabajaba en el Laboratorio Regional de Investigación Forense de Río Gallegos para que hiciera un análisis de ADN comparando ambas muestras.

Enviárselo directamente a mi amiga era la única forma de obtener los resultados. Por la vía oficial habría sido imposible porque la obtención de la saliva había sido completamente ilegal. Y aunque desde luego esa prueba no serviría en un juicio, por lo menos me indicaría con certeza si mis sospechas iban o no por el camino correcto.

Saqué del armario la carpeta rotulada “Ortega, homicidio, 08/2017” y busqué dentro el folio con las impresiones dactilares que había levantado del vidrio. Revisé entre las páginas con declaraciones y las fotografías, pero fui incapaz de encontrar la ficha con las huellas. Entonces recordé que le había pedido a Manuel que le sacara fotos. Seguramente se había olvidado de volver a poner el folio donde correspondía.

Salí del laboratorio maldiciendo en voz baja. Un día de estos íbamos a perder evidencia importante por su culpa y a la que pondrían de patitas a la calle sería a mí.

Encontré a Manuel en su oficina, encorvado sobre un teléfono desarmado en su escritorio.

—¿Vos te pensás que esto es el FBI? En serio, aflojale un poco a las películas yanquis —me espetó antes de que le pudiera decir nada.

—¿Qué?

—La foto y los cuatro míseros datos que me mandaste anoche a la una y media de la mañana. ¿Cómo te pensás que voy a hacer para ubicar a ese tipo? Ni en CSI lo pueden rastrear con tan poca información. ¿Quién es?

—Es lo que quería que me ayudaras a descubrir. Apareció de la nada preguntando por Ortega la noche que lo asesinaron. Se fue de La Preciosa en remis a las tres de la mañana.

—Justo a la hora estimada de fallecimiento.

—¿Ahora entendés por qué es muy importante ubicarlo?

—Pero no tengo forma de hacerlo.

—No importa. Era por si se te ocurría algo —zanjé—. ¿Dónde dejaste el papel con las huellas que levanté de los pedazos de vidrio?

—Uy, me vas a matar. Me olvidé de sacarle fotos.

—Eso no importa ahora. Dame el papel y hacemos lo de las fotos más tarde.

Manuel arqueó las cejas y su eterna sonrisa desapareció por un segundo.

—Está en tu armario, en la carpeta con la evidencia del caso.

—No, no está ahí. Me acabo de fijar.

—Yo no lo toqué —dijo sorprendido—. Si lo hubiera ido a buscar lo habría fotografiado.

—A lo mejor te lo trajiste y después te entretuviste con algo, no sé, mirando porno en la computadora por ejemplo.

La sonrisa le volvió a la cara.

—No, estoy casi seguro de que no —dijo mientras revisaba los papeles sobre su escritorio y abría cajones.

—Seguí buscando, por favor.

Volví al laboratorio y revisé de nuevo la carpeta, el armario de donde la había sacado y cada uno de los papeles que había a la vista. Luego utilicé la llave más pequeña de mi llavero y abrí los cajones del escritorio, examinándolos uno a uno. En uno de ellos estaba la flecha tornasolada dentro de la cajita de plástico en la que yo la había dejado, pero del papel con las huellas, ni noticias. Hasta me tiré al suelo, pero tampoco había nada debajo de los muebles.

Tras revisar todo el laboratorio sin éxito dos veces más, decidí hacer una pausa para pensar mejor. Además, tenía un agujero en el estómago porque no había desayunado y un café con mucha azúcar me vendría bien.

Cuando entré a la cocina del juzgado pasaron dos cosas maravillosas. La primera fue que Isabel Moreno no estaba ahí, algo que siempre me ponía de buen humor. La segunda fue la bolsa con bizcochos de grasa que alguien había dejado en el medio de la mesa.

Di cuenta de un par de bizcochos mojados en el café y charlé un rato con una asistente administrativa que vino a calentar agua para el mate. Me preparé una segunda taza y volví al laboratorio.

Estaba revisando el armario por cuarta vez cuando oí dos golpecitos en la puerta. Abrí y me encontré a Manuel apoyado en el marco, mostrándome sus dos manos vacías.

—No aparece —le dije—. Mierda.

—Ya las vas a encontrar, tomate un respiro. A veces viene bien cambiar un poco el ángulo —dijo y sacó del bolsillo el teléfono de Julio.

—¿Encontraste algo más?

—Acabo de conseguir acceso a su correo electrónico.

Me incorporé en la silla. Por el tono de orgullo con que habló, había algo jugoso.

—Entre los mensajes que pude descifrar solo hay una referencia a las flechas. Pero es muy buena.

Manuel puso el teléfono sobre la mesa de acero inoxidable y lo deslizó como si fuera un cóctel. Lo atajé y leí el email en la pantalla.

PARA: cornalitodelsur@yahoo.com.ar

FECHA: Viernes, 04-08-2017 11:37 AM

ASUNTO: A vos que te gustan las flechas.

¿Qué hacés, Arielito? Hace tantos años que no hablamos que no sé si te acordarás de mí. Bueno, te escribo porque hace seis meses me mudé de casa, y resulta que la semana pasada encontré en el fondo de un ropero una colección de flechas que me parece bastante rara. Te adjunto una foto.

Como sé que vos te dedicás a la compraventa de antigüedades, quería preguntarte qué valor te parece que puede tener este cuadro. Yo de flechas no sé un carajo, pero nunca vi ninguna con la tonalidad tornasolada que tienen estas. Es como si estuvieran hechas con una piedra especial.

En fin, no sé si todavía vivirás en Caleta, pero si estás por la zona, te invito a que te vengas a Deseado un fin de semana. Aunque las flechas terminen siendo de plástico, al menos será una buena excusa para reencontrarnos y comer un asado. Invito yo.

Un abrazo.

Julio

—¿Viste la fecha? —me preguntó Manuel cuando terminé de leer.

—Sí, cuatro de agosto, dos días antes de que lo mataran. ¿No hay respuesta?

—Sí, hay una respuesta de ese mismo día a las 13:53, dos horas y pico después de que Ortega le escribiera.

—¿Y qué dice?

—No lo sé. Es parte de los mensajes que todavía no pude descifrar. La computadora sigue trabajando, pero puede llevar tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Eso es imposible de saber. Puede aparecer hoy, mañana o dentro de un año, depende de la suerte que tengamos con el algoritmo de fuerza bruta.

Resoplé, cruzándome de brazos.

—O sea que hasta dos días antes de su muerte Julio no sabía que las flechas eran valiosísimas.

—Entonces no tiene sentido que lo hayan matado a golpes por la colección, ¿no? —dijo Manuel frunciendo el ceño—. Si alguien viene a mi casa y me amenaza con romperme los huesos si no le entrego una sartén oxidada, ¿dónde está lo difícil de la decisión? ¿Cómo llego a que me desfiguren la cara a golpes por algo que para mí no tiene valor?

—Por orgullo, por ejemplo. Al fin y al cabo, la sartén oxidada es tuya.

—Sí, pero cuando ya tenés la cara como la Cueva de las Manos, la entregás seguro.

—Pueden haber pasado muchas cosas en esos dos días. Necesitamos leer la respuesta a este email cuanto antes. Fijate si al menos podés averiguar de quién es la dirección de email *cornalitodelsur@yahoo.com.ar*.

—Laura, cuando vos vas a comprarte un chicle yo ya vuelvo haciendo el globo —dijo Manuel extendiéndome una hoja—. Encontré su nombre verdadero en un foro de antigüedades.

—¿Ariel Ortiz? —pregunté al reconocer la foto impresa en blanco y negro.

—¿Lo conocés?

Lo que me faltaba. No solo había tenido un affaire con la víctima del crimen sino que también había coqueteado con el destinatario de aquel email.

—Lamentablemente, sí —dije.

Pasé el resto del viernes organizando mi encuentro con Ortiz. No fue sencillo. Nunca era sencillo verse con un hombre que estaba a doscientos kilómetros, preso en una de las cárceles más remotas del país.

CAPÍTULO 21

A las siete de la mañana el bar del hotel Isla Pingüino olía a café. Cinco o seis huéspedes desayunaban en las mesas de madera lustrada. Casi todos hombres cincuentones, que supuse serían ejecutivos de alguna de las empresas pesqueras de Deseado o de la mina de oro de Cerro Moro. Era sábado.

Detrás de la barra, una joven de chaleco bordó y camisa blanca trajinaba con una máquina de café. A dos metros de ella, un hombre sin uniforme se acodaba sobre la barra mirando a la sala.

—Buenos días, ¿vas a desayunar? —me dijo este último cuando me acerqué a la barra.

—No, gracias. Soy Laura Badía y trabajo para la comisaría y el Juzgado de Primera Instancia. ¿Vos sos Adrián Gálvez?

—Sí —respondió él algo extrañado.

En un lugar del tamaño de Deseado esas preguntas sonaban raro. Por supuesto que era Adrián Gálvez, todos conocíamos a los comerciantes más importantes del pueblo. Y probablemente él me conociera a mí también, después de todo no me llevaría más de cinco años. Seguramente habríamos bailado alguna vez en la discoteca Jackaroe diez o quince años atrás.

—¿Pasó algo? —preguntó.

—Estoy investigando el homicidio de Julio Ortega.

—Sí, terrible lo de ese flaco —agregó, llevándose a la boca una taza de café.

—¿A vos te suena que durante el fin de semana se alojara en el hotel este hombre?

Le mostré en mi teléfono la fotografía que me habían dado en La Preciosa. Si el Mister tenía el caché que parecía tener, solo había dos hoteles en el pueblo donde podría haberse alojado. Uno era Los Barrancos, donde se estaba quedando el arqueólogo Castro. El otro, que quedaba más cerca del lugar del asesinato, era el Isla Pingüino.

El dueño del hotel miró detenidamente la foto y asintió lentamente con la cabeza.

—Sí, se alojó con nosotros una noche.

—¿El sábado pasado?

—Creo que sí. Ahora nos fijamos —dijo irguiéndose y rodeó la barra hasta ponerse junto a mí—. Pero ese tipo no creo que haya tenido nada que ver con el asesinato. Es un hombre ya mayor, muy educado. ¿No lo mataron a golpes a Ortega?

—Me gustaría hablar con el recepcionista que estaba trabajando en el hotel esa noche.

—Diego —dijo señalando con el mentón la entrada del bar, a cuya derecha estaba la recepción del hotel—. Normalmente trabaja de noche, pero se nos enfermó el chico del turno de la mañana así que hoy se quedó hasta el mediodía. Estás de suerte.

Diego no podía decir lo mismo. Las ojeras y la ropa arrugada dejaban clarísimo que su turno ya debería haber acabado. Era un muchacho de no más de veinticinco años, cabeza grande y dientes de roedor. Me presenté y le pregunté qué podía decirme del tal Míster.

—Se quedó con nosotros una sola noche. Hizo el *check-in* cerca de las ocho de la noche y no volvió al hotel hasta la madrugada —dijo y sorbió de una taza de café negro.

—¿A qué hora?

—Serían las tres o las cuatro de la mañana.

—¿Qué aspecto tenía cuando volvió?

—Creo que se había tomado alguna que otra copa. No es que estuviera borracho, pero arrastraba las palabras un poco y tenía uno de los botones de la camisa desabrochado.

—¿Alguna mancha de sangre?

Tanto el recepcionista como el dueño del hotel se sobresaltaron con mi pregunta.

—No, que yo recuerde, no. Pero nos podemos fijar en el video de seguridad.

—¿No se necesita una orden de un juez para eso? —intervino su jefe lanzándole una mirada helada.

—Solo si ustedes no me la quieren mostrar por su cuenta.

—No, no es eso. Es que hay cuestiones de privacidad de mis huéspedes que yo preferiría no revelar. Si alguien viene a pedirnos una habitación, se la

damos. No le preguntamos estado civil ni nada de eso. No sé si me entendés.

—Perfectamente. Pero no te preocupes, que aunque en esos videos haya material para extorsionar a medio pueblo, de momento la policía no se dedica a eso.

—Además...

—Tampoco va a ser el primer hotel del mundo donde la gente lleva prostitutas, si eso te preocupa.

—No —dijo Adrián Gálvez mostrando las palmas—, para nada.

Sonreí pero mantuve el silencio hasta que se tornó incómodo, una técnica que me funcionaba casi siempre. Después de unos segundos el dueño del hotel resopló, bajó las manos y le hizo un gesto afirmativo a Diego con la cabeza. El recepcionista movió el *mouse* de la computadora mientras yo rodeaba el escritorio para mirar por detrás de su hombro.

En la pantalla se veían cuatro imágenes en blanco y negro. Una era de la entrada del hotel, con la cámara apuntando a quienes venían de la calle. Otra era del estacionamiento. Las dos de abajo mostraban dos pasillos idénticos con puertas a ambos lados.

—Sábado a la noche. En realidad, ya domingo a la madrugada.

Diego posicionó el cursor a las 3 AM y empezó a reproducir la grabación en alta velocidad. De no ser su propia cabeza, que cambiaba ligeramente de posición, y las luces de algún coche que ocasionalmente iluminaban el asfalto detrás de la puerta de vidrio de la entrada, la falta de movimiento en las imágenes me habría hecho creer que se trataba de fotografías.

Cuando el reloj en un rincón de la pantalla marcaba las tres y treinta y pico, el hombre de bigotes apareció en escena por una fracción de segundo.

—Ahí está —dijimos los tres al unísono.

Diego retrocedió la grabación hasta dar con el instante indicado. Tres de la mañana, veintisiete minutos, cuarenta y dos segundos.

El hombre era sin duda el mismo de la foto que me habían dado en La Preciosa. Entró a la recepción del hotel frotándose las manos y dijo algo que acompañó con una sonrisa amable debajo del bigote.

—No tienen audio estos videos. Pero seguramente ahí me hizo algún comentario sobre el frío.

La mano de Diego apareció en escena extendiéndole una llave que el hombre agradeció con una ligera inclinación de cabeza. Luego desapareció de la pantalla. Pasaron diez segundos hasta que reapareció en uno de los

pasillos.

La forma en la que caminaba con su bastón era rara. No apoyaba todo su peso en él para ayudarse a caminar. Su cuerpo era todavía fornido y sus hombros, anchos. En su tiempo, aquel hombre había sido muy fuerte.

—A ver, rebobinalo un poquito —dije cuando el Míster había recorrido ya todo el pasillo.

Cuando volvimos a ver la secuencia conté veintiún pasos. En ocho de ellos, la punta del bastón ni siquiera había tocado el suelo.

—Esa es la ciento cuatro —dijo Diego señalando la puerta que el hombre abrió con una llave.

—¿Supongo que cámaras en las habitaciones no tienen, no?

Adrián Gálvez me miró con una expresión que cuestionaba la moral de mi pregunta.

—¿No volvió a salir esa noche?

—No.

—¿Y no puede ser que vos te hayas distraído un momento? ¿O te quedaras dormido?

—No creo, pero la forma más fácil de saberlo es seguir mirando el video.

Diego apretó un botón con tres flechitas hacia adelante y la imagen empezó a correr a la velocidad de vértigo de antes. Tardamos casi quince minutos en mirar las seis horas que pasaron hasta que el Míster volvió a salir de su habitación para tomar el desayuno.

—¿Tiene ventana esa habitación?

—Sí, da a un balconcito sobre esta calle —dijo Adrián señalando la acera del otro lado de la puerta de vidrio—. La gente suele usarlo para salir a fumar.

Me quedé un rato pensando con la mirada puesta en las imágenes de las cámaras de seguridad. Ahora mostraban a un enjambre de personas desayunando en cámara rápida.

—¿Qué datos piden a los huéspedes?

—Nombre, apellido, dirección y le sacamos una fotocopia al documento.

Sin que hiciera falta pedírselo, Diego se puso a buscar en una carpeta a punto de estallar de papeles.

—Francisco Menéndez-Azcúenaga —dijo—. Es de El Calafate.

Pancho, de Calafate. Tal y como me lo habían dicho en La Preciosa.

—Sacá fotocopias de todo eso para la inspectora, Diego. Del DNI también.

—No le hicimos copia del DNI.

—¿Cómo que no le hicimos copia? —rugió el hotelero.

—No. Acá están sus datos, su firma y una fotocopia de un carnet de conducir, pero del DNI no.

—A veces, cuando la gente viene de lejos y se olvida el documento, le damos una habitación igual si nos muestran algo que más o menos acredite su identidad —dijo Gálvez en tono de disculpa.

—No hay problema —dije—. ¿Y la noche que estuvo acá la pagó en efectivo?

—Sí. Y la propina también. De hecho fue bastante generoso, seguramente porque le cancelé las otras noches sin cargo.

—¿Qué otras noches?

—Las otras dos —dijo Diego mostrándome en la computadora una hoja de cálculos—. Había reservado con nosotros tres noches pero después de la primera dijo que le había surgido un imprevisto y se tenía que ir. Que si le tenía que cobrar el resto de la estadía, lo hiciera. Pero Adrián me dijo que no.

—Evidentemente era un tipo con mucho poder adquisitivo —se explicó el hotelero—. A la gente así nos gusta mantenerla contenta.

CAPÍTULO 22

Me incliné hacia atrás en la silla y puse los pies encima de mi escritorio en el laboratorio del juzgado. Examiné una a una las fotocopias que me habían dado en el hotel. La reserva por tres noches, la factura por una sola y el carnet de conducir de Francisco Menéndez-Azcuénaga.

Resoplé mirando al techo. Las licencias de conducir de pueblos pequeños eran facilísimas de falsificar. Hacía años que el gobierno venía hablando de una licencia unificada para todo el país, pero era 2017 y todavía seguíamos con tarjetitas de cartón escritas a máquina y fotos pegadas con plasticola. Y como si eso fuera poco, cada pueblo diseñaba la suya como quería.

Me hundí un poco más en la silla y examiné de nuevo la de Francisco Menéndez-Azcuénaga. Si era auténtica, aquel hombre había nacido en 1953 y vivía en Calafate. Entonces reparé en que además de los datos obvios la licencia también especificaba el grupo sanguíneo del portador, para simplificar la asistencia médica en caso de accidente de tráfico. Menéndez-Azcuénaga era A negativo, igual que la gota de sangre seca que habíamos encontrado en la casa de Ortega.

Encendí la computadora y busqué su nombre en Google. Los resultados me dejaron con la boca abierta. El primer artículo, por ejemplo, era del diario *Latitud 51*, de Río Gallegos. El titular decía: *Importantísima colección de arte lítico podrá ser visitada durante octubre*. Hice clic y en la página del diario apareció la foto del mismo hombre que había preguntado por Ortega en La Preciosa. Según el artículo, Francisco Menéndez-Azcuénaga, un coleccionista de artefactos tehuelches de piedra oriundo de la localidad de El Calafate, había decidido abrir las puertas de su casa para que toda la comunidad pudiera disfrutar de su colección privada, una de las más grandes de la Patagonia. En total eran más de doce mil puntas de flecha y otras piezas recolectadas en la zona centro de la provincia por tres generaciones de su familia.

«La zona centro de la provincia», releí. Según me había contado Castro, Panasiuk había encontrado las flechas tornasoladas en los alrededores del lago Cardiel. Exactamente en el medio de Santa Cruz.

El sonido del teléfono interrumpió mis pensamientos. En la pantalla del aparato apareció una foto del forense Luis Guerra abrazado a su mujer y a su hija.

—Luis, ¿cómo estás?

—Hola Laurita. Che, hoy tuve una reunión con mi otro jefe.

—¿El director del hospital? No me digas que te convenció para que te vayas a trabajar *full-time* a su morgue y nos abandonás.

—Eso nunca. No pienso sacar un pie de ninguna de las dos morgues de este pueblo hasta el día que me muera.

—Ese día te vas a tener que decidir por una.

Oí la risita de Luis del otro lado de la línea. Luego se aclaró la garganta.

—Laura, ¿te acordás de las heridas en las manos? Las que parecían quemaduras pero estaban hechas con un taladro.

—Claro que me acuerdo.

—Cuando terminó mi reunión con el director del hospital le pregunté si le sonaba que hubiese habido algún paciente con ese tipo de lesiones últimamente.

—¿Y?

—Hace unos meses llegó a la guardia del hospital un hombre de edad media con heridas de taladro en ambas manos. Dijo que había sido un accidente y no quiso poner una denuncia contra nadie, pero ningún médico le creyó. Nadie puede hacerse heridas así en las dos manos sin querer.

—¿Cómo se llama el hombre?

—El director se negó a decírmelo. Solo mencionó que es de mediana edad y trabaja para el Estado.

—Entre maestros, policías y municipales, la mitad del pueblo trabaja para el Estado, Luis.

—Los únicos detalles que sé es que tiene una posible adicción al juego y una úlcera en el estómago causada por graves problemas de estrés.

—No sería la primera vez que un ludópata termina lastimado por no poder pagar a un prestamista.

—A lo mejor no tiene nada que ver, pero pensé que te podía servir el dato.

Agradecí al forense y me quedé con el auricular en la oreja incluso después de terminar la conversación. Aquello reforzaba mi teoría de que a Ortega lo podrían haber matado por una deuda de juego.

Con suerte, el resultado del ADN que le había encargado —de manera totalmente ilegal— a mi amiga del laboratorio forense de Río Gallegos llegaría pronto.

CAPÍTULO 23

Al día siguiente el pueblo amaneció más silencioso aún que cualquier otro domingo. Corrí la cortina de mi habitación y vi la calle cubierta de escarcha blanca. No había una sola huella de coche o de persona sobre los cristales diminutos que reflejaban los primeros rayos de sol.

Me costó horrores arrancar el auto. Giraba la llave y clic. Otra vez. Clic. Intenté decenas de veces hasta que por fin el motor sacudió la trompa del Corsa hasta estabilizarse en un ronroneo regular. «Un día te va a dejar tirada» me decía todo el mundo, y yo ahora empezaba a creerles. Me prometí que a la vuelta del viaje lo llevaría a un mecánico.

Con música de Soda Stereo, las dos horas y cuarto de ruta recta y desierta pasaron rápido. Me di cuenta de que estaba llegando a Pico Truncado porque en el horizonte se recortaron las tolvas de la cementera y porque empezaron a aparecer más y más bolsitas de plástico enganchadas en el alambrado del costado del camino.

Al entrar al pueblo enfilé hacia la garita de seguridad de la cárcel, que asomaba entre las casas bajas. Estacioné frente a un paredón gris coronado con alambre de púas y caminé hacia un portón de metal negro.

—Sí —dijo alguien por el intercomunicador antes de que yo pulsara el botón.

—Laura Badía. Vengo del juzgado de Puerto Deseado.

—Momento.

Esperaba oír un zumbido y que la puerta se abriera, pero no. Después de casi un minuto sentí el chasquido metálico de la cerradura. Del otro lado me recibió un policía que apenas superaba los veinte años.

Pasé a un patio de tierra gris. En el centro, un mástil enorme enarbolaba una bandera argentina que el viento de la meseta ya estaba empezando a deshilar. Detrás se levantaba un edificio de paredes marrones y ventanas muy pequeñas.

Entramos, rellené unos papeles y pasé un control de seguridad parecido

al de un aeropuerto.

—¿Y a ella por qué no la revisan como me revisan a mí? —gritó una señora, señalándome. Estaba de pie junto al escáner y una mujer policía le palpaba todo el cuerpo—. ¿Qué, tiene coronita?

—Por acá —me indicó el suboficial que me había abierto la puerta.

Nos adentramos en un pasillo de paredes color crema y nos detuvimos frente a una ventana que daba a una sala grande y luminosa en la que los únicos muebles eran sillas. Algunas estaban dispuestas en grupos de dos o tres y otras en grandes círculos de más de diez. Casi la mitad estaban vacías. Las que no, las ocupaban presos y sus familiares, que viajaban cientos de kilómetros para la visita de cada domingo.

—Normalmente las visitas son en esta sala —dijo el policía haciéndome señas de que lo siguiera—, pero como usted viene del juzgado y además Ortiz tiene muy buena conducta, la dejamos verlo en la celda.

El pasillo terminaba en una puerta de hierro pintada de blanco. El policía introdujo una llave en cada una de las dos cerraduras y la abrió de un empujón. Cinco pasos más adelante repitió la operación con otra puerta idéntica.

—Camine mirando para adelante —me sugirió.

Nos adentramos en una galería larga y muy bien iluminada. De las celdas a ambos lados salieron silbidos y piropos que iban desde un «mamita» hasta la necrofilia.

—No es la primera vez que entro en una cárcel —le dije a mi guía en voz baja—. Si estos pibes me quieren asustar van a tener que esforzarse un poquito más.

—Celda treinta y siete —anunció el suboficial ignorando mi comentario.

—Era cierto nomás que ibas a venir —dijo con una sonrisa cansada Ariel Ortiz sin levantarse de la cama.

Asentí. El policía abrió con una llave, me hizo pasar y cerró la puerta de barrotes detrás de mí.

—Cuando quiera salir, avíseme. Yo la espero acá —dijo.

La celda tendría unos tres por dos. A los pies de la cama, contra una de las paredes del costado, había una pileta para lavarse las manos. Junto a ella, una cortina tapaba lo que supuse que sería el inodoro. Quedaba apenas lugar para una mesa y una silla de madera.

Me senté y ojeé el libro que había sobre la mesa. Se titulaba

«Impecable: El robo de diamantes más increíble del mundo».

—Veo que si no te dejan hacer te dedicás a aprender cómo lo hacen otros.

—Esto es solo entretenimiento —dijo Ortiz señalando el libro—. Los diamantes no son mi rubro.

En eso tenía razón. Ariel Ortiz no se dedicaba a las piedras preciosas sino que era el traficante de antigüedades y restos arqueológicos más grande de toda la Argentina. De adolescente había participado en el descubrimiento de la corbeta Swift y había pactado con sus compañeros que al encontrar el barco hundido crearían un museo. Sin embargo, apenas dieron con él, Ortiz empezó a hacer inmersiones en solitario y a escondidas, recuperando piezas que luego vendía en varios anticuarios de Buenos Aires. Nadie se habría enterado del asunto de no ser por una coincidencia enorme que en el pueblo no tardaron en catalogar de justicia divina: en uno de sus viajes a la capital ofreció un reloj de arena de la Swift en un anticuario cuyo dueño tenía familia en Puerto Deseado.

En su momento la provincia lo había querido llevar a juicio por expolio de un sitio arqueológico, pero al final quedó en la nada. Quizás esa impunidad fue lo que lo llevó a elegir su modo de ganarse la vida. Todo el mundo en Puerto Deseado sabía que Ariel Ortiz compraba y vendía «cosas viejas».

Lo cierto es que la cintura con la que esquivó los embates de la justicia fue envidiable hasta casi tres años atrás. Intentaba despachar un contenedor a Holanda cuando le cayó, en el puerto mismo, una inspección de la división de Patrimonio Cultural de la Policía Federal. Entre fardos de lana de bajísima calidad descubrieron casi dos toneladas de troncos y piñas petrificadas. También había cuatrocientos kilos de puntas de flecha, lanzas y boleadoras tehuelches.

En el momento en que cayó preso yo acababa de empezar una amistad con él. Una amistad con claras vistas a otra cosa, pero una amistad al fin. Hacía pocos meses que me había pasado de la policía al juzgado y estaba feliz con mi trabajo y con la vida. Entonces apareció Ariel con su boca grande y sexy, sus modales refinados y sus historias de buceo y barcos hundidos.

—Te traje algunas cosas —le dije dejándole sobre la cama una bolsita de plástico.

Ariel la abrió intentando no parecer muy interesado y sacó de ella un

paquete de cigarrillos. Se puso uno en la boca y lo prendió con un encendedor que tenía sobre el único estante en la pared.

—Gracias —dijo exhalando el humo.

—¿Cómo estás?

—Bien... qué sé yo. La comida es buena. Las duchas, no tanto.

Habló con una sonrisa y los ojos puestos en el cigarrillo. Lo sostenía entre el pulgar y el índice con la brasa apuntando hacia él, casi tocándole la palma de la mano.

—Algún motivo tendrás para venir a verme después de dos años y medio, ¿no?

—Eso suena muy a reproche.

—¿Te extraña?

—Ariel, salimos a cenar dos veces, nada más. Nunca pasó nada entre nosotros.

—Pero hubiera pasado.

—Quizás, pero se habría cortado apenas me hubiese enterado del despelote en el que estabas metido. No sé si te acordás pero yo soy policía y trabajo en el juzgado. Tener algo con vos hubiera sido un suicidio profesional. Y mantener el contacto después de que te llevaran preso, aún más.

Aquella era una verdad a medias. A mí en su momento me encantó Ariel Ortiz y, de haber estado dos o tres semanas más en libertad, quizás sí hubiera pasado algo entre nosotros. Pero las cosas fueron como fueron y no tenía sentido perder el tiempo en realidades paralelas.

Lo cierto es que yo me olvidé de Ariel rápido, sobre todo porque a los pocos meses apareció en el juzgado un agente de la Federal para trabajar en el caso de la cocaína. Y con él sí que llegué a concretar, aunque esa historia también terminó mal, no solo entre él y yo sino que además me dejó un grano en el culo llamado Isabel Moreno. En conclusión, el 2015 había sido un año de extremos para mí, y me había ido pésimo tanto con el chico malo como con el bueno.

Ariel arrugó los labios alrededor del cigarrillo y luego sopló el humo a pocos centímetros de la brasa, avivándola.

—Tres veces —dijo.

—¿Qué?

—Salimos a cenar tres veces. No dos.

Nos quedamos en silencio un instante.

—Da igual, eso es agua pasada —dije al fin—. Vengo a pedirte ayuda.

—Como no quieras conseguir una tarjeta de teléfono, no sé cómo puedo ayudarte.

—Vengo a que me asesores sobre la colección Panasiuk.

Ariel soltó una carcajada llena de humo.

—¿La colección Panasiuk? ¿No querés que te ayude con la Atlántida también?

—¿Qué tiene que ver la Atlántida? Te vengo a ver porque sos el traficante de flechas más conocido en toda la zona.

—Me halaga —respondió sacándose un sombrero imaginario—, pero incluso si fuera verdad lo que dicen de mí, yo trafico con flechas reales, de piedra, de las que se pueden tocar. La colección Panasiuk no existe, es una historia que alguien se inventó y se transformó en mito. Como la Atlántida.

Me levanté un poco de la silla para sacarme un papel del bolsillo trasero del pantalón y se lo tiré a Ariel en el regazo. Lo miró en silencio durante medio minuto.

—Esto... ¿de dónde sacaste esto?

—Otra vez con la pregunta equivocada. ¿Es la colección Panasiuk o no?

—Parece que sí. La disposición y el tipo de flechas coinciden con los dibujos que yo he visto.

—¿Cuánto podrían valer en el mercado negro?

Ortiz volvió a examinar la fotografía.

—Esta colección no está entera. Le faltan dos flechas. La ocho y la nueve.

Evité mencionar que eso ya lo sabía de mis conversaciones con el arqueólogo Alberto Castro.

—¿Cuánto? —insistí.

—Así, como está, yo mismo conozco gente en Europa que pagaría trescientos mil euros.

La cifra era muchísimo más alta que la que había estimado Castro. Conociendo el historial de Ariel, seguramente también era más precisa.

—¿Y por la colección completa? —pregunté.

Ariel me miró por encima del papel.

—Si tuviera que arriesgar yo diría que arriba del millón de euros por las quince flechas. O incluso dos millones. Es difícil ponerle un precio a algo que no se vendió nunca ni se sabe si existe.

—Arriba del millón de euros —repetí.

Ariel asintió mientras se estiraba para agarrar de nuevo el encendedor.

—¿Y todo esto se lo dijiste a Julio Ortega antes de que lo mataran?

Sus ojos se agrandaron ante mi pregunta.

—Me refiero al email que te mandó dos días antes de morir.

—¿Qué email? Acá solo nos dejan usar la computadora una vez por semana. A mí me toca los miércoles. Si querés preguntá cuando salgas. No le respondí ese correo porque para cuando lo leí todos los diarios de la provincia estaban llenos de artículos sobre su muerte.

—Mentira. Se lo respondiste exactamente dos horas y dieciséis minutos después de que él te lo enviara.

La boca de Ariel se abrió, aumentando aún más de tamaño.

—Yo no tuve nada que ver con lo que le pasó a Julio. Estoy preso, ¿no me ves?

—Sé que le respondiste pero todavía no podemos descryptar el mensaje. Es solo una cuestión de tiempo.

—Le dije que podían valer algo. Que lo dejara en mis manos y yo le encontraría un comprador.

—¿Que podían valer «algo»? Me acabás de hablar de cientos de miles de euros.

Al terminar de hacer esa pregunta me sentí una estúpida. Desde luego, Ariel intentaría que algún amigo suyo le comprara a Julio las flechas a un precio de risa para luego revenderlas por el verdadero valor de mercado.

—¿A quién contactaste para que las comprara?

—A un amigo. Un viejo cliente, en realidad.

—¿Cómo se llama?

—No le puedo pisar la manguera a otro bombero.

Me incliné un poco sobre la cama hasta alcanzar las asas de la bolsa de plástico con los cuatro cartones de cigarrillos. Antes de que pudiera tirar de ella, la mano áspera de Ariel Ortiz se posó sobre mi antebrazo. Cuando levanté la mirada sus ojos estaban clavados en los míos, nuestras caras apenas a un par de palmos de distancia.

—Menéndez-Azcuénaga —dijo—. El tipo al que contacté se llama Francisco Menéndez-Azcuénaga. Vive en Calafate.

CAPÍTULO 24

El comisario abandonó su silla frente al escritorio de la jueza, atiborrado de papeles. Dio varios pasos y, cruzado de brazos, apoyó la cadera en la caja fuerte del juzgado, justo debajo del cuadro de los números con pies y manos que celebraban en un bar.

—A ver si lo entendí bien —dijo—. Julio Ortega se comunica con un traficante de patrimonio histórico preso, que a su vez contacta a un tal Menéndez-Azcuénaga. A los dos días el tipo viaja a Deseado desde El Calafate y pregunta por Ortega en un antro de juego clandestino. Esa misma noche, Ortega aparece muerto.

—No solo esa misma noche —acotó la jueza Echeverría sin dejar de mirar la ría por la ventana de su despacho—, sino que Menéndez-Azcuénaga se fue de La Preciosa a la hora en la que, según la autopsia, se produjo el homicidio.

—Pero en el video de seguridad del hotel se ve que el tipo entra a su habitación a las tres y media de la madrugada y ya no vuelve a salir hasta la hora del desayuno. Además, mandé a un suboficial a interrogar al remisero que llevó a Menéndez-Azcuénaga de La Preciosa al hotel. El viaje fue sin ninguna parada en el medio.

—A lo mejor el remisero miente.

—Imposible —contesté—. Nos prestó su teléfono y Manuel bajó todos los datos del GPS. El trayecto fue exactamente como lo describió.

—*Okey*, el remisero no miente, pero ¿lo de la sangre cómo lo explicás? —arremetió la jueza—. Ortega era cero positivo al igual que toda la sangre alrededor del cadáver. Sin embargo a la salida de la casa había una gota A negativo, que es el grupo sanguíneo que figura en el carnet de conducir de Menéndez-Azcuénaga.

—Pero puede ser simplemente una casualidad —sugerí—. Un seis por ciento de los argentinos son A negativo.

—Seis por ciento no es tan alto —apuntó el comisario.

—Supongamos por un momento que este tipo es el homicida —dije—. Entonces de alguna manera logró volver a salir de su habitación en el Isla Pingüino esquivando las cámaras.

—La única forma sería por el balcón del segundo piso —dijo Lamuedra—, pero estamos hablando de una persona de más de setenta años que camina con un bastón.

—Un bastón que apenas apoya —acotó Echeverría.

—Es cierto —reconocí—, pero hay mucha gente grande que usa bastón porque les da seguridad, a pesar de que pueden caminar perfectamente sin uno. Además yo no creo que alguien de su físico y edad, por más en forma que esté, pueda hacer lo que le hicieron a Ortega.

—Pero cualquier otra cosa es demasiada casualidad, ¿no te parece? —dijo el comisario—. Un tipo aparece de la nada preguntando por Ortega y justo ese día, a esa hora, Ortega aparece muerto. Tiene que haber alguna relación.

—Puede ser —concedí, guardándome lo de Enrique Vera. La sola mención del prestamista implicaría reconocer ante mis dos superiores un montón de irregularidades: que había tomado de manera ilegal sus huellas digitales y una muestra de saliva, que había mandado a hacer un test de ADN no autorizado y que las huellas no las había podido comparar con las del cuadro porque estas últimas no aparecían por ningún rincón del juzgado. Una sola de estas infracciones me hubiera hecho ganar una amonestación y varios días de suspensión en mi trabajo. Todas juntas hubieran destruido mi carrera en Puerto Deseado.

—Tenés que ir a hablar con Menéndez-Azcuénaga —zanjó Lamuedra—. Te vas a tener que sacrificar y pasar unos días en la cordillera. Sé que es algo difícil para vos.

Dijo esto último con una sonrisa pícaro. Sabía que la cordillera era mi lugar en el mundo y que el noventa por ciento de mis vacaciones las pasaba ahí. De hecho hacía unos años, cuando yo todavía trabajaba en la comisaría, le había preguntado qué trámites tenía que hacer para pedir el pase a un pueblo más cerca de la montaña.

—Yo encantada de ir a Calafate —reconocí—, ¿pero qué le vamos a decir? ¿Que no tenemos pruebas pero sospechamos de él? Sería ponerlo sobre aviso.

—¿Usted qué piensa, Echeverría? —preguntó el comisario a la jueza, que en ese momento estaba enfrascada en su computadora.

—Que no va a hacer falta dar ninguna explicación. Menéndez-Azcuénaga nos acaba de invitar a su casa.

—¿Qué?

—*Señora Jueza de Primera Instancia* —leyó Echeverría en voz alta—. *Le escribo este email para hacerle saber que dispongo de información pertinente a la desaparición de la colección de arte lítico tornasolada comúnmente llamada «la Colección Panasiuk». Estimo que esta información será relevante para esclarecer el caso del asesinato de Julio Ortega en la localidad de Puerto Deseado. Lamentablemente no me resulta fácil desplazarme hasta allí debido a mi condición física, con lo cual la invito a usted (o a quien designe) a mi residencia en El Calafate para contarle lo que sé. Adjunto la dirección y los espero en cualquier momento. Es largo y difícil de explicar por teléfono o por email, por eso le ruego que envíe a alguien en persona. Atentamente. Francisco Menéndez-Azcuénaga.*

—¿Justo ahora que nos topamos con su nombre el tipo envía esto?

—No —corrigió la jueza—, el mail es de hace tres días. Lo envió el viernes a la tarde a la secretaria del juzgado. Seguramente Isabel ya se había ido a su casa y por eso no me lo reenvió hasta hoy a la mañana.

CAPÍTULO 25

A las nueve menos cuarto de la mañana siguiente, dos horas después de pasar a buscar a Castro por el hotel Los Barrancos y salir de Puerto Deseado, los primeros rayos del sol se reflejaron sobre los manchones de nieve del campo. Aunque el asfalto estaba libre de hielo, yo permanecía alerta, con ambas manos en el volante y sin superar los ciento veinte kilómetros por hora. Además, todavía no me sentía del todo cómoda conduciendo el Ford Focus de la comisaría que nos había asignado Lamuedra para el viaje. Hubiera preferido ir en mi Corsa pero el problema del arranque intermitente me hacía dudar de que fuéramos a llegar a Calafate.

—¿Cómo que doce horas en total? Pensé que era mucho menos.

Sonreí con la pregunta del arqueólogo, que estaba agachado en el asiento del acompañante hurgando en el equipo de mate que tenía entre los pies.

—Es que la ruta hace una especie de zeta y son casi mil kilómetros en total. Si asfaltaran la que va de Deseado a San Julián y la que cruza por la provincia en Piedrabuena, nos ahorraríamos casi doscientos.

El día anterior, después de recibir el email de Menéndez-Azcuénaga mientras repasábamos el caso con la jueza y el comisario, habíamos decidido que sería yo quien iría a ver al coleccionista de flechas. A la tarde de ese mismo día Echeverría me preguntó si me importaría llevar conmigo al arqueólogo.

—Puede resultarte de gran ayuda. De paso lo llevás a visitar el Perito Moreno, que no lo conoce —había dicho la jueza.

O sea, yo no tenía claro si el interés de Castro era arqueológico o turístico, pero lo cierto es que allí estábamos, en un coche de la policía rumbo a la otra esquina de la provincia para hablar con el dichoso Menéndez-Azcuénaga y «de paso» ver uno de los glaciares más famosos del planeta.

Cerca de las doce del mediodía paramos en Piedrabuena a comer en un restaurante y estirar un poco las piernas. Llevábamos más de cinco horas de

viaje y todavía nos faltaba más de la mitad. Cuando nos trajeron la cuenta sonó mi teléfono. Era la jueza Echeverría.

—Laura, ¿cómo estás?

—Bien, acá en Piedrabuena. Terminando de comer.

—Una pregunta, ¿dónde tenés las huellas digitales que levantaste de los pedazos de vidrio roto de la casa de Ortega?

—Deben estar en el armario de mi laboratorio. Hay una carpeta con fotos y otros documentos de la escena —mentí. Hacía cuatro días, desde el viernes, que esas impresiones habían desaparecido y ni Manuel ni yo teníamos idea de dónde habían ido a parar.

—Manuel se acaba de fijar y dice que ahí no están.

—Ah, entonces las debo haber dejado en uno de los cajones de mi escritorio.

—Están cerrados. ¿Dónde tenés la llave?

—En el bolsillo.

—¿Y no hay otra copia?

—No —volví a mentir. Debajo de mi teclado tenía un duplicado pegado con cinta.

—Laura, ¿en serio me estás diciendo que te vas y no dejás forma de acceder a la evidencia de un caso en el que estamos trabajando veinticuatro horas al día? Ahora voy a tener que llamar a un cerrajero para que me abra el cajón, o reventar la cerradura con una barreta. El presupuesto del juzgado no está como para andar rompiendo muebles.

—Discúlpeme el error, su señoría. —Solo la llamaba así en casos de extrema formalidad—. Nosotros volvemos pasado mañana... ¿puede esperar hasta entonces? ¿Para qué necesitan esas impresiones?

La jueza chasqueó la lengua y dio un soplido.

—Es para compararlas con las de unos malandras a los que un vecino dice que vio cerca de la casa la noche del homicidio. Son una bandita de pibes jóvenes, casi todos con antecedentes por hurto, asalto y esas cosas. No creo que hayan tenido nada que ver, pero quiero quedarme tranquila.

—Bueno, jefa, entonces ¿qué tal si esperamos hasta pasado mañana?

—¿Y qué hago con esos cuatro pibes? ¿Los dejo detenidos en la comisaría o los largo y me arriesgo a que se vayan del pueblo?

Me quedé en silencio. Evidentemente las preguntas que acababa de hacer la jueza eran más para ella misma que para mí.

—De acuerdo —dijo como si yo le hubiera ofrecido una solución—.

Pero que sea la última vez que te vas y dejás al juzgado sin acceso a la evidencia de un caso.

—Disculpe, su señoría. No se volverá a repetir.

La jueza cortó sin despedirse y yo largué un soplido a mitad de camino entre el alivio y el hastío. ¿Dónde carajo se habían metido esas impresiones? ¿Y qué excusa me iba a inventar dentro de dos días, cuando volviéramos a Deseado?

—¿Problemas con Delia? —preguntó Castro, que había estado mirando su teléfono durante mi conversación con Echeverría.

—No. Nada grave.

Pagué la cuenta con mi tarjeta de crédito personal. Si tenía suerte, el juzgado no tardaría más de dos meses en reintegrarme los viáticos.

Media hora más tarde ya habíamos abandonado el verdor del valle del río Santa Cruz y volvíamos a transitar la meseta gris y plana.

—Qué viajecito que nos tenemos que mandar para ir a hablar con un tipo que hace unos días estaba en Deseado, ¿no? —dije—. Más lejos no podría haber vivido.

—Pero es un coleccionista muy importante. A mí me suena su nombre. Además, considerando dónde estaba él cuando mataron a Ortega, seguro que te sirve para algo.

—Seguro que sí. Pero tengo un montón de cosas que hacer en Deseado.

—Además, ¿te mandan a veinte kilómetros de una de las maravillas naturales del mundo con todo pago y te quejás?

Sonreí. El arqueólogo tenía razón. Incluso si aquellas doce horas sobre las rectas interminables de la estepa santacruceña no nos permitían avanzar con el caso, al menos nos servirían de excusa para hacernos una escapada al Perito.

—O sea que nunca fuiste al ventisquero —pregunté.

—¿Eso es lo mismo que el glaciar?

—Sí —reí—, así le decimos en la Patagonia.

—Entonces no, nunca fui al ventisquero —respondió Castro ofreciéndome un mate. Lo agarré con una mano mientras con la otra sostenía el volante, sin quitar la vista de la ruta que se extendía frente a nosotros hasta perderse en el horizonte.

La infusión me vino de lujo para despejar la modorra después del almuerzo. El agua estaba a la temperatura perfecta y el arqueólogo le había echado un poquito de azúcar, como a mí me gustaba. Tener un buen cebador de mate para un viaje tan largo era impagable.

—Te va a encantar —dije devolviéndole el mate—. Por algo vienen turistas de todo el mundo a verlo.

De nuevo con ambas manos en el volante, recordé mi última visita al Perito Moreno hacía tres años con mi tía Susana. Ese glaciar era como la película *El Padrino*: no importaba que antes de verla te dijeran mil veces que era buenísima. La primera vez, te dejaba con la boca abierta.

—Sí, estoy seguro de que me va a gustar. Hace tiempo que quiero verlo. Eso sí, mi nieta me va a matar cuando se entere que fui sin ella.

—¿Tenés una nieta? —disimulé. Yo ya lo sabía porque había leído el artículo sobre el accidente de su hijo y había visto fotos de la nena en el perfil de Facebook del arqueólogo.

—Sí, se llama Alicia y tiene seis años. Es fanática de todo lo que sean bosques, montañas y hielo.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso de dónde le viene? ¿La llevaste alguna vez a la cordillera?

—No, para nada —rió Castro—. Es de lo que ve en las películas. Siempre que hay alguna escena en bosques nevados o una casa con chimenea se queda prendida a la pantalla. Más que con cualquier dibujito animado.

—Bueno, entonces tenés que traerla un día. O por lo menos llevarla a Mendoza o a San Martín de los Andes, que a ustedes desde Buenos Aires les queda mucho más cerca.

—Sería bárbaro eso —dijo Castro.

Me giré un instante hacia él para devolverle el mate y lo sorprendí con la mirada perdida en la recta interminable frente a nosotros.

—Sería bárbaro —repitió. Sonreía, pero en su expresión había un dejo de tristeza. Como si estuviera visualizando algo muy feliz y a la vez inalcanzable.

CAPÍTULO 26

A la mañana siguiente, media hora después de desayunar en el bar del hotel, estacioné la camioneta en la dirección que nos había dado Menéndez-Azcuénaga. La casa, construida de piedra y madera, parecía mucho más antigua que cualquier otra del barrio.

Alberto Castro abrió el portón bajo de hierro forjado y me cedió el paso con un gesto caballeroso. Siguiendo un camino de adoquines, atravesamos un jardincito de césped cuidadosamente cortado y decorado con caléndulas. Aquel manto verde y precioso era prácticamente inalcanzable en mi pueblo, donde nos llenaban el tanque de agua cada cuatro días. En Deseado, regar estaba visto casi tan mal como prender cigarros con billetes de cien.

Los adoquines terminaban a los pies de una gran puerta de nogal de doble hoja. Golpeé usando un llamador de bronce y luego me di cuenta de que en la pared había un timbre. También lo toqué, por las dudas.

Reconocí al hombre que me abrió. Era el mismo que había visto en el video del hotel. Tal y como habían descrito los timberos de La Preciosa, su chaleco de sastrería y su bigote blanco retorcido en las puntas lo hacían parecer una persona nacida cincuenta años tarde.

—Buenos días. ¿El señor Francisco Menéndez-Azcuénaga? Soy la licenciada Laura Badía y él es el arqueólogo Alberto Castro. Venimos del juzgado de Puerto Deseado.

El hombre sonrió y nos extendió su mano, ofreciéndonos apenas la punta de los dedos en un apretón débil y corto.

—Adelante. Es un honor tenerlos en mi casa, especialmente a la eminencia más grande del mundo en arte lítico tehuelche. No se lo tome a mal, licenciada Badía, pero soy un verdadero admirador del trabajo científico del doctor Castro.

—En absoluto —respondí entrando a la casa. El aire era tibio y olía a lumbre.

—Permítanme sus abrigos.

Hice una leve reverencia, me saqué la campera y él la colgó en un perchero. Debajo, en un paragüero, vi un bastón de madera que me pareció el mismo de la grabación de las cámaras de seguridad del hotel. Castro, que se había vestido como si fuésemos al polo sur, necesitó dos ganchos del perchero para su *cardigan*, la bufanda y el abrigo.

—Gracias por recibirnos, señor Menéndez.

—No hay nada que agradecer. Tampoco se crea que tengo mucho que hacer con mi tiempo. Vengan, pasen. Sentémonos frente a la chimenea. ¿Té? ¿Café?

Le acepté un café y Castro pidió un té de manzanilla. El hombre nos hizo señas de que lo esperaríamos un momento y se perdió dentro de la casa.

—¿No se suponía que caminaba con bastón este tipo? —me preguntó el arqueólogo.

Me encogí de hombros.

—Aunque también es cierto que mucha gente mayor solo lo usa para salir de casa —se respondió a sí mismo.

Desde el confort del sillón mullido miré a mi alrededor. Siempre había soñado con una casa como la de Francisco Menéndez-Azcuénaga. Una casa de otro tiempo, con paredes de medio metro de ancho y puertas por las que cabría un gigante. Y por supuesto, una chimenea, otra cosa casi imposible en Puerto Deseado. En medio del desierto, calefaccionarse con leña resultaba carísimo.

Menéndez-Azcuénaga reapareció en el comedor y eligió un sillón frente a mí, junto a una ventana por la que se veía su jardincito verde.

—Ahora nos lo traen. Por suerte vinieron cuando está la empleada porque a mí el café me sale horrible.

Sonreí pero me mantuve en silencio. El hombre vació el contenido de su pipa en un cenicero sobre el apoyabrazos de su sillón. Luego levantó la vista y me miró a los ojos.

—Yo no tuve nada que ver con la muerte de ese hombre.

—¿Se refiere al homicidio de Julio Ortega en Puerto Deseado?

Asintió. La pipa vacía, que sostenía por la boquilla, amplificaba el temblor de sus manos.

—¿Conocía a Ortega?

—No, nunca nos vimos.

—Sin embargo, en el bar La Preciosa me dijeron...

—Jamás lo vi en mi vida.

—Como comprenderá, el hecho de que a usted lo hayan visto a más de mil kilómetros de su casa preguntando por una persona justamente la noche en que aparece muerta me obliga a pedirle que se explique un poco mejor.

Menéndez-Azcuénaga largó un suspiro prolongado y asintió en silencio. Antes de hablar se tomó su tiempo para recargar la pipa y presionar el contenido con una pequeña herramienta que sacó del bolsillo.

—¿Les molesta?

Negamos y el hombre prendió el tabaco con un encendedor que sonaba como un pequeño soplete.

—Empecemos por el principio—dije alzando una mano—. ¿Cómo sabía usted que Julio Ortega tenía ese cuadro?

—Me avisó por email un viejo conocido que se dedica al comercio de antigüedades. Preferiría no dar su nombre si es posible.

—No hace falta, ya lo sabemos. Se llama Ariel Ortiz y está preso en Pico Truncado. Por contrabando de material arqueológico, casualmente.

Menéndez-Azcuénaga asintió sorprendido. «Si ya lo saben, ¿para qué preguntan?» decía su expresión.

—Yo no hice nada ilegal. Simplemente recibí un email de esta persona, que sí, se encuentra en una institución penitenciaria.

—Vamos a necesitar ver todos esos emails, señor Menéndez.

La cara del viejo se quedó inmóvil por un segundo, pensando en qué responder. Finalmente asintió con cabeceadas rápidas pero no se levantó de su sillón.

—Fui a Deseado con un plan. Quería encontrarme con Ortega y de alguna manera sacarle el tema de las flechas. Quizás mencionarle que soy coleccionista, para que supiera que conmigo tenía posibilidad de venderlas. Pero quería que todo pareciera casual. En estas cosas no hay mejor forma de perder dinero que mostrarse desesperado. Imagínese que le digo «Hola señor Ortega, soy Francisco Menéndez-Azcuénaga y viajé mil cien kilómetros para comprarle sus flechas». Eso y darle un cheque en blanco es lo mismo.

—¿Y cómo se enteró de que podía encontrarlo en La Preciosa?

—Mi amigo...

—Ortiz, naturalmente.

—Esa noche, como usted seguramente ya sabe, Ortega no fue a La Preciosa —continuó el hombre—. Me quedé jugando al póquer con sus amigos, al principio albergando la esperanza de que llegara tarde, pero a

medida que pasaba el tiempo me convencí de que no vendría.

—¿Hasta qué hora estuvo?

—Las tres de la mañana, más o menos.

Eso coincidía con el video de seguridad del hotel y con la declaración que le había tomado uno de los suboficiales al remisero que se lo llevó de La Preciosa.

—Se lo puede confirmar el conserje del hotel Isla Pingüino, que fue donde pasé la noche. Era un muchacho alto, de dientes bastante grandes.

Evité mencionar que ya había hablado con la gente del hotel. Sin embargo, la confianza con la que Menéndez-Azcuénaga me ofreció aquella coartada dejaba claro que estaba seguro de que el conserje la corroboraría.

Había tres posibilidades. O el hombre decía la verdad, o había vuelto a salir del hotel sin que lo vieran, o había comprado la ayuda del conserje para evitar las cámaras de seguridad. Dinero no parecía faltarle.

—Al día siguiente me levanté con la intención de volver a La Preciosa esa misma noche. Sin embargo, mientras desayunaba oí en la radio la crónica del homicidio y entré en pánico. Imagínense, un completo desconocido aparece preguntando por Ortega y a las pocas horas Ortega está muerto.

—Entonces decidió irse de Deseado.

—¿Qué iba a hacer? ¿Quedarme y preguntar por las flechas a los familiares durante el funeral? ¿Ir a la policía y decir que a pesar de la extrañísima coincidencia yo no tenía nada que ver?

—Supongamos que dice la verdad, señor Menéndez-Azcuénaga. Entonces, si no sabe nada de la muerte, ¿para qué estamos acá? ¿Por qué nos mandó llamar?

—No sé nada de quién era ese hombre, ni cómo lo mataron, ni quién lo hizo. Pero creo que conozco muy bien el motivo.

CAPÍTULO 27

—En mi email al juzgado les dejé bien claro que los citaba para hablar de las puntas de flecha que desaparecieron de la escena del crimen, señorita Badía —dijo Menéndez-Azcuénaga recostándose en el sillón tras largar una bocanada de humo.

—¿Y usted cómo sabe qué había y qué no había en la escena?

—No hace falta ser un genio. Me entero de que Julio Ortega tiene un cuadro con gran parte de la colección Panasiuk, voy a verlo para intentar comprársela y el tipo aparece muerto. Dos días después alguien ofrece las flechas por internet.

El hombre se inclinó sobre la mesita que teníamos enfrente y de una carpeta sacó una copia de la misma fotografía que habíamos encontrado en el teléfono de Ortega.

—¿Cómo que dos días después de la muerte las flechas salen a la venta por internet?

Una sonrisa pícará apareció en su cara revelando un montón de surcos junto a cada ojo.

—Mire, yo soy un apasionado de coleccionar arte lítico. Es algo que viene de familia. Y si bien muchas de las piezas que tengo las he encontrado yo mismo, no le voy a negar que en ocasiones suelo comprar alguna que me parece particularmente interesante.

—Supongo que eso explica su amistad con el contrabandista Ariel Ortiz.

—Contrabandista es una palabra muy fuerte, pero sí. Y además de frecuentar gente como él, cada día me meto en un par de sitios web donde muy de tanto en tanto se ofrece alguna pieza que no está mal.

El coleccionista evitó cruzar la mirada con Castro. Supuse que conocería o se imaginaría la postura del arqueólogo con respecto a la compra-venta de material lítico.

—Casi nunca hay nada nuevo, ni mucho menos que valga la pena, pero

dos días después de la muerte de Ortega alguien puso a la venta este cuadro de flechas —dijo señalando la foto.

—Vamos a necesitar el nombre de ese sitio web.

—Por supuesto. Se llama Mercado Fácil.

—¿Me está diciendo que en el portal de comercio electrónico más importante del país se vende material arqueológico? —pregunté asombrada. Me imaginaba que este tipo de contrabando se haría en páginas oscuras a las que solo se podía acceder por invitación y cuyos servidores estarían, como mínimo, en Europa del Este.

—Sí, se sorprendería de las cosas que la gente pone a la venta en Mercado Fácil. Sin embargo, no le voy a negar que me sorprendió un poco ver la colección ahí. Algo tan valioso, yo lo hubiera ofrecido en una web más especializada y de presencia mundial. Por eso intuí que quien las vendía no tenía idea del valor real de lo que tenía en las manos.

—¿Qué precio tenía el lote?

—Estaba en modo subasta. Cuando lo vi todavía no tenía ninguna puja.

—¿Había una foto de la colección en el anuncio?

—Desde luego.

—¿Y era la misma que esta?

—No. Menos mal que se me ocurrió guardarme una copia. Fíjese.

De la carpeta marrón, el hombre sacó otra fotografía de las flechas tornasoladas hecha desde un ángulo algo distinto y con menos luz. Estaban enmarcadas en el mismo cuadro de terciopelo rojo pero no había ningún vidrio protegiéndolas. Además, en el centro del triángulo le faltaba la flecha número cinco, la que yo tenía en el cajón de mi escritorio en el juzgado. Esa foto había sido tomada después de la muerte de Julio Ortega.



—¿Contactó al vendedor del artículo? —pregunté.

—Por supuesto. Le pedí reunirme con él para ver las piezas en persona. Le dije que estaba muy interesado, pero nunca me respondió. A las pocas horas el anuncio ya no estaba.

—¿Recuerda el nombre de usuario del vendedor?

—No, pero me acuerdo que no tenía ninguna valoración de transacciones anteriores.

—Seguramente una cuenta nueva, creada exclusivamente para vender esas flechas. ¿Me podría enviar por email una copia de esta imagen? —pregunté señalando la foto que Menéndez-Azcuénaga se había descargado del anuncio.

—Por supuesto. Pero antes me gustaría saber exactamente cuál es mi papel en el caso. ¿Sigo siendo sospechoso?

—Señor Menéndez-Azcuénaga, esta es una charla extraoficial a la que hemos accedido porque usted dice tener información que nos puede ser útil. Acá estamos para escucharlo y luego con mi equipo de trabajo sacaremos nuestras conclusiones.

Asintió lentamente con la cabeza mientras se retorció el bigote. No supe exactamente cómo interpretar su media sonrisa.

—¿Y el arqueólogo aquí es parte de su equipo de trabajo? —preguntó señalando a Castro.

—Es un colaborador experto en arte lítico, como usted ya sabe.

Arte lítico, pensé. En lo últimos días estaba pronunciado esa frase decenas de veces, mientras que antes de la muerte de Ortega jamás la había oído. Para mí siempre habían sido puntas de flecha.

—Según entendemos, usted tiene la colección privada más grande de la provincia —dije.

—Privada y pública. Tengo más de doce mil piezas. El segundo lugar lo tiene el museo de Puerto Deseado, pero no debe llegar a diez mil. ¿Quieren ver mi colección?

—Nos encantaría, si no es mucha molestia —respondió Castro.

—¿Qué le parece si primero nos cuenta lo que tiene para decirnos y después nos la muestra? —intervine.

—Me parece una excelente idea.

En ese momento, del interior de la casa emergió una señora cincuentona de estatura muy baja trayendo una bandeja con tres tazas.

—Muchas gracias, Amalia —dijo Menéndez-Azcuénaga mientras la

mujer ponía sobre la mesita los cafés y la manzanilla de Castro.

—¿Qué puede decirnos de la colección Panasiuk? —pregunté.

—Mucho —respondió el viejo—. Aunque quizás el doctor Castro ya conozca gran parte.

—Pero yo no, así que por favor cuéntenos todos los detalles.

El hombre asintió con un gesto solemne y bebió un poco de café antes de hablar.

—Teodor Panasiuk era un inmigrante polaco que llegó a la Argentina a principios de los años veinte. Como muchos de los europeos que vinieron en aquella época, terminó trabajando en el campo. En su caso, en la Patagonia, en una estancia a orillas del Lago Cardiel. ¿Ha estado en el Cardiel, señorita Badía?

—No.

—Bueno, a no ser que le guste la pesca de la trucha, no hay absolutamente nada para hacer. Uno piensa en un lago y se imagina árboles y verde. Nada más lejos. El Cardiel es un enorme espejo de agua en medio de la nada. La tierra que lo rodea es casi tan marrón y árida como la de la meseta de cualquier otra parte de la provincia. Le cuento todo esto para que entienda que los pasatiempos para Teodor Panasiuk eran más bien limitados.

—Y salir a buscar flechas era uno de ellos —arriesgué.

—Exactamente. No solo flechas. Puntas de lanzas, raspadores, hachas, boleadoras...

Probé el café que nos había traído Amalia. Estaba hirviendo.

—Sucede algo con quienes comparten mi afición, licenciada, y es que no tenemos punto medio. Verá, a la mayoría de la gente la simple idea de pasarse todo el día caminando con la mirada gacha y desenterrando cada esquirra de piedra que asoma en el suelo le parece una verdadera tortura. Es comprensible, la verdad. Pero cuando a uno le pica el bichito, como me pasó a mí y como le pasó a Teodor hace casi cien años, la búsqueda se convierte en un pasatiempo para toda la vida.

Recordé el cuadro que mi tía Susana exhibía con orgullo en su comedor, hecho con las mejores flechas que había encontrado a lo largo de décadas.

—Teodor Panasiuk habría sido un campesino más de los muchos que coleccionaban arte lítico de no ser porque le contaron una historia que le cambió la vida. Verá, en los años veinte, cerca del Cardiel todavía quedaban algunas tolderías tehuelches. Panasiuk se fue acercando de a poco a esta

gente, que ya no emboscaban guanacos a pie para matarlos con flechas como las que él buscaba sino que ahora tenían rifles y andaban a caballo. Con el tiempo llegó a entablar una verdadera amistad con algunos de ellos, que estaban acostumbrados a que los hombres blancos, o *huincas*, solo se les acercaran para desplazarlos u ordenarles. En particular hizo muy buenas migas con una de las mujeres de la toldería, que llevaba una punta de flecha tornasolada colgada al cuello y le contó la vieja leyenda de Yalén.

Menéndez-Azcuénaga levantó su taza nuevamente y señaló a Castro para que relatará esa parte de la historia.

—Ya le expliqué a Laura que es una leyenda que no tiene ningún tipo de sentido desde un punto de vista científico —comentó el arqueólogo y luego se giró hacia mí—. Otro de los disparates que se dicen es que quien pueda reunir las quince flechas tornasoladas del cacique Yalén se convertirá en inmortal, como las piedras.

—Lo importante no es si la leyenda es real o no —apuntó Menéndez-Azcuénaga—. Lo importante es que las creencias condicionan nuestra manera de actuar, y nuestras acciones sí que son reales. Tan reales como los veinticinco años que Teodor Panasiuk se pasó buscando flechas tornasoladas, hasta reunir catorce.

—¿Cómo lo hizo?

—Preguntando, investigando y, sobre todo, pagando —Menéndez-Azcuénaga levantó un dedo haciendo un gesto para que lo esperáramos y desapareció por una puerta. Volvió a los pocos minutos con una carpeta de plástico que abrió frente a nosotros.

Eran páginas amarillentas y viejísimas de diarios de la zona. Levanté una con cuidado, para no romperla. Entre un anuncio de antisárnico para ovejas y otro de materiales para alambrar campos había una solicitada en letras gruesas.

*Se compran puntas de flecha confeccionadas en piedra tornasolada.
Buena remuneración.*

Debajo había un número de casilla postal de la oficina de correo de Gobernador Gregores.

—Panasiuk era totalmente abierto con respecto a su obsesión. Le decía a todo aquel que quisiera escuchar que estaba dispuesto a pagar un buen dinero por flechas de piedra iridiscente.

—¿Y eso no se prestaba a que quisieran engañarlo? —pregunté.

—Desde luego, le intentaron enchufar de todo. Tenga en cuenta que en la Patagonia también hay ópalo, pero no del tipo que es considerado piedra semipreciosa. La iridiscencia del ópalo patagónico es tenue y no le llega a los talones a la del amazónico, que parece un arcoíris. Las flechas Panasiuk son verdaderas joyas que descomponen la luz con los tonos más vivos y profundos que pueda ofrecer cualquier piedra. Quien haya visto una no tendrá dificultad para reconocer una imitación.

Era cierto. La flecha que encontramos en la casa de Ortega y la que había en el museo eran realmente increíbles.

—Además, Panasiuk empleaba una técnica muy sencilla para evitar que lo engañaran: durante los veinticinco años que tardó en reunir su colección, nunca se la mostró a nadie. De esa manera, nadie sabía exactamente lo que él buscaba. Si le traían una flecha de verdadero ópalo del Amazonas, la compraba. Si no, la rechazaba cortésmente. Así consiguió reunir catorce.

—Según entiendo, la colección tiene quince flechas. ¿De dónde salió la que faltaba?

—Si prestó atención a lo que le acabo de decir, ya sabe la respuesta.

—La decimoquinta flecha es la que llevaba colgada al cuello la mujer tehuelche que le había contado la historia veinticinco años atrás —intervino el arqueólogo señalándose el pecho, como si fuera él quien llevaba el collar.

—Exactamente, doctor —asintió Menéndez-Azcuénaga—. Y para entender el desenlace de la historia es importante tener en cuenta que ahora Teodor Panasiuk ya no era un inmigrante pobre que esquilaba ovejas ajenas. En veinticinco años se había convertido en un ganadero muy importante en la provincia, dueño de seis campos y accionista de La Sociedad.

—La Sociedad es la cadena de supermercados más grande de la Patagonia —expliqué a Castro.

—Y como sucede con cualquiera a quien le va bien en los negocios, la gente comenzó a hablar. Algunos atribuían su prosperidad a la magia contenida en la colección de flechas tornasoladas que había logrado reunir. Otros sostienen hasta el día de hoy que su fortuna vino de negocios oscuros mientras fue presidente de la cooperativa ganadera de Gobernador Gregores. En fin, de lo que no cabe duda es que llegó a tener mucho dinero. Mucho. Tanto que le cambió a la mujer tehuelche su collar por una casa en el pueblo.

—¿Le cambió una casa por una punta de flecha?

Menéndez-Azcuénaga sacudió la cabeza, como si yo no hubiera

entendido nada.

—Le cambió una casa por *la* punta de flecha. La que completaba una colección que llevaba media vida intentando reunir.

—¿Y logró la inmortalidad Panasiuk, como dice la leyenda?
—pregunté con sorna.

Menéndez-Azcuénaga soltó una risita y se retorció el bigote cano entre los dedos.

—Por supuesto que no. Pero yo no creo que Panasiuk se hubiera tragado eso de que se iba a convertir en inmortal. Para él fue una obsesión personal, un reto. Unos quieren correr una maratón, otros coleccionan flechas. Para él, reunir las quince flechas tornasoladas valía más que una de sus casas en Gobernador Gregores. Después de todo, ¿qué representa una casa en un pueblo para uno de los hombres más ricos de la provincia?

—¿Y usted cómo sabe todo esto?

Menéndez-Azcuénaga se levantó del sillón y nos indicó que lo acompañáramos.

—Lo sé porque Teodor Panasiuk era mi bisabuelo —dijo dándonos la espalda para abrir la puerta por la que había salido Amalia con el café.

CAPÍTULO 28

Seguimos a Menéndez-Azcuénaga por un pasillo que daba al interior de la casa. Pasamos junto a la cocina, donde la empleada fregaba platos de espaldas a nosotros, y continuamos hasta detenernos frente a una alta puerta de madera.

—Bienvenidos a mi isla del tesoro —dijo exagerando la entonación.

Entramos a una habitación rectangular más grande aún que el comedor. Las paredes estaban cubiertas de cuadros con puntas de flecha, lanzas, y restos de vasijas tehuelches.

—¿Todo esto lo encontró usted? —preguntó Castro mientras recorría las paredes con la mirada.

—No todo. Algo heredé de mi familia.

—¿De Teodor Panasiuk? —quise saber.

—No, él le dejó todas sus flechas al museo de Gobernador Gregores. Bueno, casi todas —se corrigió.

En uno de los extremos de la sala había un escritorio de madera con varios libros y papeles, y detrás de él una silla de cuero de respaldo tan alto que hacía juego con las puertas de la casa. Menéndez-Azcuénaga apartó los papeles hasta dejarlo vacío, salvo por una de esas láminas de cuero rectangulares que se usaban para apoyar el papel y escribir a mano. Entonces nos miró un instante, sonrió y levantó el cuero por una punta, descubriendo de a poco una especie de ventana de vidrio empotrada en la madera lustrada. Luego activó un interruptor a la altura de sus rodillas y el compartimiento se iluminó por los cuatro costados. Castro y yo nos miramos, incrédulos.

Debajo del vidrio había un cuadro de flechas dispuestas en un triángulo idéntico al diagrama que me había mostrado el arqueólogo unos días atrás. Pero no eran tornasoladas, sino doradas. Conté quince.

—El diagrama de Fonseca —dije.

—¿Qué es esto? —preguntó Castro.

—Como les dije, las flechas tornasoladas tenían un valor

importantísimo para Teodor. Tanto que mandó a hacer una réplica de cada una en oro macizo de veinticuatro quilates y las puso en este cuadro. Fue lo único que no donó al museo.

—Debe valer una fortuna.

—Muchísimo menos que la colección real, señorita Badía.

—¿Y qué pasó con la colección real?

—Eso nunca lo supo nadie. Cuando tenía casi ochenta años, Teodor accedió por primera vez en su vida a exponer la colección Panasiuk en el museo de Río Gallegos. Iba a venir gente de todo el país a estudiarla. Son las únicas flechas tehuelches que se conocen hechas con ópalo del Amazonas. Más allá de las leyendas, era una colección preciosa y de un valor arqueológico incalculable.

—Por cómo habla, supongo que la exposición no se llegó a realizar.

—El día anterior a que la colección saliera para el museo, dos encapuchados entraron a la casa de Teodor en Gobernador Gregores. Lo golpearon, lo maniataron y se llevaron las flechas.

—Un momento —dije mirando a ambos hombres—. Hay algo que no entiendo. Si de la casa de Panasiuk se llevaron la colección con las quince flechas, ¿cómo es que Ortega tenía solo trece y las otras dos terminaron en el museo de Puerto Deseado y en un campo de la zona?

El coleccionista se encogió de hombros.

—La única explicación que se me ocurre es que el nuevo dueño de la colección se viera obligado a vender alguna de las flechas. Para salir de un apuro económico, por ejemplo.

—No me convence —dije.

—Si le soy sincero, a mí tampoco. De todos modos, no son más que especulaciones. Lo cierto es que nunca más se tuvo noticias de las flechas. Yo me pasé toda la vida atento al mercado negro, pero jamás hubo nada hasta hace ocho días.

—Supongo que esta última semana no volvió a ver nada en internet relacionado con todo esto.

—En absoluto. Y mire que me paso horas enteras buscando.

—¿Sigue con intención de comprar la colección después de todo lo que pasó? —preguntó el arqueólogo, indignado.

—No, ya no. Ahora no creo que haga falta.

—¿A qué se refiere?

—A que soy el único heredero vivo de Teodor Panasiuk. Será mucho

más cómodo que ustedes la encuentren y me la traigan.

CAPÍTULO 29

Menéndez-Azcuénaga nos invitó a comer ese mediodía pero decidí rechazar la oferta. Si bien todo lo que nos había dicho apuntaba a que él no había tenido nada que ver con la muerte de Ortega, tampoco íbamos a quedarnos a socializar con un posible implicado.

Viéndonos con la tarde libre y ya sin tiempo para volver a Deseado, Castro y yo decidimos visitar el glaciar. Compramos unos sándwiches a precio de oro en una rotisería de Calafate para irlos comiendo de camino al Perito Moreno.

Después de casi cincuenta kilómetros de estepa y con los sándwiches ya finiquitados, aminoré la velocidad hasta detenerme en la entrada al Parque Nacional Los Glaciares. De una pequeña construcción de piedra salió una guardaparque vestida de uniforme marrón. Traía un talonario en la mano. Un cartel a la derecha indicaba que la entrada de Alberto Castro valía el doble que la mía, por no ser residente de la provincia. Los extranjeros pagaban diez veces más.

—¿Pasó algo? —nos preguntó la chica inclinándose sobre mi ventanilla.

—¿Por qué? —pregunté.

—La policía no suele venir a hacer turismo.

Entonces recordé que íbamos en un móvil de la comisaría y no en mi auto particular.

—Venimos de Puerto Deseado por trabajo, pero hoy tenemos la tarde libre.

—Adelante, entonces. Disfruten del parque.

—¿No nos vas a cobrar?

La chica sonrió, se irguió y nos hizo señas de que avanzáramos.

El cambio de paisaje al entrar al parque fue casi inmediato. La ruta recta y monótona que cruzaba la planicie marrón se convirtió en un camino sinuoso que zigzagueaba por un bosque de lengas y ñires bordeando un lago en el que flotaban algunos trozos de hielo. Viendo aquello, cualquiera habría entendido mi fantasía —y la de muchos otros— de dejarlo todo para irme a vivir a la cordillera.

Después de unos minutos en silencio, miré a Castro. Tenía la cabeza apoyada en el asiento y la mirada en el techo del coche.

—¿Te pasa algo? Estás pálido.

—Las curvas —dijo secándose unas gotitas de sudor de la frente.

—¿Querés que pare un ratito?

—No, con que vayamos un poco más despacio ya está bien.

—En ese mirador paramos —dije señalando un cartel que anunciaba que faltaba un kilómetro para la Curva de los Suspiros.

El hombre asintió, se calzó un gorro con orejeras y bajó la ventanilla para que le diera el aire en la cara.

Al llegar a la famosa curva, vimos por primera vez al glaciar. Disminuí la velocidad y salí del camino hacia la izquierda, estacionando en un mirador sin valla. Castro se enroscó una bufanda al cuello y abrió la puerta antes de que yo apagara el motor. Vomitó junto al paragolpes trasero.

—Estoy bien —dijo tosiendo—. No tolero muy bien los caminos sinuosos.

Le acerqué un pañuelo y una botella con agua. Cuando se recuperó, se colgó la cámara al cuello y caminamos hacia el mirador con los ojos clavados en la enorme masa de hielo blanco azulado que trepaba por las montañas hasta perderse entre las nubes.

—Tiene bien puesto el nombre esta curva —dijo el arqueólogo mientras le quitaba la tapa a la lente. Yo asentí, pero él no me vio porque ya había empezado a tomar una foto detrás de otra.

Me apoyé en el capó y miré al ventisquero. Sonreí al pensar en aquella palabra. Estaba segura de que si un turista la usaba con la guardaparque, pagaba tarifa de residente sin presentar ningún papel. Sentí que la piel se me erizaba debajo de la campera gruesa mientras me invadía una sensación preciosa, de orgullo, por pertenecer a un lugar así.

Seguimos en el coche a una velocidad mínima durante casi diez kilómetros, hasta llegar al estacionamiento. Desde ahí continuamos a pie hacia las pasarelas frente al glaciar.

—Es impresionante —dijo Castro apoyándose en la baranda de madera.

Ante nosotros, el glaciar terminaba en una pared de hielo albiceleste de cinco kilómetros de largo que se elevaba cincuenta metros por encima de la superficie del lago. En el agua flotaban decenas de témpanos de formas irregulares.

—Escuchá —le dije poniéndome un dedo sobre los labios. El silencio era casi absoluto, solo interrumpido por el viento y los murmullos lejanos de un grupo de turistas alemanes.

—Qué paz —dijo Castro, pero le insistí con un gesto para que se quedara en silencio.

Entonces se oyó el primer estruendo.

—¿Eso fue un trueno? —preguntó el arqueólogo, mirando el cielo perfectamente azul.

—Es el hielo rompiéndose —reí—. La nieve que cae en las montañas empuja constantemente al glaciar hacia adelante, y el hielo cruje y se parte. Es uno de los pocos glaciares del mundo que no está en retroceso.

—¿O sea que nos podemos poner contentos si vemos caer un pedazo?

—Claro que sí.

—Increíble —exclamó el arqueólogo—. Tengo una amiga que estuvo hace poco en Nueva Zelanda y me contó que allá los glaciares también son grandes atractivos turísticos, pero que están retrocediendo muchísimo. De hecho me mostró fotos del mismo glaciar en la actualidad y en los años sesenta y la diferencia es brutal.

—Por suerte este es muy distinto. Avanza siempre, entonces es lógico que se vaya rompiendo. Es más, yo creo que ese pedazo está a punto de caerse —dije señalando un trozo de hielo del tamaño de un camión que sobresalía de la pared del glaciar como un enorme balcón. Tenía una grieta a su alrededor y daba la sensación de que bastaría con que se le posara un gorrión encima para tirarlo.

Nos quedamos un buen rato en silencio, mirando el hielo y oyendo sus crujidos graves, pero no se derrumbó ni mi trozo ni ningún otro a la vista. Preparé unos mates, que tomamos casi sin decir palabra. El arqueólogo tenía el ojo pegado al visor de su cámara y sacaba fotos a diestra y siniestra.

—En algún lugar leí que el glaciar es más grande que la ciudad de Buenos Aires.

—Algo menos de gente quizás —dijo Castro y reímos.

—Cuando era chica, una de las cosas que quería ser era guardaparques. Justamente por eso, para estar sola con la naturaleza.

—Yo no podría —confesó el arqueólogo—. Soy un tipo de ciudad. Aunque me encanta ir recorriendo el país haciendo trabajos en los campos, lo disfruto mucho más si sé que tengo un pasaje de vuelta a Buenos Aires.

—Yo a Buenos Aires no volvería ni loca. Con los años en la universidad tuve bastante.

—Y si pudieras vivir en cualquier parte del mundo, ¿dónde irías? —me preguntó.

—A un lugar donde hubiera agua, mucha agua, y verde.

—¿Acá, por ejemplo?

—Por ejemplo —reí—. Aunque preferiría un poco más al norte, donde no te quedes aislado por la nieve en el invierno. Creo que mi lugar ideal sería entre Chubut y Neuquén, pero lejos de los turistas. Nada de El Bolsón ni Bariloche.

—No sos ninguna tonta vos. Querés el lugar más lindo y que no te molesten.

—Para soñar, mejor hacerlo a lo grande, ¿no?

—Lo bueno es que trabajo no te va a faltar. Muertos hay en todos lados.

—Sí, pero creo que si me fuera a un lugar así, cambiaría también de trabajo.

—¿Ah, sí? ¿A qué te gustaría dedicarte?

Ese era mi problema. En cuanto me ponía a pensar en alternativas, no se me caía una idea ni por error.

—Quizás a la fotografía —improvisé—. ¿Me prestás la cámara un segundo?

Cuando me la dio, hice dos pasos hacia atrás y apunté hacia él.

—A ver, una sonrisa, así le mostrás esta foto a tu nieta.

Al oír aquello, Castro sonrió y apreté el botón. Pero apenas bajé la cámara sus ojos adoptaron la misma expresión agri dulce que cuando había mencionado a su nieta el día anterior. Me agradeció la foto y se giró, apoyándose en la baranda.

La imagen del hombre canoso de espaldas mirando al Perito Moreno me pareció bonita, así que tomé otras dos fotos.

—Ya está, no hace falta que saques más —dijo con tono brusco y sin girarse hacia mí.

Me acerqué y me apoyé en la baranda junto a él.

—Perdón, no pensé que te iba a molestar —dije devolviéndole la cámara.

Castro sonrió sin quitar los ojos del hielo.

—No hay nada que perdonar. Es que no me gusta mucho aparecer en fotos.

Nos quedamos en silencio. Unos pájaros pequeños sobrevolaban el lago que nos separaba del hielo. Deseé que mi trozo o cualquier otro se cayera, para cambiar de tema, pero todos los crujidos parecían venir del interior del glaciar.

—No veo mucho a mi nieta —me dijo de pronto.

No supe si preguntar por qué o decir cualquier otra cosa. Decidí quedarme callada.

—Mi hijo Lautaro falleció cuando ella era bebé y no tengo muy buena relación con la madre de la nena. No me la deja ver demasiado.

Ahí estaba la explicación de las miradas agridulces.

Me sentí sucia por haber leído aquel artículo que describía la muerte de su hijo. Tuve ganas de contárselo y de pedirle perdón. Era como si lo hubiese espiado. También quise darle un abrazo para que largara de una vez por todas esas lágrimas que le anudaban la garganta.

Estaba a punto de pasarle una mano sobre los hombros cuando se oyó un estruendo mucho más fuerte que todos los anteriores y una pared de hielo enorme se hundió en el agua casi en cámara lenta. Toda la gente de las pasarelas, incluidos nosotros, gritamos de asombro al mismo tiempo. Luego de hundirse, el trozo salió a la superficie convirtiéndose en el mayor de los témpanos que flotaban en el lago. Antes de que el murmullo de los turistas se acallara, otro trozo enorme, del tamaño de una cancha de básquet, se desplomó de la parte alta de la cara del glaciar.

Castro, yo, y todos los otros turistas volvimos a gritar de alegría. Cuando me giré hacia el arqueólogo, varias lágrimas le brotaban de los ojos. Entonces apoyé mi cabeza sobre su hombro y mi mano en el otro.

Miré de reojo el trozo que yo había señalado, el que parecía más endeble y estaba rodeado de una grieta. No se había movido ni un centímetro.

CAPÍTULO 30

El viaje de vuelta a Puerto Deseado fue tranquilo y Castro no volvió a hablar de su nieta. La noche anterior me había acostado tarde, porque al volver a mi habitación en el hotel llamé a la jueza Echeverría para comentarle lo que nos había dicho el bisnieto de Teodor Panasiuk. También le pedí que gestionara una orden judicial para que la web Mercado Fácil le diera toda la información que tuviera sobre el anuncio que ofrecía las flechas. Con la foto que había bajado Menéndez-Azcuénaga y la fecha de publicación, no le costaría mucho a la página ubicarlo en su base de datos. La jueza me dijo que lo dejara en sus manos y que condujéramos con cuidado.

Tardamos doce horas en volver a Deseado. Llegué a casa cerca de las nueve de la noche y me metí en la cama después de una ducha. Cuando me desperté, a las seis y media de la mañana, todavía estaba oscuro.

Después de un té con leche, me puse el abrigo largo de plumón de ganso que me había regalado mi tía Susana y salí a la mañana de invierno. Milagrosamente el auto arrancó al primer intento. Eso sí, el limpiaparabrisas no hizo mella en la escarcha que había caído durante la noche. Tanteé debajo del asiento hasta encontrar la espátula de plástico amarillo. Luego me bajé y, metiendo el mentón dentro del cuello del abrigo, rasqueteé el hielo recortando un rectángulo en los vidrios de adelante y atrás.

La puerta del juzgado me la abrió Debarnot, el mismo suboficial que había descubierto el cadáver de Julio. Le pregunté qué tal había ido la noche de guardia y me adentré en los pasillos todavía oscuros del edificio hasta llegar a mi laboratorio.

Encendí la computadora. Entre circulares y boletines oficiales, me llamó la atención un correo electrónico con el asunto «*RESULTADO DE ANÁLISIS DE ADN*».

Aunque el cuerpo del email estaba vacío, contenía un archivo adjunto. Al abrirlo reconocí el membrete oficial del Laboratorio Regional de Investigación Forense de Río Gallegos. Saltándome las formalidades, pasé

directamente a la sección de resultados.

Después de un análisis de similitud genética, se concluye que la muestra indubitada (saliva) y la muestra dubitada (sangre) pertenecen al mismo individuo con un 99.99999% de probabilidad.

Levanté el teléfono y marqué el número de celular del comisario.

—Me imagino que te habrá ido muy bien en El Calafate para que me llames tan temprano.

Me extrañó que su voz sonase tan normal, como si llevara varias horas despierto.

—No. Bueno, sí, pero lo llamo por otra cosa. No le va a gustar mucho.

—¿Qué pasó ahora?

—Mandé a hacer un análisis de ADN para comparar la gota de sangre A negativo de la casa de Ortega con la saliva de un sospechoso.

—¿Y desde cuándo tenemos un sospechoso?

—Fue una corazonada, comisario. No tenía ningún tipo de fundamentos para requerir un ADN.

—¿Hiciste un análisis sin el consentimiento de una persona no imputada?

—Eso no es lo que más importa, comisario. Lo que importa es que sé de quién es la sangre que encontramos en la casa de Julio Ortega.

Del otro lado de la línea hubo un silencio de un par de segundos.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

—En el juzgado.

—No te muevas de ahí.

A los diez minutos, Lamuedra entró al laboratorio del juzgado y cerró dando un portazo.

—¿Vos quién te pensás que sos, Badía? ¿La mujer maravilla? No podés andar haciendo lo que se te cante el forro de las pelotas. Si te pusimos a la cabeza de la investigación es para que lo hagas bien y dentro del marco de la ley. Sos policía, ¿te lo tengo que recordar?

—Tiene razón, comisario, y le pido disculpas. Pero lo importante ahora...

—Lo importante ahora y siempre es hacer las cosas bien —me interrumpió—. Así que más te vale que me des todos los detalles de la cagada

que te mandaste, a ver cómo la arreglamos.

Hice lo que me pidió. No tuve que explicarle quién era Enrique Vera, pero sí contarle mis fundamentos para sospechar de él. También le detallé cómo había hecho para conseguir la lata con su saliva e impresiones dactilares.

—Vera no sabe que hicimos ese análisis, comisario —rematé—. Pero nosotros ahora sabemos que fue él quien mató a Ortega. Vamos a su casa y le decimos que tuvimos una denuncia anónima en su contra, a ver qué dice.

—Ah, ¿además de haber hecho un test de ADN ilegal ahora te quieres inventar una denuncia?

Tomé aire y empecé a contar hasta diez antes de hablar. No era bueno contestar en caliente a un superior, y mucho menos al comisario. Llegué hasta el siete antes de abrir la boca.

—¿Qué quiere que hagamos? ¿Nos quedamos acá rellenando papelitos mientras el tipo que hizo esa brutalidad, que tenemos perfectamente identificado, anda por ahí como si nada? ¿No tiene más sentido ir y preguntarle dónde estaba la noche del homicidio, para que sepa que le estamos pisando los talones?

El comisario soltó un largo suspiro, intentando calmarse.

—A ver, mostrame los resultados del análisis —me dijo.

Cuando terminó de leerlos, me miró con ojos severos y negó con la cabeza.

—Un día te vas a meter en un despelote importante vos. Vamos.

—¿Adónde?

—A hablar con Vera.

CAPÍTULO 31

Las luces azules de la Amarok de la policía se reflejaron en la fachada de la casa de construcción canadiense de Enrique Vera. Ya no era de noche, aunque la claridad de las ocho y media de la mañana todavía era escasa. Al abrir la puerta del vehículo, sentí el olor de la marea baja.

Del otro lado de una verja alta, pintada de verde, el auto del prestamista estaba estacionado junto a la casa en completa oscuridad. El casino cerraba a las cuatro y media, y según tenía entendido, Vera se quedaba siempre hasta el final. Era entonces cuando le aparecían los clientes más desesperados. Por lo tanto estimé que el prestamista no llevaría muchas horas de sueño.

Toqué el timbre junto al picaporte de la verja y se oyó un *ding dong* dentro de la casa. Conté hasta veinte y toqué otra vez. Luego hasta diez y volví a pulsar el botón.

No hubo respuesta.

Giré el picaporte helado y el portón se abrió sin resistencia. El comisario entró dando largas zancadas y golpeó la puerta de la casa con el puño cerrado. Me pareció sentir un ruido y pegué el oído a la puerta. Lamuedra se asomó al costado de la casa para mirar hacia el fondo del terreno.

—Ahí está —dijo señalando detrás del auto del prestamista.

En tres zancadas me puse junto al comisario y vi la enorme figura de Enrique Vera trepando la pared del fondo de su casa. Me lancé a correr tras él pero Lamuedra me agarró fuertemente del brazo, impidiéndome avanzar.

—¿Qué hace, comisario?

Sin decir una palabra, señaló con el mentón el espacio entre la pared de la casa y el coche de Vera. Entonces oí un gruñido ronco y en la luz azulada del amanecer se recortó la figura de un dogo argentino enorme. Antes de dar el primer ladrido, nos enseñó los colmillos largos y perfectamente blancos.

Sentí que los músculos se me paralizaban y me faltaba el aire. Mi fobia

a los perros era patológica.

—Correte, Laura —dijo el comisario detrás de mí, apuntándole al animal con su Browning.

Me pegué contra la pared todo lo que pude.

—Fuera, perro. Salí del medio, carajo —gritó Lamuedra, pero el dogo respondió redoblando su gruñido e iniciando una carrera hacia nosotros.

El disparo retumbó en todos los rincones, rompiendo la calma de la mañana. El perro soltó varios llantos agudos y se fue corriendo con la cola entre las piernas hasta meterse dentro de una caseta de madera al fondo del terreno, junto a la pared opuesta a la que acababa de escalar Vera.

—Vamos, rápido, que le tiré a errar. No sé cuanto tiempo tenemos antes de que se le pase el susto y el dolor de oídos.

Corrí hacia la pared que había escalado Vera y dí un salto, alcanzando con las manos la parte de arriba. Ignorando el dolor que me causaba el hormigón rasgándome la piel de las palmas, busqué con mis pies hasta que uno de ellos se trabó en la junta entre dos bloques. Tenía el otro en el aire cuando sentí que algo lo asía con fuerza. La mano del comisario Lamuedra lo guió hasta apoyarlo en su hombro.

—Seguilo por ahí que yo doy la vuelta con la camioneta —dijo.

Asentí y me encaramé a la pared. Del otro lado, una cornisa de tierra de no más de un metro de ancho terminaba en un barranco a orillas de la Laguna de Prefectura. Debajo, por la calle de ripio que rodeaba el agua, Enrique Vera corría en dirección al escaso espacio que quedaba entre dos grandes laderas de piedra enfrentadas, cerca de un extremo de la laguna.

—Se va a meter al cañadón —grité antes de bajarme de la pared.

Di un paso y me asomé al terraplén. El precipicio tenía al menos diez metros y una inclinación casi perpendicular. Lo bueno era que había una forma de bajarla y salir ileso, la prueba de ello corría a toda velocidad cien metros delante de mí.

Puse un pie en la ladera y la tierra seca cedió, haciéndome perder el equilibrio. Hice un esfuerzo para no caer hacia adelante y logré sentarme mientras bajaba sin control. Una especie de culopatín extremo.

Al llegar abajo me detuve de golpe con un impacto seco en los pies que se extendió por mi columna como un latigazo. Aunque ya no me movía, el pedregullo seguía desmoronándose a mi alrededor como una mini avalancha. Me incorporé escupiendo tierra y eché a correr detrás de Vera, que ya alcanzaba las últimas farolas del borde de la laguna y estaba a punto de

adentrarse en el cañadón.

Corrí con todas mis fuerzas pero las piedras dentro de los zapatos me hacían muy difícil acortar la distancia. Además, para tener el tamaño de una heladera, Vera corría rápido. Apreté el paso todo lo que pude y atravesé la canchita de fútbol, haciendo las zancadas más largas y más rápidas en el terreno llano. Vera se perdió tras unas viviendas precarias conocidas como la Quinta Cadario. Desde allí solo le faltaba cruzar una calle y ya podría meterse en el cañadón.

El haz de luz de la camioneta de la policía apareció detrás de una lomada y se detuvo por donde Vera acababa de cruzar. Sin pararme, distinguí la silueta del comisario apearse del vehículo y echar a correr, perdiéndose también entre las rocas.

Saqué mi pistola de la cartuchera sin aminorar el paso y me adentré en el cañadón, donde todavía no se colaba la claridad incipiente de la mañana.

—¡Laura! —oí que Lamuedra me gritaba, y corrí aún más rápido.

Al entrar a aquella enorme grieta entre las rocas, barrí con la mirada la piedra ocre de las paredes pero no logré ver al comisario hasta unos segundos después, cuando apareció de detrás de un recodo en el cañadón. Estaba de pie y sujetaba con las dos manos su Browning, que apuntaba ligeramente hacia abajo.

—Se me escapó —dijo sentándose en el suelo con la respiración agitada.

—Treando por las paredes del cañadón se llega a la zona alta del pueblo, donde están construyendo todos los barrios nuevos —dije mientras llamaba por teléfono a la comisaría para decirles que enviaran un móvil para ayudarnos a buscarlo por aquella zona—. Usted vaya para allá con la camioneta y yo lo sigo a pie por el cañadón.

—Tené cuidado —me dijo Lamuedra mientras abría la puerta del vehículo.

—No se preocupe —respondí mostrándole el arma que llevaba en la mano.

CAPÍTULO 32

Me adentré en el cañadón, una grieta de varios metros de ancho que la poca lluvia y el viento constante de la zona habían abierto en los acantilados irregulares. Los alrededores estaban deshabitados porque la gente era reacia a construir sus casas en lo alto de las rocas. Solían ser lugares ventosos y el terreno despereado encarecía las obras. Miré hacia arriba. Aunque sabía que en línea recta había casas a menos de cien metros, todo lo que vi fueron las paredes irregulares del cañadón y unas nubes de vientre rojizo iluminadas desde abajo por los primeros rayos del sol.

Corrí con todas mis fuerzas hasta que la tierra negra y fértil del suelo dio paso a una pendiente de roca cada vez más empinada. ¿Era posible que Vera hubiese trepado por ahí? ¿O estaría escondido en una de las tantas grietas y recovecos de la piedra volcánica?

En ese momento oí una pequeña esquirla caer pared abajo.

Subí hasta una peña enorme que parecía haberse desprendido del precipicio hasta quedar sostenida por una saliente de la pared. Al rodearla, Enrique Vera se abalanzó sobre mí. Mi cabeza chocó contra la roca y mis dientes se cerraron sobre mi lengua, haciéndome sentir el gusto metálico de la sangre.

—No le quiero pegar a una mujer —me dijo.

Entonces me di cuenta de que ya no llevaba mi pistola en la mano derecha.

El prestamista me sacudió un poco por los hombros y echó a correr entre las rocas. Me tiré de cabeza a sus pies, apresándolos. Vera perdió el equilibrio haciendo que ambos rodáramos unos metros hacia abajo. Caímos sobre un saliente plano de la piedra, los dos boca abajo.

Sin dejar de abrazar sus pies contra mi pecho, miré a mi alrededor y distinguí la silueta de mi arma a poco más de un metro. Estiré el brazo para agarrarla pero los pies de Vera se zafaron de mi llave y me clavó uno de los talones en la nariz con la fuerza de un toro. Me llevé las manos a la cara y

sentí la sangre tibia escurriéndose entre mis dedos. Tuve que parpadear varias veces hasta poder enfocar de nuevo la vista. Cuando lo logré, el prestamista ya corría roca arriba.

Hice un barrido con mi mano derecha hasta dar con el tacto frío de mi Browning. Vera no había avanzado más de quince metros hasta toparse con una pared empinada que tendría que escalar con brazos y pies.

Me limpié las lágrimas que me había causado el golpe y le apunté a la espalda enorme, sujetando el arma con ambas manos. Estaba prácticamente quieto sobre la pared y habría bastado un disparo para bajarlo de la roca como quien echa insecticida a una cucaracha. Quité el seguro de la pistola. Mi rabia, la adrenalina y la sangre que me brotaba de la nariz me empujaban a que apuntara a la espalda. Mi cabeza, racional, me decía que bastaba con dispararle en una pierna para inmovilizarlo. Y mi cerebro de policía me rogaba que ni se me ocurriera apretar el gatillo porque el hombre estaba de espaldas, sin acusaciones formales y desarmado. Habría sido el final de mi carrera.

—No des un paso más o disparo —le grité, pero el prestamista ya había hecho pie en una grieta, superando sin dificultad la roca casi vertical.

Para cuando repetí mi advertencia, se escapaba corriendo a toda velocidad por el cañadón.

CAPÍTULO 33

Al día siguiente Puerto Deseado amaneció a tres grados bajo cero, cubierto de un cielo gris oscuro que arrojaba sobre el pueblo una aguanieve densa. Detuve el coche en el estacionamiento casi vacío del museo y me bajé sujetando la puerta para que no me la embolsara una de las ráfagas que, según la radio, llegaban a ciento veinte kilómetros por hora.

Antes de entrar orienté la cara hacia el viento, cerré los ojos y aspiré fuerte. Las gotas espesas que cayeron sobre mi nariz inflamada y el aire frío que me entró por las fosas nasales me adormecieron un poco la cara, proporcionándome un instante de alivio.

En el hospital me habían dicho que el tabique no había sufrido daños y solo quedaba esperar a que bajara la inflamación. Habían pasado veinticuatro horas desde que Vera me reventara la nariz de una patada y ahora me dolía más que nunca. Lo peor de todo era que del prestamista no había ni rastro. Le habíamos perdido la pista por completo.

Y encima ahora esto.

Al entrar al museo encontré a la directora junto a uno de los paneles de la exposición. Sobre la madera blanca se mezclaban puntas de flecha y trozos de vidrio roto.

—¿Cómo va, Laurita? —me saludó Virginia con un beso—. ¿Qué te pasó en la cara?

—Nada grave —respondí, sacando la cámara de la funda para fotografiar la vitrina rota.

Sin que hiciera falta que le preguntase nada, Virginia empezó a hablar.

—Llegué hace media hora, como todos los días, quince minutos antes de abrir al público. Lo primero que vi al entrar fue este exhibidor destrozado. Creo que solo falta una flecha.

Las dos empleadas asintieron sin pronunciar palabra.

—¿Alguna otra cosa rota o fuera de lugar?

—Esa ventana. Entraron por ahí —dijo una de ellas.

A juzgar por las abolladuras en el metal, había sido forzada con una barreta. Aunque estaba cerrada, el aguanieve se colaba por el marco y chorreaba por la pared arrastrando el polvo acumulado desde la última lluvia, hacía meses.

—Me la encontré abierta —agregó Virginia—. Sé que en estos casos no hay que tocar nada, pero tuve que cerrarla porque se nos estaba encharcando todo.

—¿No queda un guardia de seguridad durante la noche? —pregunté contemplando la colección a mi alrededor.

—Sí, Pocho. Es un empleado de la municipalidad que hace de sereno. Pero los fines de semana no trabaja.

Iba a decirle a Virginia que me parecía increíble que se quedaran sin seguridad durante las dos noches en las que probablemente más se necesitaba. Sin embargo, recordé el cartel en la puerta que informaba que el museo estaba abierto de ocho de la mañana a tres de la tarde de lunes a viernes y media jornada los sábados. Aquel lugar tenía mucho más de dependencia municipal que de punto turístico.

—¿Y sabés qué flecha es la que falta?

—Sí, es bastante rara, la verdad. Quizás una de las más raras de la colección. Está hecha con ópalo, una piedra tornasolada, originaria...

—...del Amazonas —completé mientras le sacaba fotos a la vitrina rota—. Es la que vine a ver con Castro el otro día.

—Exactamente —asintió Virginia algo asombrada—. Yo creo que la robaron porque en el mercado negro se puede vender por unos cuantos dólares.

—¿Cuántos?

—No lo sé. Quinientos, como mínimo.

Recordé mi conversación en la cárcel con Ariel Ortiz y me di cuenta de que Virginia Lacar, la directora del museo, no tenía ni idea del valor de la flecha que le acababan de robar.

—Me extraña que se llevaran esa sola —agregó—. ¿Por qué no se robaron todas las de esa vitrina? ¿Por qué no rompieron otras y eligieron más flechas que pudieran tener buen valor? Tenemos muchas piezas raras, no solo esa.

—¿Revisaste en el resto del museo para ver si falta algo más? —pregunté deteniendo la mirada en la puerta que daba a la sala con los objetos recuperados de la corbeta Swift.

La mujer me miró algo extrañada.

—Solo tenemos esta sala con arte lítico y la de la corbeta. No falta nada más en ninguna.

—¿Y el depósito? —pregunté señalando la salita a la que me había hecho entrar Castro en nuestra visita al museo.

Virginia parecía no haber pensado en eso, porque cuando lo mencioné salió trotando hacia su oficina. Desde donde yo estaba, pude ver cómo abría un cajón de su escritorio y movía varios objetos.

—¿Alguien sacó la llave del depósito? —preguntó en voz alta. Las empleadas se miraron entre ellas y se encogieron de hombros.

Sin esperar a que Virginia terminara de buscar las llaves, me dirigí a la puerta detrás de la prensa vieja de El Orden. Tanteé el picaporte y se abrió sin dificultad.

Las dos mesas con palanganas y artefactos sumergidos en líquido continuaban igual que cuando Castro me había mostrado aquel cuartito. Sin embargo la tercera, donde él trabajaba, estaba un poco fuera de escuadra y tenía varias puntas de flecha desparramadas sobre ella. También había varios fragmentos en el suelo. La lámpara, todavía encendida, apuntaba hacia arriba doblada en un ángulo imposible.

—¿Estaba abier...? Dios mío. ¿Qué pasó acá? —preguntó Virginia al entrar, señalando la mesa fuera de lugar.

—Parece que hubo un forcejeo.

La directora del museo se llevó las manos a la cabeza y observó la pequeña sala. Sus ojos se detuvieron en un gran armario de chapa, típico de institución pública.

—Con razón no las encontraba —dijo señalándolo. En la cerradura había una llave de la que colgaba un manajo con otras tantas.

—Además de vos, ¿quién sabe que guardás esas llaves en el cajón de tu escritorio?

—Las empleadas. Ah, y los arqueólogos que trabajan con nosotros. Pero el único que está en el pueblo en este momento es Castro.

—¿Cuándo fue la última vez que Castro...?

Un ruido metálico retumbó en la sala.

—¿Qué fue eso? —preguntó Virginia.

Oímos un segundo golpe. Sin duda, provenía del armario donde estaban puestas las llaves.

—¿Qué guardan ahí adentro? —pregunté.

—Herramientas y delantales de los restauradores.

Otro golpe, esta vez más fuerte, hizo que la puerta de chapa temblara un poco. Virginia dio varios pasos hacia atrás.

Me acerqué con cautela al armario y puse una mano sobre la pequeña llave. La vibración del cuarto golpe se transformó en un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Le di dos vueltas y tiré de la manija dando un salto hacia atrás sin saber muy bien por qué.

Un vaho caliente y húmedo salió del armario y unos guardapolvos colgados en perchas se agitaron con fuerza. Debajo de ellos encontramos al arqueólogo Alberto Castro sentado en el suelo del mueble. Una cinta adhesiva plateada le cubría la boca y de sus ojos chorreaban lágrimas. Las ataduras que le sujetaban muñecas y tobillos habían sido hechas con el mismo tipo de cinta que le impedía hablar.

—Llamá a la comisaría —le indiqué a Virginia.

CAPÍTULO 34

La directora desapareció en busca de un teléfono y yo corté las ataduras de Castro con una especie de gubia que encontré sobre una de las mesas de trabajo. Al arrancarle el trozo de cinta que le tapaba la boca, soltó un gruñido. Varios de los pelos de su barba blanca quedaron adheridos.

—¡Gracias! Ya no podía respirar ahí adentro.

—¿Qué te pasó? —pregunté.

—Ya viene la policía —dijo Virginia, volviendo a entrar con un teléfono en la mano.

El arqueólogo se sentó en una silla de plástico junto al armario y reclinó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el metal que hacía segundos lo mantenía cautivo.

—Entró por la ventana —dijo tosiendo.

—¿Quién? —preguntó Virginia.

Castro la miró con desdén.

—No sé quién. Yo estaba sentado en ese escritorio —dijo señalando la mesa con la lámpara encendida—, clasificando las piezas de la última campaña. Sentí un ruido y grité «¿Quién anda ahí?», pero no hubo respuesta. Después de un rato me convencí de que habría sido el viento o un gato y seguí con lo mío. A los pocos minutos alguien me agarró por atrás y prácticamente me arrancó de la silla.

El hombre se apretó el cuello entre su antebrazo y bíceps para demostrarnos cómo lo habían atacado.

—Debo haber pataleado bastante antes de desmayarme —dijo con una ligera sonrisa señalando la lámpara torcida y las puntas de flecha desparramadas por todos lados—. Cuando me desperté tenía la boca tapada y las manos atadas.

—¿Era una sola persona? —pregunté.

El arqueólogo asintió.

—Un hombre. Tenía...

No pudo completar la frase. Tuvo que parar ante un ataque de tos ronca, de esas que duelen en los pulmones solo con escucharlas.

—¿Estás bien? ¿Pasaste mucho frío?

—Estoy bien. Este catarro lo tengo desde el viaje a Calafate.

Castro volvió a toser y la cara se le arrugó en una mueca de dolor.

—Les decía que era un hombre —continuó—. Me dijo que no me preocupara, que no me iba a pasar nada. Solo tenía que mostrarle cuál era la flecha que pertenecía a la colección Panasiuk.

—¿Cómo era físicamente?

—No lo sé. Tenía un pasamontañas.

—¿Altura? ¿Gordo? ¿Delgado? ¿Cómo era su voz?

El arqueólogo pareció confundido.

—No me acuerdo muy bien. Me agarró por atrás hasta asfixiarme. Cuando me desperté y hablamos, había apagado casi todas las luces. Lo que sí, tenía muchísima fuerza. Todavía me duele.

Dijo estas últimas palabras frotándose suavemente la garganta con la mano.

—En cuanto a la voz, me pareció exageradamente ronca. Creo que hablaba así a propósito, para que no lo reconociera.

—Entonces es probable que lo conozcas —concluyó Virginia.

El arqueólogo negó con la cabeza.

—Yo no conozco a nadie así. Ese tipo era violento y sus ojos tenían una expresión que yo nunca vi en mi vida. Se movía con una frialdad impresionante, como de alguien que está acostumbrado a dar órdenes.

—¿Color de ojos?

El arqueólogo sopesó la pregunta.

—No me acuerdo.

Genial, pensé.

—¿O sea que en el museo teníamos una flecha de la colección Panasiuk? —preguntó indignada Virginia.

Castro respiró hondo un par de veces con los ojos cerrados, intentando calmarse.

—Sí —se limitó a decir.

—¿Y por qué no se nos dijo nada? ¿No te parece que los empleados del museo deberíamos estar informados?

—¿Cualquiera se hubiera dado cuenta! —bramó el arqueólogo—. La flecha estaba claramente rotulada como hecha de ópalo alóctono. Y si este

museo lo llevara alguien más calificado que un manojito de empleados municipales puestos a dedo a los que solo les interesa tomar mate, habría alguien, al menos una persona, que supiera que alóctono significa lo contrario de autóctono. Es decir, era una pieza hecha con ópalo traído de afuera.

—Y si los arqueólogos no fueran unos porteños agrandados de mierda que se creen superiores, nos explicarían a nosotros, los empleados, qué tenemos en exposición. Pero no, el doctor Castro viene y nosotros, los municipales brutos, le hacemos reverencias y hasta le preparamos unos mates. ¿Sabés qué? Ojalá te hubieras pasado un día más encerrado ahí adentro, pelotudo.

Virginia giró sobre sus talones y salió de la sala dando un portazo.

—Nunca tuvimos buena relación —acotó Castro, como si hiciera falta. Me limité a asentir y busqué cambiar de tema.

—¿Cómo sabían los ladrones que la flecha estaba en el museo?

El arqueólogo me ofreció una sonrisa rendida. Como un niño al que descubren haciendo algo que no debe.

—Yo lo había compartido con muy poca gente hasta que el año pasado publiqué un artículo en una revista científica sobre el valor arqueológico de la colección. En ese artículo revelé que en Puerto Deseado había dos flechas hechas con ópalo del Amazonas. Aunque no dije exactamente dónde estaban, justamente para evitar algo como lo que pasó hoy.

—Considerando que hacés trabajos para este museo y que la colección que hay acá es enorme, no debe haber sido muy difícil para el ladrón atar cabos. ¿Alguna idea de quién puede haber leído ese artículo?

El arqueólogo negó con la cabeza.

—Miles de personas leen cada trabajo que publico. Tené en cuenta que soy la persona que más sabe de arte lítico tehuelche en todo el mundo.

Su tono fue serio, pragmático. No había en él orgullo ni falsa humildad. Era simplemente un científico exponiendo un hecho.

—¿Dónde está la otra?

—¿La otra qué?

—La otra flecha de la colección Panasiuk. El día que nos conocimos me dijiste que había una en el museo y otra en una estancia de la zona.

—Le prometí a los dueños que si me dejaban estudiar la flecha no revelaría su identidad.

—Ahora su identidad es parte de una investigación judicial.

El arqueólogo me miró con desconfianza. A lo lejos se oía la sirena de

la policía.

—Está en un pequeño museo que tienen montado en la estancia El Atardecer, del otro lado de la ría. Son gente muy buena, yo voy casi todos los años y me quedo varios días trabajando en los yacimientos que tienen dentro de su campo.

Iba a anotar el nombre de la estancia en un papel cuando sentí la vibración de mi teléfono en el bolsillo.

—Hola ¿con la señorita Laura Badía?

—Ella habla.

—Soy Jorge Frau.

Lo que me faltaba, un periodista.

—Hola, Jorge. Decime.

—Tengo información que puede ser útil para el caso de Julio Ortega.

—Muy bien. Andá a la comisaría y hacé la denuncia.

—No. Solo te la puedo dar a vos. A cambio de un pequeño favor, obviamente.

Hubo un silencio en la línea durante el cual me debatí entre mandarlo a la mierda o amenazarlo con meterlo preso.

—Jorge, no sé si estás al tanto, pero si sabés algo del caso y no lo decís estás obstruyendo a la justicia. Yo en tu lugar no me arriesgaría.

—Yo en el tuyo tampoco.

—¿De qué estás hablando? —pregunté alejándome unos pasos de Castro.

—De que prefiero escribir sobre el caso y no sobre la relación entre la víctima y la oficial a cargo de la investigación. Dale, ¿qué te cuesta? Nos juntamos, tomamos un café y vos me respondés un par de preguntas. Nada específico, no te voy a poner en un compromiso.

—De ninguna manera.

—Como quieras. Pero hables conmigo o no, este sábado sale un informe sobre el homicidio de Ortega en la tapa de El Orden.

Miré por una ventana mientras pensaba en qué responderle. Afuera llovía aún con más fuerza.

CAPÍTULO 35

La redacción y los talleres gráficos de El Orden, el único periódico de Puerto Deseado, quedaban en la casa de Jorge Frau, el dueño, redactor en jefe y único reportero del semanario. Estacioné el Corsa frente a la vivienda, me puse la capucha de mi campera y corrí hacia la puerta. El alero de tejas bajo el que me refugié mientras esperaba a que me abrieran no fue capaz de protegerme de una sola de las gotas que el viento traía de costado.

Me costó un segundo reconocer al hombre que me abrió la puerta. Aunque era el mismo Frau de siempre, monocejo y con barba de un par de días, la versión que me saludó con un beso tenía como mínimo cincuenta kilos menos que la que yo conservaba en la memoria.

—¿No me habías visto desde que me operé? —preguntó al cerrar la puerta, cuando entramos a la casa.

Negué con la cabeza. A pesar de que no era la primera persona que veía tras un *bypass* gástrico, no dejaba de ser raro observar por primera vez a alguien que pesa la mitad de lo que pesaba antes de irse a Buenos Aires para reducirse el estómago.

—Vení, vamos a mi oficina —me dijo y atravesamos juntos una cocina desordenada y de aspecto grasiento.

Frau abrió una puerta y entramos a un garaje con las paredes decoradas con decenas de tapas del diario enmarcadas. Algunas eran amarillentas y con ilustraciones a mano, de principios del siglo pasado. Otras tenían el formato actual, más pequeño y en papel blanco. En el centro de la sala había dos impresoras del tamaño de un lavarropas y alrededor de ellas, pilas de papel A4 en las que se imprimían dos páginas por lado.

En la pared del fondo, escoltadas por estantes del suelo al techo llenos de libros y revistas, una pantalla de computadora más alta que ancha asomaba entre los papeles de un escritorio. Tenía un documento abierto en Word. Jorge caminó hasta allí y me ofreció la silla giratoria de respaldo acolchado sobre la que, supuse, escribía, maquetaba e imprimía el diario. De un rincón

despejó otra silla, algo más vieja y gastada que la que me había dado y se sentó, empujándose con los pies hacia mí. Quedamos enfrentados, separados por una pequeña mesita con cartuchos de tóner y pruebas de impresión.

—No hacía falta que vinieras hasta acá. Yo no hubiera tenido problema en acercarme al juzgado.

La que hubiera tenido problemas si nos veían juntos era yo. A partir de ese momento me convertiría en la primera persona a la que todos pedirían explicaciones ante cualquier cosa que este tipo publicara en su diario.

Frau se recostó en la silla y se hamacó un poco. Antes de hablar me sonrió y se le dibujaron arrugas verticales en las mejillas.

—¿Es cierto que Ortega tenía la colección Panasiuk y que lo mataron para robársela?

—Eso no te lo puedo responder.

—Sobre algo tendré que escribir, ¿no? —insistió acodándose sobre la mesita que nos separaba.

—Esa insinuación ya me la hiciste por teléfono ¿Por qué no vamos al grano y me decís qué es lo que querés?

—Es matemática pura —dijo señalando con el dedo las máquinas en el centro del garaje—, mientras más jugoso es lo que escribo, más ejemplares vendo. Y un asesinato por una colección de flechas valiosísima que ni siquiera se sabía a ciencia cierta que existía es bastante jugoso. Mucho más que la historia de amor entre el muerto y la policía que investiga su crimen.

Lo miré a los ojos y apreté los dientes para que no salieran las palabras que me venían a la mente. *Laputaqueteparió.*

—¿De qué carajo estás hablando? —pregunté.

Frau puso una mano en el aire y dio media vuelta en su silla. De encima de los papeles del escritorio levantó un teléfono y tocó un par de veces la pantalla.

—Ahí te envié de lo que te estoy hablando.

Mi teléfono hizo el ruido de un disparo al recibir el mensaje del periodista. Era una foto oscura y bastante pixelada en la que se me reconocía perfectamente riendo mientras Ortega me hablaba al oído. Debajo había un enlace a Youtube. Hice clic y el video que se abrió era la grabación de una de las cámaras de seguridad de Jackaroe, la discoteca donde había empezado la noche en la que terminé en la cama de Ortega. A un fotograma por segundo, se nos veía charlar acaramelados, riéndonos. Y yo de vez en cuando me apoyaba en él para mantener el equilibrio, porque me había pasado un poco

con el mojito. En un momento Ortega me decía algo al oído y yo asentía lentamente con la cabeza. Luego él enfilaba hacia la salida y yo lo seguía exactamente un minuto y medio después.

—¿Lo subiste a Youtube? ¿Estás loco? —pregunté, apoyando con tanta fuerza mi teléfono sobre la mesita que temí haberle roto la pantalla.

—No te preocupes, es un video oculto. Solo lo puede ver la gente a la que yo le pase el enlace.

—¿De dónde sacaste esa grabación?

—No hace falta que te diga que un buen periodista respeta la confidencialidad de sus fuentes. Lo que sí te puedo decir es que mirando las redes sociales de la gente se puede averiguar mucho. Por ejemplo, si un tipo como Ortega, que se la pasa colgando fotos de bebidas y de casinos, comparte un lento de Roxette y uno de Arjona en el mismo día, no hace falta ser un genio para adivinar que algo le causó mariposas en el estómago.

—No me creo tu historia de Sherlock Holmes. Alguien te habló de esa noche —dije pensando en la harpía de Isabel Moreno, que ya me había dejado claro que sabía de lo mío con Ortega. Contándoselo a un periodista, subía de nivel en su juego favorito: hacerme la vida imposible.

—Ya te dije, Laura. Las fuentes son sagradas. De todos modos una vez que tuve clara la fecha no te creas que me fue fácil conseguir el video de seguridad de Jackaroo.

Sin saber qué decir, miré mi teléfono para ver si le había roto la pantalla. Negativo.

Un rasguído de uñas sobre la puerta de chapa del garaje interrumpió el silencio. Lo que me faltaba, un perro.

—¡Camilo! —gritó Frau y los rasguños cesaron de inmediato. El periodista se reclinó un poco en su silla—. Solo te pido un poquito de información, Laura.

—No me estás pidiendo nada, me estás extorsionando. Y soy una oficial de la policía. ¿Sabés que esto te puede traer consecuencias?

—Laura, tranquilicémonos. Ya hablé con un abogado y ningún juez consideraría esto una extorsión. Yo simplemente te estoy diciendo que algo tengo que publicar y quiero darte la opción de que elijas.

—Además —continué, ignorándolo—, esto tampoco demuestra nada. Se ve que un tipo me dice algo al oído y después se va. Ni siquiera nos vamos juntos.

—Yo pienso que a tus jefes ya les bastaría para querer hacerte

preguntas. No sé bien cómo funciona esto, pero me imagino que un oficial investigando el asesinato de una persona con la que tuvo un vínculo afectivo dos meses antes del homicidio se considera un conflicto de intereses, ¿o no?

Respiré hondo dos veces intentando tranquilizarme. Me sentía una completa idiota. ¿Cómo se me había ocurrido pensar que en un pueblo tan chico como Deseado no iba a salir a la luz mi historia con Ortega? Mi maldita historia de una noche de borrachera con un tipo que no me importaba un carajo y que habría quedado en el olvido si no lo hubieran matado dos meses después.

—Te prometo que hoy mismo doy de baja ese video. Y desde luego que no voy a mencionar tu nombre en nada de lo que escriba. Fuentes anónimas, puedo decir. Pero contame un poquito. ¿Es cierto lo de la colección de flechas?

—¿Cómo puedo estar segura de que una vez que tengas lo que querés no vas a publicar esas imágenes de todos modos?

—Te doy mi palabra.

—Como comprenderás, no me vale de mucho.

—Así como protejo a mis fuentes, respeto mi palabra. Además, no sería muy inteligente por mi parte traicionar a un oficial de la ley, ¿no te parece? Mucho menos en un pueblo chico.

Lo miré a los ojos y hablé lento, como lo hacía cuando quería apretar a un testigo para que confesara.

—Si alguna de estas imágenes sale a la luz ahora, el mes que viene o dentro de diez años...

—No hace falta que me amenaces, Laura. De verdad. Yo soy un tipo de palabra.

Respiré hondo un par de veces intentando decidir si tirarle un hueso para que me dejara en paz o romperle la cara.

—No se sabe si lo mataron por las flechas —dije al fin—. Pero sí hay indicios de que Ortega tenía en su poder un cuadro con varias piezas.

—¿La colección Panasiuk?

—No lo sabemos, aunque es probable.

—¿Y cómo sabe la policía que hay una colección de flechas relacionada con el crimen?

—Con la víctima, no con el crimen.

—Bueno, ¿cómo lo saben?

—Apareció una foto en el teléfono de Ortega —dije largando un

suspiro y mostrándole la imagen en mi propio teléfono—. Una colección de flechas tornasoladas dispuestas en forma de triángulo sobre un terciopelo rojo.

—Exactamente como describen a la colección Panasiuk.

Otra vez los arañazos en la puerta. Frau cerró los ojos y se encogió de hombros con gesto culposo.

—¿Me podrías pasar una copia de esa foto?

—Ni en pedo. Es parte de la evidencia de un caso abierto. Olvidate.

—Está bien, no te voy a presionar. Pero necesito algo más de lo que escribir.

Tenía que darle algo. Si no, a la mierda la investigación y bienvenido un agujero horrible en mi carrera.

—Anoche entraron a robar en el museo —dije—. Forzaron una ventana y rompieron una vitrina. De las miles de flechas que había en exhibición, se llevaron la única que parece que pertenece a la colección Panasiuk. En el edificio estaba trabajando un arqueólogo al que amordazaron, ataron y encerraron dentro de un armario. Lo encontramos esta mañana.

El periodista arqueó las cejas y luego aplaudió varias veces.

—¡Eso sí que es jugoso! Con esa historia por ahora tengo de sobra.

—¿Por ahora?

Esta vez los arañazos vinieron acompañados de un gemido agudo. El periodista se golpeó las rodillas con las manos protestando en voz baja. Se puso de pie y caminó hacia la puerta.

—¿Qué querés, loco? —preguntó, entreabriéndola apenas—. ¿No ves que estoy con gente? A ver si aprendés a comportarte cuando...

La puerta se abrió de golpe antes de que Frau pudiera terminar la frase y un San Bernardo enorme entró corriendo a la sala. Instintivamente me puse de pie y me refugié detrás de la silla.

—No tengas miedo que no hace nada. ¡Camilo!, vení para acá.

Camilo soltó un ladrido grave que retumbó en el garaje y dio tres zancadas hacia mí. Se irguió en dos patas antes de que yo pudiera reaccionar y se apoyó en mi pecho, tirándome al suelo con silla y todo.

—Sacámelo de encima. ¡Sacámelo de encima por favor! —grité mientras las uñas del perro se me clavaban en los hombros y en el cuello.

Oí otro ladrido y la lengua enorme de Camilo me empapó la cara.

—Camilo, ¿qué te pasa? —gritó Frau agarrando con ambas manos la cabeza del perro que, aunque le podría haber arrancado la mano de un

tarascón, optó por largar un sollozo.

Tirando del collar con todas sus fuerzas, el periodista logró sacarlo al patio. Luego examinó las consecuencias con las manos apoyadas en las caderas. Cada una de las pisadas de Camilo en el garaje había dejado una mancha de barro del tamaño de un plato de postre. Me levanté del suelo y me miré el torso y las piernas completamente embadurnadas.

El periodista no pudo aguantarse la risa.

—¿Te parece gracioso?

—Disculpame —dijo—. Vení, pasá por acá que te indico dónde está el baño.

Cuando cerré la puerta del aseo, me apoyé en la pileta y respiré hondo. Me temblaban las piernas y cuando me miré al espejo me vi pálida. Oí a Frau gritarle a su perro palabras cortas. Se oyeron unos ladridos y la puerta de la cocina volvió a cerrarse. Después, silencio absoluto. Seguramente el periodista había salido a darle comida o agua para que se tranquilizara.

Me limpié todo lo que pude el barro de la piel y de la ropa. No sé cuánto tiempo estuve ahí, intentando recuperar el color y el aliento. Pueden haber sido tres minutos o veinte. Lo cierto es que al cabo de un buen rato de no oír a Frau ni al perro, salí del baño y me encaminé al garaje.

Encontré al periodista concentrado en su teléfono, sentado en la silla giratoria. La otra, con la que yo había intentado en vano defenderme de Camilo, seguía tirada en el suelo y manchada de barro. Las pisadas del perro todavía estaban en las baldosas. Como si eso fuera poco para recordarme lo que acababa de pasar, la computadora de Frau ya no tenía un documento abierto sino que ahora mostraba un escritorio atiborrado de iconos sobre una foto del periodista abrazando al mismísimo Camilo.

—Perdón, justo me llegó un mensaje importante —dijo Frau guardándose el celular en el bolsillo y apurándose a levantar la silla caída.

—No hace falta, ya me voy —le dije y recogí mis cosas.

CAPÍTULO 36

En línea recta, la estancia El Atardecer quedaba a unos treinta kilómetros de Puerto Deseado. Sin embargo Manuel y yo tuvimos que hacer más de cien. Ir por tierra implicaba bordear la margen norte de la ría hasta llegar al primer puente, cruzarlo y luego volver hacia el este, todo por un camino de ripio en pésimo estado. Por suerte el comisario Lamuedra nos prestó su cuatro por cuatro personal, con la que pudimos ir a sesenta por hora sin problemas durante gran parte del trayecto.

Después de lo que había pasado en el museo, teníamos que advertir a la gente de la estancia El Atardecer de que tuvieran cuidado. Incluso nos ofreceríamos a llevarnos su punta de flecha tornasolada en custodia si ellos querían.

Habíamos intentado llamar por teléfono durante varias horas pero, según pudimos averiguar, solo tenían señal en la cima de un cerro al que subían todas las mañanas para recibir mensajes de texto. Cuando nos enteramos de esto era ya casi mediodía, así que no leerían nuestros mensajes hasta el día siguiente. No nos quisimos arriesgar a que fuese demasiado tarde.

Habría sido interesante visitar El Atardecer con Castro, que llevaba años yendo a trabajar en los yacimientos del lugar, pero el arqueólogo todavía estaba en shock y el médico le había indicado reposo durante cuarenta y ocho horas. Tanto la jueza como el comisario insistieron en que no fuese sola, así que me llevé a Manuel.

Después de dos horas por el ripio, sintiendo las piedras que expulsaban las ruedas golpear contra la chapa bajo nuestros pies, vimos por fin el casco de la estancia El Atardecer. Las únicas construcciones en aquel campo de quince mil hectáreas eran unos galpones de cemento y una casa de chapa fuera de escuadra. Entre los tamariscos que rodeaban la casa vimos un par de camionetas cuatro por cuatro, similares a la que nos había prestado el comisario, estacionadas junto a carpas de colores brillantes.

—Un día me gustaría venir a acampar acá. Eso sí, en otra época del

año. Hay que tener ganas de venir en pleno invierno, ¿no? —dije mientras estacionaba junto a la puerta de la casa de chapa.

—Cuando quieras, avisá y venimos juntos. A mí me encanta acampar —me respondió Manuel.

La puerta de la casa se abrió y del interior salió un señor de bigote marrón y boina negra.

—Buenas, don —dijo Manuel asomándose por la ventanilla y exagerando un tono campestre.

—Bájense que no muerdo —respondió el hombre.

Le hicimos caso. Nos saludó con un apretón de manos firme presentándose como Herrera.

—¿Vienen a acampar?

—No, la verdad que no.

Hubo un destello de desilusión en sus ojos marrones.

—¿Están perdidos?

—No, en realidad venimos porque nos dijeron que usted tiene un pequeño museo con puntas de flecha.

—Sí, pero no está abierto para la gente que no se queda a acampar.

El hombre cruzó los brazos y se miró las alpargatas por unos segundos. Luego soltó una pequeña carcajada que se le transformó en tos.

—Es un chiste. Por supuesto que lo pueden ver. Pero la loca de las flechas es mi mujer, yo no tengo nada que ver. Vengan, pasen —dijo abriendo la puerta por la que acababa de salir.

Entramos a una cocina que olía a fritura. La mujer que lavaba los platos junto a la estufa a leña cerró el agua y se acercó a nosotros secándose las manos en el delantal.

—Ella es Lali, mi señora —nos dijo Herrera, y luego se dirigió a su esposa—. Esta gente quiere ver tu colección de flechas.

Habíamos decidido que, antes de decir nada, visitaríamos el museo para ver dónde y cómo guardaban en ese lugar la flecha de la colección Panasiuk. Una vez supiéramos esto, les advertiríamos del riesgo de tenerla en exhibición.

—Muy bien —contestó la mujer—. ¿Ustedes son de ir a buscar flechas?

—Yo no —dije.

—Yo tampoco —agregó Manuel.

—Entonces súbense a la camioneta que tenemos que empezar por el

principio.

—No tenemos mucho tiempo —me excusé.

La mujer asintió, pero en su mirada había un dejo de confusión. Como si el concepto de la falta de tiempo le fuera ajeno.

—No tardaremos más de media hora y les va a servir para entender mejor el museo —insistió.

Con Manuel nos miramos.

—Vamos, entonces —dijo mi compañero—. Total, el viaje de vuelta lo tenemos que hacer de noche sí o sí.

Lali sonrió y se despidió de su marido con un gesto parco.

La mujer se subió con nosotros a la camioneta del comisario y señaló una huella maltrecha que partía al medio a un pequeño cerro gris de matas bajas.

Al llegar a la cima, el paisaje cambió radicalmente. Los rayos del sol de la tarde de invierno pegaban oblicuos en unos médanos de arena dorada que terminaban en el mar. A unos cien metros, en una pequeña isla, cientos de lobos marinos descansaban recostados en la roca.

—Estacioná por acá —me indicó Lali.

Nos bajamos del vehículo y seguimos a la dueña de aquellas tierras a pie por el medio de un médano. Caminaba en silencio con la vista fija en el suelo y agachándose casi a cada paso para levantar cualquier esquirla que asomase en la arena.

—La mayoría de las piezas que van a ver en nuestro museíto salieron de acá —dijo—. Este es uno de los famosos picaderos de la estancia, donde los tehuelches se juntaron durante miles de años a tallar puntas de flecha.

—¿Y se siguen encontrando piezas después de tantos años? —preguntó Manuel.

—Cualquier cantidad. De hecho, todos los años vienen arqueólogos de Buenos Aires a estudiar el lugar. Yo hace cuarenta años que vengo y siempre encuentro algo, porque el viento mueve constantemente las dunas.

En aquel instante, ese mismo viento nos trajo un gruñido lejano. En la pequeña isla, un lobo marino se erguía para defender su trozo de roca ante otro macho que intentaba acercarse demasiado.

—Un raspador —dijo Lali, incorporándose con un objeto en la mano—. Estos son mucho más fáciles de encontrar que las puntas de flecha.

Los usaban para quitarle hasta el último resto de carne al cuero de los guanacos.

Lali me ofreció la piedra tallada y la sostuve en la mano. Como muchas de las esquirlas que yo había levantado y desechado, era de color verde grisáceo. Uno de los lados había sido esculpido a base de cientos de golpes mientras que el otro era perfectamente liso, cortado con un solo impacto. Cada una de las diminutas muescas que formaban el filo brillaba con el sol.

—Qué bonito —dije extendiendo mi mano para devolvérselo. La mujer se lo guardó en el bolsillo.

Caminamos un poco más, siempre a paso lento y con la mirada fija en la arena.

—Este es un lugar increíble —observé al levantar la vista. Los médanos que morían en el mar formaban una de las pocas playas de arena en cientos de kilómetros de costa.

—La verdad es que si yo hubiera sido un tehuelche, también habría elegido hacer mis herramientas de piedra acá, con una vista preciosa, reparo del viento y comida de sobra.

Lali dijo esto último señalando grandes montones de conchas de mejillones descoloridas por años a la intemperie.

Caminamos un rato más hasta llegar al final del último médano. Más allá, una lengua de meseta gris terminaba en un precipicio junto al mar. Lali sacó de su bolsa azul el termo y el equipo para preparar mate. Antes de sentarnos en la arena miré a mi alrededor pero no encontré nada que se pareciera a una flecha.

—¿No tendríamos que ir volviendo? —preguntó Manuel.

—¡No me van a rechazar unos mates con estas vistas! —insistió Lali.

Le sonreí y los tres nos sentamos mirando el mar. La isla con los lobos todavía se veía a nuestra derecha, pero el viento ya no nos traía sus gruñidos.

Lali me dio un mate, que agarré con las dos manos para calentarme un poco los dedos. Luego se inclinó hacia mis pies y sus dedos se dirigieron directos a una esquirla ocre que asomaba entre la arena a pocos centímetros de mi pie. Mirándome con una sonrisa, la levantó entre el pulgar y el índice desenterrando una punta de flecha del tamaño de una uña.

—Pero, ¿cómo puede ser? Antes de sentarme me fijé y no había nada —le dije.

—La debés haber desenterrado con los pies —dijo Manuel.

—Es una casualidad enorme.

—Pasa mucho —dijo Lali entre sorbos al mate—. Incluso he encontrado alguna flecha junto a la rueda de mi camioneta cuando estaba por subirme para volver. El truco es no dejar de dar vuelta cualquier piedrita, aunque parezca que no va a ser nada. Lo único seguro para el coleccionista de flechas es que lo que se encuentra nunca está donde uno se imagina.

Observé la pieza que acababa de desenterrar con mi pie. El filo, igual de delicado que el de un cuchillo de sierra, terminaba en una punta que se hundía en la piel tan fácilmente como un alfiler. Hacía miles de años alguien había tallado esa verdadera obra de arte en el mismo lugar donde nosotros ahora tomábamos mate. Sonreí y noté que el corazón me latía en el pecho con una sensación de alegría enorme. Entonces comprendí por qué Lali, mi tía Susana y Teodor Panasiuk habían hecho de esta búsqueda el pasatiempo de toda una vida.

Entendí en ese momento que la naturaleza impredecible de los hallazgos era lo que los hacía tan gratificantes. ¿Qué hubiera pasado si nos hubiéramos sentado un metro más allá? Nunca habría desenterrado aquella pieza con mi pie y quizás habrían pasado otros diez años hasta que alguien la descubriera. O cien. O se habría quedado allí para siempre, moviéndose despacio al ritmo los médanos.

CAPÍTULO 37

—Vengan por acá —nos indicó Lali cuando volvimos al casco de la estancia.

Rodeamos la casa hasta que estuvimos del lado opuesto al que habíamos estacionado la camioneta. La mujer giró el picaporte de una puerta desvencijada y la empujó con el hombro haciendo que las bisagras cedieran con un chirrido. Dentro, una escalera empinada llevaba a un cuadrado en el techo por el que entraba una claridad grisácea.

Lali subió un poco y se detuvo para golpear con la mano abierta una viga que le pasó rozando la coronilla.

—Cuidado con la cabeza —dijo antes de continuar hacia arriba.

Emergimos en un altillo pequeño tan viejo que la madera del suelo rechinaba al combarse bajo nuestros pies. Una breve mirada alrededor me bastó para entender el entusiasmo de todos los que visitaban aquel lugar. La escalera que acabábamos de subir era un verdadero portal al pasado de la Patagonia.

—Este es el museíto que hemos ido armando con el tiempo. Tenemos un poco de todo. Botellas antiguas, revistas. Miren, este es uno de los primeros tocadiscos que se fabricaron en la Argentina. También hay varias partes de barcos que han ido apareciendo en las playas. Esta escotilla de bronce la encontré el año pasado. Y, por supuesto, tenemos puntas de flecha, lanzas y esas cosas.

—¿Cuál dirías que es la punta de flecha más rara de tu colección? —pregunté intentando ir al grano.

Lali se acercó a unos estantes llenos de pequeñas cajas de metal y de madera. Tomó una vieja lata de betún y la abrió para enseñarnos tres puntas de flecha sobre un trozo de algodón amarillento.

—Es muy difícil responderte eso. Es casi como elegir a un hijo preferido. Pero hay algunas que son muy particulares. Estas, por ejemplo, están entre mis favoritas porque son casi transparentes. Están hechas con

cuarzo de la zona, según me dijeron los arqueólogos.

Manuel y yo nos turnamos para tomar la lata en nuestras manos y elogiar la belleza de las piezas. Cuando se la devolvimos, Lali agarró otra lata, que también protegía con algodón su contenido. En este caso era una punta de flecha negra, apenas más grande que la uña de su dedo índice.

—Es preciosa —dije—. La técnica con la que los techuelches trabajaban la piedra es impresionante. Es increíble que pudieran lograr una punta tan perfecta sin herramientas de metal ni gran tecnología.

—Esa es de obsidiana —apuntó la mujer—, vidrio volcánico. Se pueden lograr bordes tan afilados que hasta hace poco las operaciones de ojos se hacían con bisturís de este material.

—Qué chiquita —dijo Manuel—. ¿Qué cazarían con eso?

—Probablemente nada. Una vez charlando con Alberto Castro, que es el arqueólogo que investiga toda esta zona, me dijo que se cree que las flechas chiquititas eran para decoración. Que las hacían como un juego, una forma de competir entre ellos a ver quién podría producir la más perfecta.

—Castro fue precisamente quien nos habló de vos y de tu colección —apunté—. Yo ya había oído algo, pero fue él quien nos sugirió que viniéramos a verte.

—Ah, ¿conocen a Alberto Castro?

—Sí. Bueno, lo conocimos hace unos días.

—¡No me digan que está en Deseado! Qué raro, siempre que viene me avisa. Pasa todos los años a controlar el estado de los yacimientos y a buscar flechas. Casi siempre se trae dos o tres estudiantes de la universidad y se quedan varios días trabajando acá. Yo cuando sé que vienen, les reservo el lugar más reparado del cámping.

—Tenemos entendido que Castro vino de imprevisto esta vez. Debe ser por eso que no te avisó.

Lali se encogió de hombros y durante los siguientes quince minutos siguió mostrándonos con entusiasmo varias piezas que, a juzgar por la cantidad de cajas que había en esos estantes, solo representaban un pequeño porcentaje de su colección. Había raspadores, puntas y punzones de todos los tamaños y colores. Incluso nos mostró piezas que ella llamaba «recicladas», que habían sido talladas con un propósito y luego adaptadas para otro.

—Debés de haber encontrado muchas si llevás cuarenta años buscando, me imagino —comenté cuando Lali terminó una explicación sobre la diferencia entre un punzón y un raspador.

—Tantas que ya perdí la cuenta. Tengo cajas llenas en otras partes de la casa, pero no las subo acá porque no creo que la estructura se aguante mucho más.

—¿Y las vendés? Quiero decir, si alguien te quiere comprar una.

—Noooo —se apresuró a responder la mujer—. Está prohibidísimo comerciar con patrimonio arqueológico. Además, no me gusta que se vayan de la estancia. Me parece lo mejor que se queden acá, que es donde las encontré.

Pasamos otro cuarto de hora viendo más flechas y otros artefactos líticos. Algunos eran verdaderamente preciosos pero ninguno encajaba con la característica única de la colección Panasiuk.

—Y en todos estos años, ¿encontraste alguna flecha tornasolada? —pregunté finalmente.

Lali me miró, extrañada.

—¿Ustedes también creen en eso?

—¿En qué?

—En la leyenda de Yalén y las flechas tornasoladas.

—¿Quién más cree en eso?

—No lo sé, mucha gente. ¿Por qué me preguntan sobre esas flechas?

Sentí que había llegado el momento de contarle el verdadero motivo de nuestra visita.

—Lali —dije—. ¿Tenés una flecha tornasolada en tu colección, sí o no? Es muy importante. Trabajamos en el juzgado y estamos investigando un homicidio.

La mujer abrió los ojos ante mis palabras y nos miró a cada uno con un gesto de espanto.

—¿De qué están hablando? —dijo agarrando una lata de galletas algo oxidada.

Dentro había una pequeña bolsa de cuero de guanaco. La abrió y dejó caer sobre su palma una flecha azulada. La levantó para que le dieran los últimos rayos del sol que entraban por la ventana y la pieza devolvió destellos multicolores.

Ahí estaba, sin duda, el motivo por el que habíamos ido a aquel lugar. La flecha número nueve de la colección Panasiuk.

—Es preciosa —dije tomándola en mi mano—. ¿Dónde la encontraste?

—Me la regaló mi padre en el año noventa y cinco.

—¿Y él de dónde la sacó?

—No tengo ni idea. En su momento se lo pregunté, pero sonrió y me dijo «Menos averigua Dios y perdona». Supuse que se la habrían regalado o se la habría comprado a alguien. Él tenía menos reparos que yo con ese tema.

—¿Nunca se lo volviste a preguntar?

—No tuve la oportunidad —explicó, como excusándose—. Cuando me la dio ya estaba muy enfermo y murió a los pocos meses.

Nos quedamos los tres en silencio. Yo hice girar la flecha entre mis dedos un par de veces.

—¿Cómo es eso de que están investigando un homicidio? —quiso saber Lali— ¿Qué tengo que ver yo con todo esto?

Le expliqué entonces el caso a grandes rasgos, evitando la mayoría de los detalles. Me limité a decirle que habíamos encontrado un cadáver, que de la casa de la víctima faltaba un cuadro con flechas tornasoladas y que trece días después había desaparecido otra similar del museo del pueblo.

—De hecho —dije para terminar—, es por eso que Castro está en Deseado. Es amigo de la jueza y vino para asesorarnos en el caso.

—¿Y por qué no vino hoy con ustedes? —preguntó, desconfiada.

—Porque desde ayer no se siente muy bien —ofrecí evitando mencionar el episodio del museo para no alarmarla demasiado—. Según nos dijo, esta flecha es la única que le faltaría al atacante para completar la colección Panasiuk. Bueno, esta y la que tenemos con el resto de la evidencia en el juzgado.

—Me están asustando —dijo la mujer.

—No es nuestra intención, Lali. Pero estando acá en el medio del campo, quisimos avisarte lo antes posible. Todo esto pasó en las últimas dos semanas. Es posible que quien sea que haya atacado a ese hombre y haya robado el museo quiera completar la colección. Si yo estuviera en tu lugar, escondería esa flecha y no se la mostraría a nadie por un tiempo. Incluso nos la podemos llevar nosotros y guardarla en un lugar seguro hasta que todo esto se resuelva.

Antes de que yo terminara la frase, la mujer ya negaba con la cabeza. Cerró la mano en torno a la pieza y nos miró con expresión severa.

—Gracias por avisarme —dijo—, pero la flecha se queda acá.

—Tengan mucho cuidado entonces —insistí.

—No se preocupen, llevamos toda la vida viviendo solos en este campo. No va a ser la primera vez que tengamos que echar a un intruso a escopetazos.

CAPÍTULO 38

El camino de vuelta desde El Atardecer lo hicimos prácticamente todo de noche. Dejé a Manuel en su casa y me fui a cenar con mi tía Susana, que me preguntó sobre las flechas y el caso, pero le esquivé el tema. También me volvió a insistir en que la llevara a practicar tiro.

Al día siguiente llegué al juzgado alrededor de las siete y media de la mañana. No llevaba cinco minutos en el laboratorio cuando sonó el teléfono.

—Hola —atendí, extrañada de que me llamaran un lunes tan temprano.

—Laura, ¿podés subir a mi despacho un momento?

—Voy ya mismo.

Estoy en el horno, pensé al colgar. Le había prometido a la jueza que cuando volviéramos de Calafate le daría las impresiones dactilares que había levantado del vidrio de la colección Panasiuk y que habían desaparecido como por arte de magia de la carpeta con la evidencia.

Subí las escaleras despacio, intentando pensar en una nueva excusa. Ya no tenía sentido volver a buscarlas ni pensar dónde se podían haber perdido. Había revuelto medio juzgado sin suerte.

Abrí la puerta del despacho de Echeverría sin tener idea de qué le diría. Dentro encontré a la jueza sentada en su silla giratoria. Al otro lado del escritorio el comisario Lamuedra, cruzado de brazos, me miró de arriba abajo antes de largar un soplido de impaciencia por la nariz.

—Laura, sentate —me dijo la jueza posando la vista sobre una silla junto a Lamuedra—. ¿Sabés de qué te quiero hablar, no?

Asentí.

—¿Y? ¿Qué tenés para decirme?

—Que ya las busqué por todos lados, pero no las encuentro, su señoría. No sé qué puede haber pasado con las impresiones dactilares. Ni bien las levanté del vidrio las pegué en una ficha y las metí en la carpeta de evidencia del caso. Cuando Manuel le fue a sacar fotos para que quedaran digitalizadas, la ficha ya no estaba.

—¿O sea que también perdiste la única evidencia forense que nos puede ayudar a encontrar a quien mató a Ortega?

—¿No era eso para lo que me llamaron?

Nos quedamos los tres en silencio. El comisario Lamuedra se apretó el puente de la nariz entre el índice y el pulgar.

—No la perdí —agregué—. Desapareció. No sé cómo explicarlo, pero es imposible que se haya perdido.

—¡La puta madre! —gritó Echeverría—. A ver si tenés un poquito más de cuidado, che. No te podés mandar dos cagadas así de grandes en el mismo caso.

—¿Dos? ¿A qué se refiere? Pensé que me llamaba por esto.

—No, Badía, no era por las impresiones. Era para que me expliques de dónde carajo sacó esta foto el director del diario.

La jueza hizo girar la pantalla sobre su escritorio. Reconocí la web de aspecto amateur de El Orden. Una fotografía de la colección Panasiuk ocupaba media pantalla. El titular, en mayúsculas azules sobre fondo gris, era una pregunta.

¿ASESINATO EN NUESTRA CIUDAD POR MÍTICA COLECCIÓN DE FLECHAS?

—No lo había visto —fue todo lo que pude decir.

—Todo tuyo —dijo Lamuedra pasándome el *mouse*.

Leí el artículo en silencio, sintiendo la respiración fuerte de mis dos jefes como una espada sobre la cabeza.

En el día de ayer ha llegado a nuestra redacción una fotografía vinculada a la investigación por el homicidio del comerciante Julio Ortega, quien fue encontrado sin vida en su casa de la calle Estrada el día 6 del corriente agosto. Según allegados a la víctima, Ortega habría sido asesinado a golpes. El motivo de dicho acto hasta hoy no había sido revelado por la comisaría local.

La fotografía que acompaña a este artículo (que publicaremos también el próximo sábado en nuestra edición en papel) habría sido encontrada en el teléfono de la víctima y constituye el primer indicio posible a la hora de explicar la brutal muerte de Ortega. Se trata de la mítica colección Panasiuk, un cuadro de puntas de flecha de ópalo del que hasta hoy solo existían bocetos dibujados a lápiz. Más allá de su

valor histórico (ver recuadro “Una colección maldita”), vecinos de la localidad amantes de la recolección de arte lítico nos han indicado que, de producirse una venta ilegal en el mercado negro, la colección Panasiuk podría llegar a los diez mil dólares.

Por otra parte, sería una casualidad demasiado grande que el reciente robo al museo Mario Brozoski de nuestra localidad no tuviera que ver con este caso. En la madrugada del pasado sábado el arqueólogo Alberto Castro, el experto en arte lítico tehuelche más respetado del mundo, se encontraba trabajando en el museo cuando un asaltante encapuchado ingresó en el edificio forzando la ventana. Castro fue amordazado, maniatado y encerrado en un armario por el atacante, que solo sustrajo una de las casi diez mil piezas de las que dispone la institución. Por las características de la flecha robada —con forma de hoja y tallada en piedra tornasolada—, se cree que pertenecería a la infame colección Panasiuk.

En cuanto a fuentes oficiales, el comisario Lamuedra, a cargo de la comisaría local, se negó a hacer declaraciones con respecto a si la policía considera que el motivo del asesinato de nuestro vecino deseadoense Julio Ortega haya tenido que ver con la mencionada colección de flechas.

—¿Me querés explicar qué carajo es esto, Badía? —preguntó el comisario.

Para ganar tiempo, leí el recuadro «La colección maldita». Era un rejunte de todas las leyendas urbanas que giraban en torno a la colección. Se mencionaba con varias notas de color la trágica historia de Yalén, asesinado con las flechas por su hermano Magal, y luego la obsesión de Teodor Panasiuk por reunir la colección, hasta el punto extremo de cambiar una flecha por una casa.

Volví a repasar el artículo principal y observé la fotografía de la colección. Era sin duda la misma que habíamos encontrado en el teléfono de Ortega. Entonces entendí perfectamente lo que había sucedido, aunque algo dentro de mí no quisiera reconocerlo. Como si me negara a haber sido tan estúpida.

Hacía dos días que le había mostrado esa misma foto al director del Orden. Antes de que el San Bernardo me tirara al suelo, Frau me había pedido una copia y yo se la había negado. Recordé que al volver del baño tras

limpiarme las manchas de barro, en la computadora del periodista ya no había un documento abierto. Frau la había usado mientras yo me limpiaba y recuperaba la compostura. Seguramente el muy hijo de puta había conectado mi teléfono con un cable USB para copiarse la foto.

—No sabemos a quién le pudo enviar esa foto Ortega antes de que lo mataran —ofrecí.

—En el artículo dice que la imagen apareció en el teléfono de la víctima. ¿Cómo puede saber eso el tipo del diario? Además, explica al detalle la agresión a Castro en el museo: que entraron por una ventana, lo ataron y lo encerraron. Eso no lo sabía casi nadie.

—No sé qué pudo haber pasado —dije.

—Más te vale que lo averigües. La responsabilidad es completamente tuya, Laura. Las únicas personas con acceso a esa foto eran Manuel, vos y yo. Como comprenderás, yo no fui. Y si la cagada se la mandó Manuel, también es culpa tuya.

Estuve a punto de agregar que su amigo el arqueólogo también tenía acceso a la fotografía, pero recordé el día que lo conocí y examinamos la imagen juntos. La copia que él tenía impresa llevaba una marca de agua con las palabras *CONFIDENCIAL - EVIDENCIA*. La que habían publicado en El Orden, no. Había salido de mi teléfono.

—Si te volvés a mandar una cagada la mitad de seria que esta, olvidate del caso y encima te vas a comer varios días de suspensión. Es la última que te dejamos pasar, Laura, ¿entendés?

—Sí, señor comisario.

Pude contener apenas el nudo en la garganta hasta salir del despacho de la jueza. Cuando cerré la puerta tras de mí, tenía los ojos llenos de lágrimas a punto de rodar cara abajo.

—¿Empezamos mal el día? —me preguntó la harpía, que acababa de llegar y acomodaba sus cosas en el escritorio.

Me fui con el paso apurado hasta encerrarme en mi laboratorio. Entonces largué un sollozo corto, lo justo para descomprimir. Fueron lágrimas de vergüenza por haberme dejado robar esa foto de mi teléfono y por no poder encontrar las huellas dactilares que eran clave para resolver aquel caso.

Decidí revisar por última vez el laboratorio a fondo. Miré debajo de cada aparato, adentro de cada carpeta y hasta vacié el armario donde había guardado las huellas y lo corrí de lugar. Después de casi una hora de revolver

todo, concluí nuevamente que ahí no estaban. Y si Manuel me decía la verdad y nunca se las había llevado del armario, entonces otra persona lo había hecho. Pero ¿quién? ¿Y para qué?

No tardé mucho en pensar en la amenaza de Isabel Moreno. «Esto no termina acá», había dicho tras nuestra discusión. Yo podía entender que por despecho le hubiera contado a Frau sobre mi encuentro con Ortega, pero nunca me imaginé que fuese capaz de hacer desaparecer evidencia importante de un caso para perjudicarme.

Miré los objetos sobre mi escritorio en busca uno que me sirviera para poner en marcha el plan para desenmascararla. Me decidí por la taza de café.

CAPÍTULO 39

Limpié el exterior de la taza hasta que casi pude verme reflejada en ella. Luego me pasé el dedo índice por la frente y lo presioné con fuerza, marcando mi huella digital sobre la superficie brillante. Repetí la operación con varios dedos hasta que la taza quedó como si fuera la de un niño de dos años. Entonces abrí el kit de huellas y con un pincel apliqué el polvo negro en toda la superficie. Ahora parecía la taza de un mecánico.

Levanté varias huellas con cinta adhesiva y las pegué sobre una ficha idéntica a la que había perdido. Encima de las impresiones escribí con letra clara «Homicidio Julio Ortega». Para cuando terminé de limpiar la taza y guardar el kit de impresiones en el maletín de aluminio, eran casi las diez de la mañana. Justo a tiempo.

A los pocos minutos, Manuel asomó la cabeza en mi laboratorio como todos los días a esa hora.

—¡Paren las rotativas, que llegó la hora del café!

Su mirada se posó sobre la ficha con impresiones dactilares sobre la mesa.

—¿Y eso? —preguntó, levantando el papel—. No son las mismas que las que perdiste, ¿no? La otra ficha tenía muchas más huellas.

—No, la otra no hay forma de encontrarla. Pero resulta que había dos fragmentos del vidrio que solo había empolvado de un lado —dije señalando el rompecabezas todavía armado sobre la enorme mesa de metal—. Y tuve suerte, porque tenían bastantes impresiones.

—Supongo que a estas les vas a sacar fotos, ¿no?

—Por supuesto. Per primero me vas a invitar un café, ¿no?

—Claro —dijo Manuel.

—Bueno, andá preparándolo que yo envío un email y ahora voy para la cocina.

Cuando me volví a quedar sola en el laboratorio, miré alrededor hasta decidirme por el helecho que me había regalado mi tía. Aunque en pocos días

ya mostraba los primeros signos de mi maltrato, todavía era frondoso. Abrí un cajón y encendí la cámara que usábamos Manuel y yo para sacar fotos de las víctimas y de la evidencia. Además de fotografías, ese modelo registraba excelentes videos. Me aseguré de que la tarjeta de memoria estuviera vacía y la configuré en modo sensor de movimiento, para que solo grabara cuando algo entrase en su rango de registro. La escondí entre las hojas verdes con la lente apuntando hacia el armario del que había desaparecido el primer lote de huellas.

Guardé la ficha con las falsas impresiones en el estante del medio, cerré el armario y dejé las llaves puestas en la cerradura. Entonces me fui a la cocina.

CAPÍTULO 40

En la cocina, Manuel le decía algo a Isabel Moreno y ambos reían a carcajadas. Al notar mi presencia, la actitud de él para con ella se enfrió instantáneamente. Sabía que la harpía y yo no nos podíamos ni ver, y era evidente que se debatía entre intentar llevársela a la cama y conservar mi amistad.

El ambiente estuvo a punto de ponerse incómodo, pero por suerte empezaron a llegar otros empleados del juzgado y pronto las diez sillas alrededor de la larga mesa de la cocina estuvieron ocupadas. La mayoría tomábamos café, aunque un grupito de tres eran fieles acérrimos del mate. Hasta los policías que custodiaban la puerta del juzgado solían unirse brevemente a aquel ritual matutino.

—Che, Laura, qué bajón que se haya filtrado esa foto, ¿no? —comentó Isabel delante de todos, escondiendo su sonrisa detrás de la taza de café.

—Sí, ¿cómo habrá llegado al diario? —añadió Ramiro Carabajal, uno de los cinco empleados administrativos del juzgado. Aunque su trabajo consistía básicamente en redactar escritos en Word, también tenía un máster en llevar y traer chismes. Tener a él y a la harpía de audiencia me venía como anillo al dedo.

—No tengo ni idea, la verdad —dije.

—¿Es cierto que además perdiste evidencia del caso? —preguntó Isabel Moreno.

La miré a los ojos pero fui incapaz de saber si el regocijo de su expresión era por ridiculizarme frente de todos o por saberse artífice de la desaparición de las huellas.

—Sí. Tenía unas impresiones dactilares que levantamos del lugar de los hechos que no logro encontrar por ninguna parte. Es como si se hubieran esfumado. Pero por suerte descubrí más huellas en un trozo de vidrio que me había olvidado de analizar.

—Cualquiera diría que tenés que poner un poco más de atención a tu

trabajo —apuntó con sorna.

Ignorándola, volví a contar la historia de las huellas que me había «olvidado» de levantar, tal y como se la había relatado a Manuel hacía unos minutos.

—Esta vez le habrás sacado fotos, ¿no? —preguntó la harpía.

—Todavía no. Lo voy a hacer en cuanto encuentre la cámara, que tampoco aparece por ningún lado.

Hubo un murmullo en la cocina.

—¿Dos veces con la misma piedra?

—No, esta vez no las voy a perder, Isabel. Es más, por si me estoy volviendo loca, pongo a todos ustedes de testigos: las acabo de poner en el armario de mi laboratorio, el mismo del que desaparecieron las otras.

Miré la hora en mi teléfono y arqueé las cejas de manera exagerada.

—Me tengo que ir ya. No creo que vuelva hoy, Manuel, tengo que hacer mucho trabajo de calle. Nos vemos mañana. Chau, chicos.

Me fui de la cocina dejando el café a medias. Pasé por el laboratorio para agarrar mis cosas y noté que el cajón de mi escritorio estaba entreabierto. Cuando revolví el contenido, entré en pánico. Alguien se había llevado la cajita de plástico con la flecha que habíamos encontrado en la escena del crimen.

Cerré el laboratorio con llave y recuperé la cámara de su escondite detrás del helecho. Encendí la computadora, que me avisó que tenía cuatro emails. Sin siquiera mirarlos inserté la tarjeta de memoria y descubrí que había un nuevo video de treinta segundos.

Evidentemente, no estaba loca. Alguien había entrado en mi despacho y se había llevado la flecha mientras yo estaba en la cocina.

Reproduje el video. Aunque la cámara estaba enfocada hacia el armario y no hacia mi escritorio, pude reconocer en la pantalla la figura que entró al laboratorio y abrió el cajón. Era la jueza Delia Echeverría.

Corrí escaleras arriba hacia su despacho y entré sin golpear. La encontré leyendo un expediente con los anteojos caídos en la punta de la nariz.

—Laura, ¿qué necesitas? —dijo con una sonrisa que me dejó desconcertada.

—La flecha —fue todo lo que pude decirle.

La jueza siguió sonriendo y me mostró el puño cerrado con el pulgar hacia arriba.

—Muy bien. Eso me pone muy contenta. Tenía miedo de que no notaras que faltaba, o que cuando te dieras cuenta, me lo ocultaras.

—¿O sea que fue usted? —pregunté.

—Sí. Bueno, no. O sea, yo no tuve nada que ver con la desaparición de las huellas, evidentemente. Pero sí que me llevé la flecha.

—¿Para ver si le ocultaba que había desaparecido más evidencia?

La jueza soltó una carcajada.

—No, digamos que eso es un beneficio secundario. Me llevé la flecha para protegerla.

—¿Protegerla?

—Asumiendo que la persona que tiene el cuadro de Julio Ortega es la misma que robó el museo, solo le faltan dos flechas para completar la colección Panasiuk.

—La que hay en El Atardecer y la que usted se acaba de llevar del laboratorio —completé.

—Exactamente. Y si bien acá adentro tenemos custodia policial las veinticuatro horas, creo que deberíamos guardar la flecha en un lugar un poco más seguro que el cajón de un escritorio.

Dijo esto señalando la gran caja fuerte de hierro en un rincón de su despacho.

—En cualquier momento que la necesites, me la pedís y te la doy. Pero te pido que solo la saquemos de ahí si es estrictamente necesario. Sabemos que es una pieza fundamental de un rompecabezas que vale muchísimo dinero y si se llega a perder van a rodar cabezas, incluyendo la mía.

Respondí que me parecía una excelente idea. Lo que no le dije fue que estaba convencida de que si no hubieran desaparecido las huellas de mi armario, ella jamás habría tomado una medida así sin consultarme.

Al regresar a mi laboratorio, lo primero que hice fue volver a activar la cámara detrás del helecho.

CAPÍTULO 41

Entre el hedor que emanaba el cuerpo enorme y sucio de Enrique Vera y el producto químico nefasto que utilizaban para desinfectar, en la sala de interrogaciones de la comisaría se respiraba un aire horriblemente viciado.

La policía había encontrado al prestamista escondido en una obra en construcción abandonada en las afueras del pueblo después de que un vecino denunciara que hacía tres noches que alguien encendía fuego dentro. Nosotros sabíamos que Vera no podía haber ido muy lejos, porque la mañana que lo fuimos a buscar a su casa había huido sin tener tiempo de agarrar dinero, documentos, ni tarjetas. Suponíamos también que, de ser culpable, probablemente esperaría escondido hasta que la cosa se enfriara y pudiera volver a su casa a buscar lo que necesitaba. Pero nunca nos imaginamos que lo haría en condiciones tan precarias.

Cuando lo trajeron a la comisaría pasamos los primeros minutos ayudándole a cambiarse el trapo mugriento que le cubría un corte profundo en el gemelo. Nos dijo que se lo había hecho al caer por el barranco detrás de su casa cuando fuimos a verlo, tres días atrás.

—Tenés derecho a que te llevemos al hospital —dijo Lamuedra.

El prestamista negó con la cabeza. Con la mano que no llevaba esposada a la argolla en la mesa tiró la gasa vieja, completamente teñida de marrón, en un cesto de basura junto a su silla. Empapé una nueva en desinfectante y se la di. Cuando se la apoyó en la herida no logró contener un gruñido de dolor.

—Muy bien, empecemos entonces. Te voy a hacer una pregunta muy simple y pensá bien en lo que me vas a responder. Lo que digas queda registrado y va directo al juzgado. A los jueces no les gusta que les mientan. Si no me creés preguntale a la licenciada Badía, que trabaja con una.

No hice ningún comentario. El comisario recorrió la sala con la mirada antes de hablar. Vera no pareció notar que el verdadero propósito de aquel gesto era asegurarse que la luz roja de la cámara que colgaba del techo

estuviese apagada. Interrogar al prestamista sin su abogado era, como mínimo, poco ortodoxo.

—¿Qué hiciste la madrugada del seis de agosto? —preguntó el comisario.

Silencio.

—Mejor vayamos al grano. ¿Mataste a golpes a Julio Ortega?

Antes de hablar, Vera se recorrió la frente grasienta y sucia con la mano que tenía libre.

—No.

—¿Qué grupo sanguíneo sos? Por si llegaras a necesitar una transfusión —pregunté señalando la herida.

—A negativo.

—Qué casualidad —dije—. Como imaginarás, había sangre de Ortega en su ropa, en el piso y en el sofá. Litros de B positivo. Sin embargo, también encontramos una gota que no coincide ni en grupo ni factor. ¿Querés adivinar de qué tipo era?

—¿Soy la única persona que tiene A negativo en el pueblo?

Es tu sangre, pensé, pero eso no se lo podía decir. Las pruebas de ADN las había hecho de manera totalmente ilegal y confesárselo sería kamikaze.

—Si no tuviste nada que ver, ¿por qué saliste corriendo así el día que fuimos a tu casa?

El prestamista permaneció en silencio.

—¿Qué tal va cicatrizando la oreja? —pregunté señalando su lóbulo derecho, que ya no llevaba cubierto con una venda como la noche del casino. Ahora se veía claramente que un corte ocre lo partía al medio, como si le hubieran arrancado un *piercing*. Probablemente de esa herida había salido la gota de sangre que habíamos encontrado en la casa de Julio.

—Sabemos que Ortega te debía bastante plata —dijo el comisario.

—Eso no quiere decir que lo haya matado, ¿no?

—Tenía unas marcas en las manos —dije—. Una semana o dos de antigüedad. Como si alguien le hubiera apoyado un taladro para torturarlo.

—No sé de qué me hablás.

—¿Vos sabés que no basta con que niegues todo, no?

—¿Alguien me vio pegándole a ese tipo? ¿O taladrándole la manos? ¿Alguien tiene alguna prueba?

Nos quedamos un segundo en silencio. Vera era culpable y nosotros lo sabíamos, pero si no lo admitiera no nos servía de nada.

—Es *tu* sangre —dije al fin—. ¿Te acordás del día que te vi en el casino? Bueno, tu lata de Coca Cola terminó en mi laboratorio. Resulta que el ADN de tu saliva coincide con el de la sangre seca que encontramos en la casa de Ortega.

El comisario fijó la mirada entre sus pies y largó aire por la nariz. Supuse que estaría reprimiendo las ganas de cazarme del cogote. Lo que acababa de confesarle a Vera podía complicar el juicio, pero no teníamos otra alternativa. Si no apretábamos al prestamista con algo concreto, jamás nos diría nada y sería casi imposible convencer a la jueza de que solicitara un análisis de ADN por las vías formales, que entonces sí serviría como prueba en la causa.

Lamuedra, desde luego, no parecía compartir mi punto de vista. Ni siquiera se giró para mirarme y supuse que estaba guardando sus mejores gritos para cuando estuviéramos solos.

—Nos peleamos, sí, pero yo no lo maté —dijo Enrique Vera al cabo de un rato.

—¿Querés explicarte un poquito mejor? ¿A qué fuiste a la casa de Ortega el seis de agosto?

—Fue él quien me citó esa noche. Me debía plata, es cierto. Mucha plata. Casi cuarenta mil dólares. Y hacía semanas que yo le venía dando ultimátums para que me pagara.

—¿Ultimátums con un taladro?

—Fui a la casa porque él me llamó —dijo Vera, ignorándome—. Cuando llegué, lo encontré bastante borracho. También un poco duro, me pareció.

—¿Duro? —preguntó Lamuedra.

—Sí, cocaína —dijo Vera—. Pero a lo mejor es solo la sensación que me dio a mí.

Recordé que en el informe de toxicología que había elaborado el forense aparecían ambas sustancias.

—Me invitó a pasar al comedor y se sentó en el sofá junto a unos papeles. Le pregunté si tenía la plata y me dijo «No. No la tengo ni la voy a tener».

—¿Cómo reaccionaste?

—Le dije que iba a ejecutar los pagarés que me había firmado pero se rió y me pasó los papeles que tenía a su lado.

Vera tenía el ceño fruncido y la mirada perdida como quien hace un

esfuerzo por darle nitidez a un recuerdo borroso.

—Eran extractos de sus cuentas bancarias y una carta de la AFIP intimándolo a pagar todos los impuestos que debía su negocio de productos de limpieza. Me dijo que le creyera, que no tenía un peso partido al medio y que la casa en la que vivía estaba a nombre de una tía abuela. Después se rió y me tiró una bolsita con cocaína a los pies. Me dijo que eso, los muebles de la casa y el poco *stock* que le quedaba en Impekable era todo lo que me podía ofrecer para saldar la deuda. Que me llevara lo que quisiera y lo dejara en paz.

El prestamista apoyó la frente en sus puños y su enorme espalda se desinfló con un soplido ruidoso. Decidí aprovechar el momento de debilidad.

—¿Qué sentiste cuando te dijo eso?

—Impotencia. Rabia. Mucha rabia.

Las últimas palabras le salieron entrecortadas. Levantó la vista por un segundo y pude ver que sus ojos se habían tornado vidriosos. Ver a una mole así al borde de las lágrimas era desconcertante, como si el músculo y el llanto fueran incompatibles. Volvió a bajar la cabeza y se quedó en silencio un buen rato. De su enorme cuerpo solo se movían dos partes: los hombros al compás de la respiración y la quijada cuadrada que temblaba sin control.

—Torneo de mierda... —balbuceó.

—¿Cómo dice? —preguntó Lamuedra, pero yo me apresuré a hacerle señas de que se quedara callado.

Otro minuto más de silencio y por fin el primer sollozo. Nada exagerado, un gruñido y un par de lágrimas, como lloran los hombres que se avergüenzan de llorar.

—Si no me hubiera anotado en esa competencia de mierda...

—¿De qué estás hablando, Enrique? —pregunté.

—Me estaba preparando para el Mr Patagonia, un torneo de fisicoculturismo. Este año se hace en noviembre en Caleta Olivia. Faltaban tres meses y yo acababa de empezar un ciclo con unos esteroides nuevos que supuestamente son muy buenos para crecer sin retener líquido, que es lo que se necesita en el último tiempo antes de competir.

—Esteroides ilegales, supongo.

—Legales, pero para uso veterinario.

—¿Te estabas metiendo drogas para caballos?

—Entre otras cosas.

—¿Qué otras cosas exactamente?

—Acababa de terminar un plan de reguladores hormonales después del primer programa de esteroides del año. También me estaba inyectando insulina y hormona de crecimiento humana. Si no hubiera sido por la hormona, nada de esto habría pasado.

—¿A qué te referís?

—La hormona humana es lo mejor para crecer. Eso y los esteroides son prácticamente imprescindibles si uno quiere competir a un nivel de regional para arriba. Pero la hormona es carísima.

—¿Cuánto es carísima?

—Siete mil dólares por mes.

El comisario y yo nos miramos.

—Si no fuera tan cara, Messi no jugaría en el Barcelona. Cuando le detectaron su problema de crecimiento y ningún club del país le quiso pagar el tratamiento con esa hormona, los padres no se lo pensaron dos veces cuando el Barça se ofreció a hacerse cargo.

—¿Para qué nos estás contando todo esto, Vera? —se impacientó Lamuedra.

—Para que entiendan mi situación. Si no cobraba lo que Ortega me debía, no podía comprar los dos meses de hormona que me faltaban para terminar el programa. Y si no terminaba el programa, no tenía ninguna posibilidad en el torneo.

—¿O sea que le rompiste la cabeza a golpes a un tipo para ganar un torneo de musculosos en Caleta Olivia?

Vera negó con la frente apoyada en sus manos esposadas.

—Ustedes... ustedes no entienden.

—¡Por supuesto que no entendemos! —gritó el comisario juntando las manos en un aplauso violento—. ¿Cómo carajo vamos...

—La hormona es una parte. La otra son los esteroides. Son buenísimos para ganar músculo rápido y no son tan caros, pero tienen muchos efectos secundarios. Yo acababa de empezar un ciclo con una marca que no había probado nunca, y me quemó bastante la cabeza. Es difícil de explicárselo a alguien que no está en este mundo. Esos días estaba casi irreconocible. De un humor pésimo, con ganas de agarrarme a las piñas con el primero que me dijera algo por la calle.

—No sé si esa excusa te va a servir de mucho delante de un juez —contestó el comisario.

Yo no dije nada pero supe que Lamuedra se equivocaba o mentía de

forma deliberada. En la universidad había estudiado varios casos de juicios en los que estar bajo el efecto de esteroides era considerado un atenuante.

—O sea que te enojaste con él y lo mataste a golpes.

Aunque los ojos del prestamista se posaron en la cadena corta que lo ataba a la mesa, su mirada estaba en otro lado, muy lejos de la sala donde lo interrogábamos.

—¿Lo mataste o no lo mataste? —insistió Lamuedra—. Antes nos dijiste que no, pero todavía estás a tiempo de contarnos la verdad. Te lo digo en serio, pibe, lo mejor que podés hacer en este momento es blanquear todo. Mientras más mientas, más grande será el despelote que se te va a armar. No con nosotros, ¿eh? Con la justicia.

Vera tomó entre sus dedos uno de los eslabones de la cadena y lo hizo girar de un lado a otro como quien intenta sintonizar una radio. El movimiento se volvió cada vez más rápido y la cadena comenzó a tintinear. Luego paró de golpe y, tras soltar un largo soplido, habló sin levantar la vista.

—Yo no sabía que había sido para tanto. Solo quería darle un susto, por si se le ocurría alguna idea de cómo conseguir mi plata. Pero se me fue la mano. Fue como si hubiera perdido la noción del tiempo durante esos minutos. Cuando reaccioné, ya era demasiado tarde.

—O sea que lo mataste.

—Sí, pero... Me tienen que creer. Yo no quería hacerle eso al pobre pibe. No soy un monstruo.

De repente, el semblante del prestamista se congeló en una expresión que me resultó familiar. Una expresión que había visto en la cara de muchos detenidos cuando se dan cuenta de que hablaron más de la cuenta.

—Necesito hacer una llamada telefónica —dijo—. A Sergio Bugarti, mi abogado.

—Por supuesto —concedió Lamuedra levantándose de su silla—. Ya mismo te traigo un teléfono. Pero antes tengo una pregunta más. ¿Qué hiciste con las flechas?

—¿Qué flechas?

El comisario se pasó ambas manos por la cara y el pelo mientras largaba un soplido ruidoso.

—Vera, estoy intentando que el hecho de que hayas molido a una persona a palos por plata no interfiera con mi profesionalidad. Pero es casi la una de la mañana y no tengo ganas de que me rompan las pelotas. Voy a hacer de cuenta que no escuché nada y te voy a preguntar de vuelta. ¿Qué

hiciste con las flechas?

—No sé... no sé de qué flechas me habla. De verdad —respondió Vera. Si su cara de desconcierto no era genuina, entonces era un gran actor.

—¡La colección Panasiuk! —rugió Lamuedra dando un puñetazo en la mesa—. El cuadro con flechas de ópalo que desapareció de la casa de Ortega la misma noche que lo mataste.

—¿El que estaba apoyado en el suelo?

Busqué en mi teléfono el artículo del Orden y se lo di para que lo leyera.

—Es ese —asintió—. Me acuerdo que lo vi apoyado en el suelo, contra la pared de la derecha. Pero yo no me lo llevé. ¿Por qué piensan que lo tengo yo?

—Porque con una sola de esas flechas te podrías haber cobrado la deuda.

Los ojos de Enrique Vera se abrieron un milímetro más de la cuenta, pero no dijo nada. De a poco sus labios se curvaron en una mueca extraña que finalmente se transformó en una sonrisa. Negó con la cabeza en un gesto que estaba más dirigido a él mismo que a nosotros.

—Si yo hubiera sabido que ese cuadro tenía algún valor, ¿creen que le habría pegado a Ortega? Me llevaba las flechas y listo, deuda saldada.

Nos quedamos los tres en silencio durante un instante. La lógica de Vera tenía sentido y algo me decía que no nos mentía, que habíamos descubierto al asesino de Julio Ortega pero no al ladrón de la colección.

—¿Tenía vidrio? —pregunté—. ¿Las flechas estaban detrás de un vidrio?

—Sí. Creo que sí. ¿Pero eso qué tiene que ver? Quiero hablar con mi abogado. No pienso decir una palabra más hasta que no me haya reunido con él.

Lamuedra y yo nos miramos. Si Vera decía la verdad y cuando se había ido de la casa el cuadro estaba intacto, entonces alguien había entrado después y lo había robado. Aunque lo de los vidrios rotos recogidos con una escoba seguía sin tener sentido.

Nos despedimos de Vera y salimos de la sala. Por la ventanita en la puerta vi que el prestamista seguía negando con la cabeza, seguramente imaginándose lo diferente que habría sido todo de haber sabido aquella noche lo que le acabábamos de contar.

CAPÍTULO 42

Después de completar todo el papelerío para que Enrique Vera se quedara detenido en la comisaría, volví al juzgado. Al cerrar la puerta del laboratorio me dejé caer sobre mi silla giratoria y respiré hondo varias veces, intentando calmarme.

Vera había matado a Ortega, ¿pero quién tenía la colección Panasiuk? Decidí echar otra mirada a las fotografías de la escena del crimen. Quizás se me había escapado algo. Encendí la computadora del laboratorio, donde tenía todas las imágenes. Mientras esperaba a que aquel bicho obsoleto terminara de arrancar, busqué las copias impresas que tenía guardadas.

Al abrir el armario del laboratorio, me quedé paralizada. La ficha con las huellas digitales que yo había puesto de carnada ya no estaba. Di dos pasos hasta el helecho y metí las manos entre sus hojas hasta dar con la cámara oculta. Traté de sacar la tarjeta de memoria, pero el aparato se me cayó al suelo. Lo recogí e intenté una segunda vez. Entonces sí, mis dedos temblorosos lograron abrir la tapita del costado y presionar la tarjeta de memoria hacia adentro con la uña. El cuadradito de plástico que guardaba la respuesta a todas mis preguntas hizo clic y salió expulsado.

Los tres minutos que tuve que esperar a que mi computadora terminara de arrancar se me hicieron eternos. Cuando por fin pude ver el contenido de la tarjeta, descubrí que tenía tres archivos. La cámara estaba configurada para empezar a grabar al detectar movimiento y cortar después de cinco minutos de quietud. Cada una de estas sesiones se guardaba en un archivo diferente. Hice doble clic en el más reciente y me vi a mí misma entrando en el laboratorio hacía unos minutos.

Lo borré y reproduje el siguiente. En un rincón de la imagen, un reloj marcaba las cinco y cuarto de la tarde cuando Mirna, la mujer de la limpieza, entró a pasar la aspiradora por el laboratorio. Durante los cuatro minutos que estuvo en mi despacho, ni siquiera miró la puerta del armario. Tampoco tocó ni limpió nada encima de las mesas o escritorios —de hecho, tenía prohibido

hacerlo—. Cinco minutos después de que se llevara la aspiradora, la grabación llegó a su fin.

Abrí el último archivo. El reloj del rincón de la pantalla marcaba las dos y diecisiete de la madrugada. Una silueta entró al laboratorio y encendió la luz de espaldas a la cámara. Reconocí el uniforme azul y las botas negras. Era sin duda un policía al que le había tocado quedarse de guardia en el juzgado la noche anterior. Había algo familiar en su cuerpo redondeado y su pelo fino y muy corto, pero no logré reconocerlo.

Caminó derecho al armario, lo abrió y hurgó unos segundos hasta encontrar la ficha con las impresiones. Después de examinarla un rato la dobló en cuatro partes y se la guardó en el bolsillo del pantalón. Entonces se dio la vuelta le vi la cara durante un par de segundos que me resultaron suficientes para reconocerlo.

La persona que acababa de morder el anzuelo no era otra que el sargento Debarnot. El mismo que había encontrado el cuerpo sin vida de Julio Ortega hacía quince días.

CAPÍTULO 43

El comisario miró su teléfono otra vez. Ya faltaba menos para las ocho de la noche. Diez minutos y Debarnot entraría a la comisaría para empezar su turno.

Al enterarse de lo que había pasado, Lamuedra había ido personalmente a buscar a Debarnot a la casa, pero su mujer le dijo que había salido a llevar a la hija al parque. Al confirmar que la mujer decía la verdad, Lamuedra había decidido cambiar de estrategia y esperar a que Debarnot se presentara a trabajar para hablar con él. Así evitaba escándalos con la familia y la posibilidad de que algún pseudoperiodista o chismoso aficionado se enterara de que la policía se llevaba preso a uno de sus suboficiales.

—A ver, dejámelo ver otra vez —me dijo poniendo ambas manos sobre el escritorio de madera lustrada de su oficina en la comisaría.

—Es él. No cabe duda de que es él —protesté.

—Dejame verlo de vuelta.

Saqué de mi mochila la computadora portátil, la puse sobre el escritorio y reproduje por enésima vez la grabación. Observamos en silencio los cuarenta y cinco segundos de video que dejaban claro que Debarnot había robado la falsa evidencia.

—Vergüenza le tendría que dar —gruñó Lamuedra al finalizar la secuencia—. Dishonar así a la Policía de Santa Cruz, que no solo le dio de comer a él sino a su padre también. Si el Flaco Debarnot pudiera, estoy seguro de que se levantaría de la tumba para romperle el culo a patadas.

Entonces sonó el teléfono. Lamuedra atendió apretando el auricular contra su oído.

—Ya voy para allá —dijo levantándose de la silla antes de colgar. Luego se dirigió a mí—. Debarnot ya está en la sala de interrogaciones.

CAPÍTULO 44

La sala era la misma en la que hacía apenas ocho horas habíamos interrogado a Enrique Vera, con la diferencia de que ahora había dos policías custodiando la puerta en vez de uno. El más alto sostenía un trapo con hielo contra su ceja.

—¿Encima te pegó? —le preguntó Lamuedra.

—No le gustó nada que lo agarremos por sorpresa cuando entró a la comisaría.

—Lo tuvimos que atar —agregó el otro policía haciendo chocar sus muñecas varias veces.

Me asomé a la ventana de la sala de interrogaciones. Debarnot tenía el uniforme arrugado del forcejeo con sus compañeros y estaba esposado a la misma argolla que horas antes había sujetado a Enrique Vera.

—No te preocupes, Ramírez —dijo Lamuedra señalando la ceja del policía alto—, esta también se la voy a hacer pagar.

El comisario abrió la puerta y me hizo un gesto para que lo siguiera.

—¿Qué es esto, comisario? —preguntó Debarnot.

Lamuedra lo miró con odio y negó lentamente con la cabeza. Antes de hablar, se señaló con un dedo los zapatos perfectamente lustrados.

—De este lado de la mesa se hacen las preguntas. De ese, se responden.

El comisario se volvió hacia mí como esperando que dijera algo. Me limité a poner la computadora sobre la mesa. Debarnot nos observó en silencio, su mirada alternando cada pocos segundos entre Lamuedra y yo.

—A ver si reconocés a este tipo —dijo el comisario.

Debarnot vio en la pantalla a su propia silueta acercarse al armario. Sin siquiera esperar a la parte en la que se lo veía de frente, se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos esposadas a la cara. El tintineo de la cadena que lo unía a la argolla de metal era el único sonido en la sala.

—¿A quién estabas intentando proteger, Debarnot? ¿De quién son las huellas que hiciste desaparecer?

El policía hundió más aún la cabeza en sus manos e inspiró profundamente.

—No sé en qué estaba pensando, comisario.

—¿De quién son las huellas, Debarnot? —insistió Lamuedra.

Los ojos marrones y vidriosos del suboficial se alzaron hasta encontrarse con los del comisario.

—Son mías —dijo sosteniéndole la mirada a su superior.

—¿Vos tuviste algo que ver con la muerte de Julio Ortega? —bramó Lamuedra con tanta fuerza que las últimas sílabas le salieron con falsete—. ¿Un miembro de la policía?

Debarnot se apresuró a negar con la cabeza y levantó las manos esposadas, mostrándonos las palmas.

—No, no. Yo no lo maté, comisario. Se lo juro. Cuando llegué a la casa ya estaba muerto. Es tal cual les conté. Pasaba por ahí y me pareció sospechoso que la puerta estuviera abierta en pleno invierno. Entonces entré y descubrí el cadáver de Ortega. Se lo juro por mis hijas, comisario. Yo no le toqué ni un pelo.

Lamuedra se cruzó de brazos.

—Lo primero que hice fue notificar a comisaría para que enviaran gente. Y mientras esperaba, descubrí el cuadro con las flechas. Estaba apoyado en el suelo, en un rincón del comedor. Me equivoqué, reconozco que nunca tendría que haberlo tocado siquiera, pero fue una especie de impulso que no pude controlar. Me imaginé que quedaría espectacular colgado en mi casa.

—Entonces decidiste robarlo —sugerí.

Debarnot cerró los ojos por un momento con la expresión de alguien que se arrepiente genuinamente aunque sabe que ya es demasiado tarde.

—Sí, no hay otra palabra para describir lo que hice. Agarré el cuadro y me lo llevé al auto. De los nervios, antes de salir de la casa lo golpeé con una pared y el vidrio se rompió.

Aquello explicaba por qué habíamos encontrado trozos de vidrio y una flecha en la escena del crimen. También explicaba por qué Debarnot había hecho desaparecer las impresiones que yo había levantado de los fragmentos: porque eran suyas.

—Pensé en barrer los vidrios y fui a buscar una escoba por la casa

—dijo el policía como si hubiera leído en mi mente la siguiente pregunta—, pero apenas empecé a recogerlos oí la sirena.

—Por eso encontramos los pedazos de vidrio apilados junto a la escoba —dijo Lamuedra mirándome.

—¿Qué hiciste con la ficha con tus huellas dactilares que robaste de mi armario? —pregunté.

Debarnot se miró las manos esposadas durante un instante. Antes de hablar, cerró los ojos.

—Las quemé. Tenía miedo de que al encontrar mis huellas en el vidrio pensarán que yo había tenido algo que ver con el homicidio.

—¿Y no es así?

—Les juro que no. Ya les dije, cuando lo encontré estaba muerto. Lo de llevarme las flechas fue un error estúpido, no sé cómo pedir disculpas. Me tiene que creer, comisario, de policía a policía, usted sabe que yo jamás haría algo así.

—En mi diccionario, ladrón es exactamente lo contrario de policía —zanjó Lamuedra—. Y encima ladrón reincidente.

—¿Reincidente? ¿A qué se refiere?

—¡Al asalto al museo, suboficial! A la privación ilegal de la libertad del arqueólogo Alberto Castro. A meterlo adentro de un armario atado de pies y manos para robar patrimonio cultural. ¿Qué excusa vas a poner para eso?, ¿que te gustó tanto la colección que no pudiste resistir la tentación de completarla? ¿Que una fuerza irresistible te llevó a querer reunir todas las flechas? ¿Qué es esto, *El señor de los anillos*?

—No, comisario. Yo con lo del museo no tuve nada que ver.

Lamuedra entrelazó los dedos y apoyó en ellos su barbilla, largando un sonoro soplido por la nariz.

—Mirá, Debarnot, te voy a ser claro. No sé si me jode más lo que hiciste o que ahora nos trates de estúpidos. Más allá de que en tu puta vida vas a volver a trabajar de policía, me decepcionaste a nivel personal. Traicionaste a la fuerza policial, a todos tus compañeros de trabajo y como si eso fuera poco, insultaste la memoria de tu viejo. Increíble que de un policía estelar como tu padre haya salido algo así.

—Tiene razón, comisario. Seguramente este error me cueste más que mi trabajo, y me hago cargo. Pero yo no soy ningún asesino. Y tampoco robé el museo.

—Supongamos que eso fuera verdad —intervine—. ¿Dónde están las

flechas que sí robaste?

—No sé. Las vendí a los pocos días de encontrarlas.

—De encontrarlas no, de robarlas —puntualizó Lamuedra—. Además, ¿no te las habías llevado para colgarlas en tu casa?

—Me asusté y me las quise sacar de encima lo antes posible. En ese momento ya estaba arrepentido de lo que había hecho, pero era demasiado tarde para volver atrás.

—¿A quién se las vendiste? —pregunté.

—No sé. Puse un aviso en Mercado Fácil y a las pocas horas me contactó un tipo ofreciéndome una buena plata con la condición de que quitara inmediatamente el anuncio de la web. Y acepté.

Eso coincidía exactamente con el relato del coleccionista Menéndez-Azcuénaga: un anuncio en internet ofertando las flechas que apareció y desapareció en menos de un día.

—Pero le habrás visto la cara al comprador a la hora de hacer la transacción —ofrecí.

Debarnot negó con la cabeza.

—Me citó en la ruta tres, a pocos kilómetros de Caleta Olivia. Abajo de los sauces.

Cualquier persona de la zona sabía exactamente a qué sauces se refería Debarnot. En uno de los lugares habitados más áridos del mundo, los únicos dos sauces en un trayecto de asfalto de más de mil kilómetros eran todo un accidente geográfico.

—No me mostró la cara. Tenía un pasamontañas en la cabeza y apenas habló. Me pidió las flechas, las miró durante un buen rato, me dio la plata y me hizo señas para que me fuera.

—¿Cuánto te pagó? —pregunté, más por curiosidad que por otra cosa.

Debarnot se retorció un poco en su silla, incómodo.

—Bastante.

—¿Cuánto?

—Cincuenta mil.

—¿Dólares?

—No, pesos.

Hice la cuenta en mi cabeza. Aquello no llegaba a tres mil dólares. Cien veces menos de lo que Ariel me había dicho que podía valer ese cuadro. Evidentemente, Debarnot no tenía ni idea de lo que estaba vendiendo.

—¿Qué nos podés decir del tipo? ¿Color de ojos? ¿Cómo era su voz?

—Ojos marrones. Voz masculina. Más detalles no tengo, porque hablé muy poco.

—¿Y su contextura física?

—Mediana, diría yo. Metro setenta y cinco más o menos.

—¿Dirías que era un tipo muy musculoso? ¿Una persona que pasa mucho tiempo en el gimnasio? —quise saber.

—No, musculoso no, pero estaba en buena forma.

—¿Edad estimada?

—No tengo ni idea. Ni siquiera los dientes le vi, porque el pasamontañas era de esos que no tienen agujero en la boca. Evidentemente el tipo tenía miedo a que lo reconociera.

—O a que lo vieran haciendo una operación totalmente ilegal con un policía —bramó el comisario.

—Antes de encontrarse conmigo él no tenía forma de saber que yo era policía.

—¿Para qué lado se fue después de comprarte las flechas? —pregunté.

—No sé. Me indicó que yo me fuera primero.

—¿Qué vehículo tenía?

—No tenía.

—¿Cómo que no tenía? —pregunté incrédula—. El lugar donde te encontraste con él está en el medio de la nada.

—La transacción la hicimos debajo del puente, y no había ningún coche ni ahí ni a los costados de la ruta. No hay forma de esconder un vehículo por esa zona, y menos en pleno día.

Debarnot tenía razón. Era imposible esconder un auto en aquella planicie. El puente al que se refería sorteaba el lecho de un arroyo completamente seco, salvo en las contadas ocasiones en que la meseta recibía alguna lluvia.

—Alguien lo debe haber llevado hasta ahí y después lo pasó a buscar. Quizás justamente para que yo no reconociera el vehículo —agregó el policía—. ¿Ven que el tipo tomó muchísimos recaudos para que no lo identifiquen? Para mí que era del pueblo.

—Suponiendo que decís la verdad...

—Digo la verdad —me interrumpió.

—Suponiéndolo, la persona que te compró las flechas estaba en Deseado hace tres días. Tiene que ser el mismo que robó la única flecha Panasiuk de las casi diez mil piezas que hay en el museo. ¿De qué color era el

pasamontañas?

—Gris, me parece.

—¿Todo gris?

Debarnot miró hacia el techo intentando evocar la imagen. Sus ojos, que se movían erráticos, tenían la sumisión desesperada de quien desea arreglar un daño irreparable.

—Sí. En los agujeros de los ojos tenía un borde negro. Lo demás era gris.

El comisario y yo nos miramos. La descripción del pasamontañas coincidía con la de la persona que había robado el museo y encerrado a Alberto Castro en un armario tres días atrás.

CAPÍTULO 45

Cuando terminamos de hablar con Debarnot, el comisario le dijo que a partir de ese momento quedaba apartado de su cargo y sin sueldo por tiempo indeterminado. Después le explicó que seguramente se le iniciaría una causa penal por robo y por «entorpecimiento del buen funcionamiento de la administración de justicia», agravada por formar parte del cuerpo policial. Cuando el suboficial indicó que entendía lo que le acababan de decir, Lamuedra ordenó a los escoltas que esperaban fuera de la sala de interrogación que le quitaran las esposas.

—¿Lo va a dejar irse a su casa como si nada? —pregunté cuando Debarnot abandonó la sala.

—Como si nada, no. Entró siendo un policía y se va siendo un civil.

—Pero se va.

—La falta es grave, y le vamos a iniciar un juicio, pero no tenemos forma de justificar una detención en este momento. Todo a su tiempo.

Inspiré hondo para intentar calmarme. Me sorprendió que me indignase tanto que Debarnot saliera libre. Después de todo, yo conocía casos de delitos mucho peores por los que nadie había ido preso.

Quince minutos más tarde la jueza Echeverría entró al despacho del comisario tras dar dos golpecitos en la puerta. Yo la había llamado por teléfono con la intención de ponerla al corriente del robo de evidencia en su juzgado, pero ella prefirió que lo habláramos en persona.

Cuando Lamuedra terminó de contarle lo que nos había dicho Debarnot, nos quedamos los tres en silencio.

—Yo creo que dice la verdad —sugerí al cabo de un buen rato—. Le gustaron las flechas, se las quiso llevar y tuvo la mala suerte de romper el cuadro en la entrada de la casa. Después le entró la paranoia y se lo quiso

sacar de encima. Y para cubrirse las espaldas, hizo desaparecer del armario del juzgado la ficha con sus huellas.

—Supongamos por un momento que dice la verdad —concedió el comisario—. Entonces quien sea que le compró las flechas está intentando completar la colección. Por eso robó la del museo.

—Eso mismo piensa Alberto Castro —ofreció la jueza Echeverría—. Esta mañana estuve desayunando con él en su hotel.

—¿Cómo está? —pregunté—. Yo tenía pensado ir a verlo hoy o mañana.

—Le vas a dar una alegría. Está bien, aunque todavía un poco en shock. Además, creo que de alguna manera se culpa por no impedir que robaran el museo.

—Lo único que nos faltaba era que se hubiese hecho el héroe —protestó el comisario—. Si hubiera tratado de detener al atacante, capaz que ahora tendríamos dos muertos en vez de uno.

Asentí, y el recuerdo de Castro atado dentro del armario me dejó un mal sabor de boca.

—Repasemos los siguientes pasos, entonces —propuse—. Al atacante de Castro le faltan dos flechas para reunir las quince de la colección Panasiuk: la que está en la estancia El Atardecer y la que tenemos nosotros en la caja fuerte del juzgado.

—Lo primero que hay que hacer es avisar a la gente de la estancia para que tengan mucho cuidado —dijo Echeverría.

—Yo se lo dije cuando fui a verlos con Manuel —acoté—. Pero los voy a llamar para recordárselo y sugerirles de nuevo que traigan la flecha al juzgado para guardarla en nuestra caja fuerte.

—Me parece una buena idea. Más a salvo que ahí no va a estar. Sólomente Estela y yo tenemos la combinación de esa caja.

Estela era la jueza subrogante, la que reemplazaba a Delia Echeverría cuando ella no estaba disponible. Pero había sido madre ese año y llevaba meses sin pisar el juzgado.

—Volvamos a la muerte de Ortega por un momento —añadió Echeverría—. Vera que dice que lo mató a golpes en un ataque de ira exacerbado por el efecto de los esteroides. Entonces el móvil de ese crimen es un ajuste de cuentas por una deuda de juego enorme.

—Y suponiendo que Debarnot dice la verdad, ahora sabemos que es cierto que el prestamista no tuvo nada que ver con la desaparición de las

flechas.

—O sea que tenemos dos casos separados —concluyó el comisario—, el crimen de Ortega y el robo de las puntas de flecha.

—Tres —corregí—. Si le creemos a Debarnot, tenemos tres casos. El homicidio y el robo de la colección ya están resueltos. Nos falta saber quién robó el museo.

—Es cierto —reconoció Lamuedra—. Y es muy probable que sea la misma persona que le compró las flechas a Debarnot. La descripción física coincide con la que nos dio Castro sobre su atacante: contextura saludable pero no de gran musculatura, metro setenta y cinco, pasamontañas gris con un borde negro en torno a los ojos.

CAPÍTULO 46

La jueza Echeverría me llevó de vuelta al juzgado, donde yo había dejado mi coche, y se fue a su casa. Entré al edificio con la intención de dejar unos papeles y hacer lo mismo que ella, pero apenas puse un pie en mi laboratorio cambié de opinión y encendí la computadora. No tenía muy claro qué iba a hacer, pero no podía irme a casa a quedarme de brazos cruzados.

Mientras la máquina arrancaba, marqué en mi teléfono el número de Lali, la dueña de la estancia El Atardecer.

—*El número al que usted llama se encuentra apagado o fuera del área de servicio.*

Recordé que en la casa de la estancia casi no tenían señal de teléfono. Según Lali, dependiendo del clima y en qué parte de la casa estuviera, a veces tenía una rayita de cobertura, pero en general estaban aislados. Subía una vez por día a un cerro a recibir mensajes y devolver llamadas, normalmente a la mañana. Yo la estaba llamando a las once de la noche.

Volví a marcar su número y otra vez me topé con la misma voz robótica. Decidí dejar un mensaje.

—Hola Lali, te habla Laura Badía, del juzgado. Lali, no te quiero asustar, pero creo que las probabilidades de que alguien intente robarte esa flecha tornasolada que nos mostraste son muy, muy altas. Mucho más de lo que creíamos el día que te fuimos a ver. Así que te pido que andes con ojos en la nuca y traigas la flecha al pueblo cuanto antes para guardarla por un tiempo en un lugar seguro. Como te dije el otro día, en el juzgado tenemos una caja fuerte. No te preocupes que no te la vamos a quitar, es simplemente para proteger la pieza y protegerlos a ustedes hasta que se resuelva este caso. Cuando escuches esto llámame, por favor. Besos.

Corté y me quedé mirando el aparato. ¿Habíamos hecho bien en dejar que esa mujer conservara la flecha en su casa, sabiendo el peligro que corría? Una pequeña voz fue apareciendo en mi cabeza. Me decía que si le pasaba algo —o ya le había pasado—, era culpa nuestra.

La vibración del teléfono en mis manos me sacó de aquellos pensamientos. En la pantalla apareció la foto de perfil de mi tía Susana. Era en blanco y negro, de hacía muchos años. La mujer joven y fuerte que mi tía había sido apuntaba su Browning de nueve milímetros a la cámara.

—Hola, tía —atendí.

—Nena. Soy yo, la tía Susana.

Su voz sonaba temblorosa, como si hubiera estado llorando.

—Sí, ya lo sé tía. ¿Te pasó algo?

Hubo un silencio.

—¿Tía? —insistí, levantándome de la silla de un respingo.

Lo que siguió fueron unas frases pronunciadas con un tono muy distinto al suyo. Habló de manera monocorde, tropezándose con las palabras. Claramente, estaba leyendo algo en voz alta.

—Laura, si me querés volver a ver con vida traé la flecha tornasolada a los sauces del kilómetro 1934 de la ruta 3, antes de llegar a Caleta Olivia. Vení sola hoy a las dos de la mañana. Si te aparecés con alguien, mi muerte va a ser tu responsabilidad.

—Tía, ¿con quién estás? ¿Estás bien?

La comunicación se cortó y sentí que las piernas se me transformaban en gelatina. Tuve que aferrarme a la mesa del laboratorio para no desplomarme al suelo.

CAPÍTULO 47

Recorrí el laboratorio con largas zancadas pensando qué hacer. Lo correcto era avisar al comisario y a la jueza, porque no solo había una persona en peligro sino que la extorsión tenía relación con el caso que investigábamos. Yo había participado en muchas simulaciones de secuestros durante la academia de policía, pero nada, absolutamente nada, me habría podido preparar para un momento así. Había algo dentro de mí, una especie de instinto animal, que me obligaba a proteger la vida de mi tía a toda costa. Y si eso implicaba ir sola a encontrarme con quien carajo fuera que la había secuestrado, así sería.

Mis prioridades estaban claras: tenía que abrir la caja fuerte del juzgado para acceder a la punta de flecha. Lo que no estaba claro para nada era cómo hacerlo, porque solo la jueza y la subrogante tenían la combinación. Miré el reloj. Eran las once y media de la noche, y para llegar adonde había indicado mi tía se necesitaban dos horas. Tenía treinta minutos para conseguir la flecha.

Llamé por teléfono a Echeverría pero no hubo respuesta.

Marqué el número de la subrogante. Mientras esperaba a que se estableciera la comunicación, en mi cabeza iba inventándome excusas para justificar molestarla a esas horas y durante su licencia. No hizo falta nada de eso porque una operadora me dijo que el teléfono estaba apagado.

Con ganas de estrellar el aparato contra el suelo, me lo puse en el bolsillo y caminé un poco más por el laboratorio, deslizando la mano por la mesa de acero inoxidable. Después de varias vueltas, me encaminé hacia la oficina de Echeverría.

Como siempre, la puerta estaba sin llave. Levanté un poco la pantalla de la computadora de la jueza y deslicé mis dedos por debajo hasta dar con las aristas metálicas de una llave. Yo misma había visto a Echeverría esconderla allí mil veces.

—Total, aunque la encuentren no sirve de nada sin la combinación

—me había dicho en una ocasión.

Caminé hacia la ventana y me arrodillé frente a la caja fuerte gris. Metí la llave en la cerradura y le di media vuelta con la esperanza de que el último que la hubiese abierto se hubiera olvidado de descorrer la combinación. El mecanismo soltó un chasquido engrasado y giró un poco, pero la puerta sólida no se movió ni un milímetro.

En ese momento me di cuenta de que ni siquiera sabía de cuántos números era la combinación. Por suerte, las letras doradas en el dial indicaban la marca y modelo de la cerradura. Ideal para hacerle una pregunta al doctor Google.

«La cerradura de combinación Sargent & Greenleaf 6739 está dotada de un tambor de tres ruedas, de modo que se abre con una combinación de tres números de dos cifras entre uno y noventa y nueve. Para introducir el código, se gira el dial al menos cuatro vueltas en sentido antihorario hasta detenerse en el primer número de la combinación. Luego, se gira en sentido horario hasta que el segundo número pasa tres veces por el indicador, y luego de nuevo en antihorario dos veces, hasta detenerse en el tercer número».

Dejé de leer cuando el artículo mencionaba que había un millón de posibles permutaciones de tres números de dos cifras.

A ver, pensá, Laura. Si vos fueras la jueza, ¿qué combinación elegirías? Recordé el simpático cuadro con números dotados de brazos y piernas que celebraban en un bar. Siempre había sospechado que esa pintura escondía la combinación. Más aún desde que había oído sin querer trozos de una conversación al respecto entre la jueza y la subrogante.

Pero los personajes del cuadro eran los diez dígitos de una cifra y yo necesitaba tres números de dos. Además, ¿cómo relacionar un número ocho tomando tequila o un cuatro con medias de red bailando cancan con los que abrían la caja?

Probé sin éxito varias secuencias, la mayoría demasiado enrevesadas. Cuando se me acabaron las ideas, dejé de lado el cuadro e intenté otras cifras más mundanas. La primera fue la fecha de nacimiento de la jueza: 22-03-62. Nada. Luego busqué en Facebook a la subrogante, rogando que su cumpleaños estuviera disponible para sus amigos. 18-12-77. Tampoco. Intenté invirtiendo los números y luego probé, también sin éxito, la fecha en que habían inaugurado el edificio del juzgado.

Apoyé el oído contra el metal frío y giré la rueda como había visto en las películas sin saber exactamente para qué lo hacía. Solo oí el zumbido

monótono del cilindro girando sobre su eje aceitado. Le di un puñetazo a la puerta, golpeándome el meñique con el borde filoso del tambor. Lo único que logré abrir fue mi piel.

Chupándome la gota de sangre que brotó de la herida, me incorporé, respiré hondo y miré el reloj. Para llegar a tiempo, tenía que salir en ese mismo momento. Entonces me invadió una sensación de impotencia, de rabia enorme y le pegué una patada a la rueda de las combinaciones con toda mi fuerza. La caja no se movió ni un centímetro, pero algo hizo *crac* dentro de mi zapato. No pude contener un gruñido de dolor.

—Laura, ¿qué estás haciendo?

La voz de la jueza sonó severa a mis espaldas.

Me di vuelta y la vi con las manos en los bolsillos del pantalón de su traje gris. Sus ojos alternaban entre mi cara y la llave dorada puesta en la cerradura de la caja fuerte.

CAPÍTULO 48

—¿Qué hacés intentando abrir la caja fuerte a patadas, Laura?

—Tuve una idea —balbuceé. La jueza arqueó las cejas ante mis palabras sin sentido—. Se me ocurrió que podría hacer un molde en yeso de la flecha.

No sé por qué le dije eso, pero fue lo primero que se me ocurrió.

—¿Un molde? ¿Para qué?

—Podríamos hacer una réplica con resina y meterle un GPS adentro. Luego usamos la flecha falsa de carnada para encontrar el resto de la colección.

—¿Un GPS adentro de una punta de flecha? Vos estás viendo demasiadas películas de espías.

—No, ¡para nada! Hay dispositivos muy pequeños hoy en día —dije sin tener la menor idea de si era verdad.

—Además, por muy buena que sea la resina, no engañará a un coleccionista experto.

—Solo necesitamos que se crea por unos minutos que tiene la flecha verdadera. Además, encontré por internet una resina especial que imita al ópalo. La usan mucho en joyería.

Otra enorme mentira. Mierda, mierda, mierda, era imposible que Echeverría se tragara esa sarta de bolazos que no se sostenían por ningún lado.

—¿Y este plan a lo James Bond no podía esperar hasta mañana?

—Usted sabe cómo soy, Echeverría. Además, no le voy a explicar a usted lo importante que es este caso para mí. Disculpe por ser una adicta al trabajo. Debería tomar su ejemplo y no estar nunca en el juzgado después del horario de oficina —dije señalando un reloj colgado en la pared.

La jueza se rió entre dientes.

—Mirá, Laura, mi situación y la tuya son muy distintas. Vos sos joven todavía. Deberías aprovechar estos años. Después te vas a arrepentir de

haberte pasado todo tu tiempo en el trabajo.

Echeverría largó un suspiro y se apoyó sobre el escritorio.

—Yo me arrepentí demasiado tarde, cuando ya lo había perdido todo. Es una historia larga que no suelo contar, pero me parece que te haría bien escucharla. ¿Tenés tiempo para la confesión de una adicta al trabajo derrotada?

No, pensé. No había nada que quisiese menos en ese momento que una historia larga.

—En realidad estoy un poco apurada, ¿lo podemos dejar para otro momento?

—¿Apurada? ¿A las doce de la noche?

—Quiero meter la flecha en yeso así mañana a la mañana ya la puedo desmoldar.

—Ah claro, y pensaste que la forma más rápida de abrir la caja fuerte era a patadas.

Miré al suelo y me puse las manos detrás de la espalda, como una nena a la que retan en el colegio.

—En realidad —dije por lo bajo—, hace un tiempo escuché una conversación entre usted y Estela en la que mencionaban la caja fuerte y ese cuadro. Entonces intenté con varias combinaciones de los números. Estaba tratando de abrirla para ganar tiempo. Le juro que si lo lograba, mañana a primera hora se lo iba a decir.

La jueza negó con la cabeza y resopló con un aire de reprobación.

—¿Cuándo se van a hacer las cosas bien en este juzgado, Badía? —dijo acercándose al cuadro con los números y descolgándolo.

Al darle la vuelta a la pintura, me señaló un rincón en el que había una secuencia de tres números escrita a lápiz.

—Dictámelos en orden inverso al que están escritos. Yo la abro muy poco y no me los sé de memoria.

¿Cómo no se me había ocurrido mirar del otro lado?, pensé, reprendiéndome a mí misma mientras la jueza se agachaba frente a la cerradura.

—Nueve. Cincuenta y ocho. Veintidós —dije y los repetí mentalmente varias veces para memorizarlos.

Tras girar la rueda a un lado y a otro durante unos segundos, Echeverría tiró con fuerza del pequeño picaporte y la puerta de hierro se abrió con un ligero chirrido de las bisagras gruesas.

—Acá tenés la flecha que no te deja dormir, Badía. Hacé lo que tengas que hacer con el yeso, pero la dejás que se seque adentro de la caja fuerte, ¿me entendiste? Antes de irte, metés el molde con la flecha y la cerrás. Y que sepas que mañana mismo llamamos a un cerrajero para que cambie la combinación.

—Gracias, su señoría.

Sin decirme nada, Echeverría cerró la caja fuerte y salió del despacho. La oí bajar las escaleras y meterse en el archivo del juzgado.

Me guardé la flecha en el bolsillo de la campera y corrí hacia mi laboratorio. Agarré un vaso de plástico y le eché varias cucharadas grandes de yeso en polvo. Agregué agua y revolví lo más rápido que pude, salpicando gotitas blancas sobre la mesa y mi ropa.

Una vez que la pasta estuvo lista, la vertí en un recipiente de plástico del tamaño de un paquete de cigarrillos y lo cerré. Volví a la oficina, lo metí en la caja fuerte y cerré la puerta como me había ordenado Echeverría.

Me puse la mano en el bolsillo y sentí el tacto frío de la punta de flecha. La apreté entre los dedos mientras me encaminaba hacia la salida. La jueza todavía seguía en el archivo. Al ver que me aproximaba, el policía que escoltaba la puerta se levantó de su silla e hizo girar la llave puesta en la cerradura para abrirme.

Salí a la noche fría, crucé la calle con paso apurado y me subí al Corsa. Clic, fue todo lo que oí al girar la llave. Clic de nuevo. Otro clic.

—Vamos, no me abandones ahora —le pedí en voz baja a mi auto, pero no hubo caso. Maldije a todos los que hasta ese momento me habían dicho con una sonrisa «un día te va a dejar tirada» y me bajé dando un portazo.

Miré a ambos lados de la calle. Estaba desierta. Entonces oí la puerta del juzgado y el policía que me acababa de abrir abandonó su puesto para cruzar hacia mí.

—¿Qué pasa, no arranca? —preguntó con la actitud de superhéroe de muchos hombres ante una mujer con un problema mecánico.

—Es la batería. Hace rato que venía fallando.

—Ah, bueno, si querés puedo arrimar el mío y hacemos un puente para que arranque.

—No, no hace falta —dije, mirando el reloj para descubrir que debería

haber salido a la ruta hacía más de veinticinco minutos.

—Pero mirá que no me cuesta nada...

—No.

Al oír mi respuesta tajante, el policía me mostró las palmas, disculpándose.

—Bueno, era una idea nada más.

—Perdoname, estoy un poco estresada estos días —dije, posando mi mano sobre uno de sus brazos—. ¿Te puedo pedir un favor enorme?

—Lo que quieras.

—¿No me prestarías tu auto para ir a comprar cigarrillos?

—No sabía que fumabas.

—Muy de vez en cuando —sonreí.

—Llévate, no hay drama —dijo y hurgó en sus bolsillos hasta dar con un llavero con el escudo de Boca Juniors. Ofreciéndomelo, señaló el único coche a la vista además del mío y el de la jueza—. Es ese Clio blanco.

—Muchas gracias. Vuelvo en un ratito —dije.

—Yo no me muevo de acá hasta las siete. Usalo todo lo que necesites.

Te tomo la palabra, pensé, pero me limité a sonreírle y troté hacia el Renault del policía.

Arrancó con la primera vuelta de llave. Al mirar el teléfono para ver la hora, descubrí que tenía un mensaje de voz. Lo reproduje mientras me alejaba despacio del juzgado.

—Hola Laura, soy Lali, de la estancia El Atardecer. Recibí tu mensaje sobre la flecha y quiero decirte que no hay de qué preocuparse. Ayer estuvo por acá Alberto Castro, el arqueólogo, y me dijo lo mismo que vos, que hay alguien intentando reunir la colección y que lo mejor era guardar la punta en la caja fuerte del juzgado. Me dijo que apenas llegara a Deseado, te llamaría para dártela. Así que no te preocupes, que la pieza está a salvo. A lo mejor llegó muy tarde y no te llamó para no molestarte.

Entonces, al fin, lo entendí todo. Di un puñetazo al volante y apreté el acelerador a fondo.

Lali se equivocaba. Castro sí que me había llamado, pero había hecho hablar a mi tía.

CAPÍTULO 49

Después de una hora y cuarto a casi ciento cincuenta kilómetros por hora, las siluetas de los dos sauces se recortaron en el resplandor amarillento que la ciudad de Caleta Olivia proyectaba detrás del horizonte. Como esperaba, no había ningún vehículo a la vista. Solo los dos árboles de siempre junto a un pequeño puente que sorteaba el lecho de un río sin agua.

Salí del asfalto y tomé un estrecho camino de tierra que bajaba de la ruta al río seco. Mis focos iluminaron las ramas de unos pocos sauces más —no llegaban a diez en total—, que el viento y la eterna sequía habían hecho crecer chatos y ladeados. Detrás del más grande, un coche estacionado junto al puente me hizo señas de luces.

Alberto Castro salió con un revólver calibre veintidós en la mano. No llevaba un pasamontañas en la cabeza, ni nada que intentara ocultar su identidad. Rodeó el coche, abrió la puerta del acompañante y le extendió a mi tía una mano que ella tardó varios segundos en decidirse a agarrar. Luego la ayudó a bajarse del vehículo con caballerosidad y le apuntó casi con timidez. De mala gana.

—Apagá el motor, las luces y bajá del coche —me gritó el arqueólogo achinando los ojos, encandilado por mis focos.

Obedecí. Al silencio de la noche solo lo interrumpían las hojas de los sauces que se meneaban con el viento. Miré hacia arriba y divisé apenas las vigas de cemento que sostenían una de las rutas más largas del país. A nuestra derecha, la luna llena daba a la figura ondulante de los sauces una pátina plateada.

Alberto Castro estaba de pie un paso por detrás de mi tía. No la tenía sujeta por ningún lado, sino simplemente le apuntaba en medio de los riñones con el revólver.

—Dejá el arma en el suelo —me gritó.

—¿Qué arma?

—El arma en el suelo —insistió y hundió un poco el cañón en la

espalda de mi tía. Ella cerró los ojos y dio un pasito hacia adelante.

El tono del arqueólogo me dejó helada. Hablaba con una cadencia nerviosa, como quien no quiere estar haciendo lo que hace. Como a quien le duele cada minuto de un esfuerzo extremo.

Me metí la mano por debajo de la campera y saqué la Browning de la cartuchera que llevaba atada a la cintura. Apreté el retén y el cargador cayó a mis pies. Luego deslicé la corredera de la pistola hacia atrás y la bala en la recámara saltó al suelo, rebotando entre las piedras con un tintineo metálico. Tiré la pistola, completamente inofensiva, a mi derecha.

—Acercate.

Di unos pasos hacia él.

—Hasta ahí —dijo cuando estuve a unos cinco metros—. La flecha. Tirámela. Sin hacer cosas raras, Laura. Por favor.

Sus últimas palabras salieron casi entrecortadas y noté un destello plateado en la cara del arqueólogo. Era el reflejo de la luna en una lágrima que le bajaba hasta la barba blanca.

—Tirá la flecha —insistió, e hice lo que me pidió.

Castro cazó al vuelo la cajita de plástico sin dejar de apuntar a mi tía con la otra mano. Sacó una pequeña linterna del bolsillo, la encendió y se la puso en la boca. Siempre con una mano, abrió la cajita para comprobar su contenido.

—Métase en el auto de su sobrina, señora. Disculpe el mal rato.

El arqueólogo se guardó la linterna y la flecha en el mismo bolsillo. Mi tía dio un paso tímido hacia adelante. Luego otro, y otro más hasta caminar todo lo rápido que puede hacerlo una persona de setenta y tres años sobre un lecho de canto rodado.

—Vámonos de acá, Laura. Este tipo está loco —me dijo al pasar junto a mí, y después de un par de pasos más se desplomó en el suelo.

CAPÍTULO 50

—¿Está bien, señora? —preguntó Castro haciéndome señas de que no me moviera de donde estaba.

Mi tía no contestó pero se giró y lo miró con odio. Se había golpeado la nariz en la caída y la sangre le brotaba en gotas gordas y frecuentes. Se incorporó como pudo hasta lograr ponerse en cuatro patas y gateó los dos metros que le faltaban para llegar al Clio. Apoyándose en el capó, se puso de pie y se metió al coche.

Cuando cerró la puerta, Castro bajó la pistola y dio dos pasos hacia mí. Me miró a los ojos con pena y con arrepentimiento. Era la mirada de un hombre acorralado.

—¿Me vas a dejar que te cuente por qué? —dijo con una sonrisa que no logró disimular la mueca de dolor que tenía instalada en la cara.

—No hace falta. Ya lo sé. Porque es la colección de puntas de flecha más importante del mundo.

El arqueólogo negó con la cabeza. Abrió la boca para hablar, pero le ganó de mano la misma tos ronca que tenía el día que lo encontramos en el armario.

—¿No hubiera sido mejor ponerlas en un museo antes que quedártelas para vos? —pregunté cuando dejó de toser.

—¿Quedármelas para mí? ¿Para qué quiero yo una colección de flechas si tengo acceso a todas las del país?

—¿O sea que pensabas venderlas?

Castro dejó rebotar la cabeza de arriba abajo. El sudor de los pliegues del cuello brillaba con el reflejo de la luna llena igual que lo había hecho su lágrima.

—Todo el mundo tiene un precio, supongo —dije.

—Sí, y doscientos sesenta y siete mil dólares definitivamente está por encima del mío.

—Con una cifra tan precisa, supongo que ya tendrás comprador.

—Algo así.

—¿Dónde está la colección?

Castro levantó la mirada y, fijando los ojos en mí, negó con la cabeza.

—No te puedo decir eso, y lo sabés. Acabo de perder mi carrera y mi reputación por esa colección —al oír sus propias palabras, largó una carcajada resignada—. Al final a lo mejor es verdad eso de que las flechas están malditas.

—Si me decís dónde están, quizás te reduzcan la condena.

—No va a haber condena.

No lo dijo con tono sobrado, sino más bien fáctico. Me estaba informando de algo sobre lo que tenía absoluta certeza.

—No entiendo qué necesidad tenías de hacer todo esto. Sos una eminencia en esta disciplina. El tipo que más sabe de arqueología tehuelche en todo el mundo. Varias veces por año viajás al exterior a dar conferencias...

—Vos no tenés ni idea de cómo es el mundo de la investigación —me interrumpió—. Ni idea. Me costó treinta años llegar adonde estoy. Es cierto, tengo una cátedra en la UBA y me invitan a dar charlas en un montón de países. Pero no tengo un peso partido al medio.

—Todos la estamos remando y sin embargo no salimos a robar por ahí. Además, tan mal no le puede ir a alguien que va por el mundo dando conferencias.

Negó con una sonrisa amarga ante mis palabras.

—Las presentaciones en Venecia o en Las Vegas no me dan de comer durante el año.

—Tendrás un sueldo.

—Un sueldo de profesor universitario del que me embargan el cuarenta por ciento hace más de veinte años. Cuando me separé de mi mujer, le tuve que pasar la manutención de Lautaro, nuestro hijo, durante catorce años. Cuando Lauti cumplió los dieciocho eso se cortó, pero al año siguiente dejó embarazada a la novia. Tuvieron a Alicia hace seis años, y hace cinco mi hijo murió en un accidente de moto.

El hombre hizo una pausa para respirar hondo y cerró los ojos con fuerza.

—La madre de Alicia se declaró insolvente y me hizo juicio para que le pasara la manutención. Al morir el padre de la criatura, si el abuelo no tiene menores a cargo, se tiene que hacer responsable en caso de que la madre no pueda hacerlo. Vos que trabajás en un juzgado, ¿sabías eso de la ley de tu

país? Si no pago, no puedo ver a la única nieta que tengo y que voy a tener en mi vida.

—¿Y eso justifica secuestrar a una anciana y traicionar a una amiga como Echeverría?

—A la madre de Alicia solo le importa el dinero. Lleva una vida muy por encima de sus posibilidades, basada en deudas, tarjetas de crédito, cuotas... y pastillas. Antidepresivos, sobre todo. Y utiliza a su hija, ¡mi nieta!, como moneda de cambio. Si pago, la veo. Si no, no.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Laura, si todavía no me fui es porque quiero explicarte. Quiero que entiendas. Me importa que entiendas.

No le dije nada, pero le clavé la mirada más fría que pude conjurar.

—Yo solamente compré las flechas en el mercado negro. Por mi trabajo, estoy constantemente monitoreando los sitios webs de compra y venta ilegal de material arqueológico. Y cuando vi el anuncio de esa colección, llamé y le hice una oferta con la condición de que lo quitaba inmediatamente. Tuve que malvender el autito mío, un Fiat Uno de hace veinte años, para pagarle. Pero era un negocio redondo. Encontrando al comprador correcto, esa colección, así incompleta como estaba, se podía vender por cien veces más.

—Y decidiste venir a Deseado a hacer la compra con la excusa de ayudarnos en la investigación.

—No, Laura. Es al revés. Fue Echeverría la que me llamó para pedir ayuda. Yo hace veinte años que voy a Deseado cada uno o dos años a hacer trabajos de campo y asesorar en el museo. A Echeverría la conozco desde que era una abogada rasa. Cuando ella vio que este caso podía tener que ver con un robo de arte lítico, me invitó a venir.

—Y mientras nos *ayudabas* con el caso, compraste a un miembro de la policía las flechas que nosotros nos rompíamos el culo por encontrar.

—Cuando quedé con el vendedor de las flechas en este mismo lugar y apareció el policía gordito que había visto haciendo guardia en el juzgado, no lo podía creer.

Efectivamente, la historia de Castro cuadraba con la declaración del sargento Debarnot sobre cómo y dónde había vendido las flechas.

—Por suerte habías tomado el recaudo de esconderte con un pasamontañas. Pero, ¿sabés qué? No me interesa tu historia. Me tengo que ir a llevar a mi tía al hospital para asegurarme de que está bien.

—La traté como a una duquesa.

—¡La secuestraste y ahora está sangrando, hijo de puta! Podrías haber vendido las flechas que le compraste a Debarnot y punto. Pero no, no pudiste resistir la tentación de completar la colección. No sé si por conseguir más guita o por un fetiche arqueológico. Fingiste que te habían atacado en el museo para robar vos mismo la flecha tornasolada de la colección. Muy bueno el toque de atarte de pies y manos. Lo que todavía me falta averiguar es a qué empleado del museo le pagaste para que te encerrara con llave en el armario.

—A ninguno, Laura. Yo soy el único culpable de todo esto. Esos armarios de puerta de chapa tienen el mecanismo de cerrado expuesto del lado de adentro. Si la llave está puesta, se puede hacer girar desde dentro tirando de las varillas que se meten en el marco.

Sentí la puerta del Clio abrirse detrás de mí.

—Laura, vámonos —gritó mi tía.

Dí un paso hacia atrás, mirando a Castro a los ojos con todo el odio del mundo.

—Laura, me hubiera gustado que esto terminara de una manera muy diferente. Creo que podríamos haber sido muy buenos amigos en otras circunstancias. ¿Ya te olvidaste del viaje a Calafate y de todo lo que hablamos?

—No, no me olvidé de cómo te hacías el amigo para sacarme información y averiguar todo lo que podías de la colección.

El hombre bajó la vista y su pecho se desinfló de un soplido, como si estuviera muy cansado.

—Laura, ojalá me pudieras entender. No tenía otra alternativa.

—¿Cómo que no tenías otra alternativa? Robaste un museo, me mentiste, secuestraste a mi tía, todo por avaricia. Decime una cosa ¿para qué te va a servir toda esa plata, si ahora te va a perseguir la policía de todo el país?

—Basta con que me esconda unos meses.

—No, no basta con que te escondas unos meses. Yo personalmente me voy a encargar de que te encuentren. No vas a poder estar tranquilo nunca.

Castro me miró a los ojos y me pareció que el arma estaba a punto de resbalársele de las manos. La expresión de su mirada era de armonía. Casi de paz.

—Solo unos meses y voy a estar tranquilo —insistió—. Estoy enfermo,

Laura. Bastante enfermo. No fueron las curvas las que me hicieron vomitar en el viaje al glaciar. Ni es el frío del sur la causa de esta tos de perros.

—Mentira.

—Es verdad. Hago todo esto para dejarle algo a Alicia. Así cuando cumpla dieciocho años puede elegir tener una vida distinta a la de la madre. Ya que no voy a poder estar ahí para acompañarla, al menos quiero que tenga acceso a una buena educación, que viaje un poco por el mundo...

—No quiero escuchar una palabra más —dije y me di media vuelta, dándole la espalda.

—Laura, no te vayas.

Ignorándolo, seguí caminando.

—Laura, parate ahí. Te estoy apuntando con la pistola, Laura. No des un paso más.

Apuré el paso sabiendo que no me dispararía. Para eso tenía que ser un hijo de puta mucho peor. Había algo en su mirada, algo cálido igual que aquella charla que habíamos tenido frente al glaciar, que me decía que todo lo que me había contado era verdad. Que sus actos no eran más que los de un hombre acorralado.

Si era así, lo entendía. Y si me mentía, ya me encargaría de él. Pero ahora tenía que llevar a mi tía al hospital.

Secándome una lágrima, me volví para mirarlo una vez más por sobre mi hombro. Todavía seguía ahí, apuntándome con la pistola levantada. Me pareció verlo sonreír por un instante. Volví a girarme hacia el coche en el que esperaba mi tía.

Entonces oí el disparo.

Y luego otro.

Y un tercero.

—Yo te voy a enseñar, hijo de puta —gritó mi tía Susana con el hombro apoyado en el marco de la puerta abierta del auto. Tenía los brazos extendidos y sujetaba con las manos un arma que reconocí al instante.

Un barrido rápido con la mirada sobre la tierra seca confirmó mis sospechas. El tropezón y la caída que la habían dejado con la nariz rota habían sido puro teatro. Ni mi Browning ni el cargador estaban donde yo los había tirado.

Me giré hacia el arqueólogo. Se había apoyado en el guardabarros de su auto y miraba hacia abajo, donde sus manos intentaban taponar los agujeros que tenía en el vientre. Levantó la cabeza y me miró desconcertado,

como si acabara de despertar de un sueño muy extraño. Entonces comenzó a deslizarse hacia abajo hasta quedar sentado con la espalda contra la rueda delantera.

—¿Qué hiciste, tía?

—Te estaba apuntando, Laurita. Ese hijo de puta te iba a disparar. Vámonos —me respondió, subiéndose al auto.

La miré, desconcertada. Estaba pálida y hacía gestos con la cabeza para que nos fuéramos de ahí. Pero yo corrí hacia Alberto Castro a toda la velocidad que me permitieron mis piernas.

—¿Qué hacés? —oí que mi tía gritaba a mis espaldas.

Encontré al arqueólogo con la cabeza erguida y los ojos cerrados. Su boca se curvaba en una sonrisa que me pareció calma. Por la comisura de los labios bajaba un hilo de sangre que le teñía la barba blanca.

Emitió un sonido gutural y la sonrisa se convirtió en una mueca de dolor. Dijo algo, pero no pude entender más que un par de vocales que no me sonaron a nada. Una «a» y una «i».

—No hables —le indiqué mientras marcaba el 101 en mi teléfono—. Ya viene la ambulancia.

Cuando terminé de hablar con la operadora del servicio de emergencias, Castro hizo un gesto con la cabeza hacia el baúl del auto y volvió a intentar decir aquella palabra.

—*Isia* —fue todo lo que entendí.

—¿Alicia? —pregunté señalando el baúl—. ¿Alicia, tu nieta?

Castro asintió con la cabeza un par de veces y luego los músculos de su cara se paralizaron en un gesto de dolor. Respiró dos o tres veces más, pero ya no volvió a moverse ni a decir nada. Le apreté la muñeca con dos dedos pero no logré encontrarle el pulso.

Me levanté y di varias zancadas hasta quedar detrás del vehículo. Tiré de una de mis mangas para cubrirme por completo la yema de los dedos y apreté el óvalo con el logo de la marca del coche. Entonces el baúl se abrió con un zumbido hidráulico y sentí un olor profundo a alfombra nueva.

En el interior se encendieron unas luces que revelaron una mochila deshilachada y con rozaduras en los bordes. Cuando la abrí se me secó la boca de golpe.

Nunca había visto tantos fajos de dólares juntos.

CAPÍTULO 51

Levanté la mochila por una de las correas. Era pesadísima. Corrí los fajos de arriba y estos revelaron otros idénticos debajo, y así hasta llegar al fondo. Había por lo menos veinticinco fajos de billetes de cien. Más de doscientos cincuenta mil dólares.

El rugido de un camión cruzando el puente sobre nuestras cabezas me hizo salir del trance. Si Castro ya había vendido la colección Panasiuk, ¿para qué se había arriesgado a conseguir la última flecha? ¿Cuánto más le habrían ofrecido por la pieza que faltaba? ¿O esto no tenía nada que ver con el dinero y simplemente necesitaba completar la colección, víctima de una especie de trastorno obsesivo compulsivo profesional?

—¿Estás bien, Laura? —me gritó mi tía.

—Sí, ya voy —respondí por encima del viento sin quitar la mirada de la mochila.

Respiré hondo tres veces intentando calmarme para decidir qué hacer. Desde que yo era policía jamás había encontrado tanta plata en una escena del crimen. Eso sí, las pocas veces que se encontraba algún dinero significativo —siempre muchísimo menos que lo que yo tenía hora ante mí—, terminaba desapareciendo. Me pregunté quién se quedaría con esa fortuna si no me la llevaba yo. ¿El comisario Lamuedra? ¿Alguien muy por encima de él?

Mentalmente hice el cambio a pesos para darme una mejor idea de cuánto había en esa mochila. La cifra era impresionante. Durante un instante fantaseé con lo que podría comprarme con aquella fortuna. Una casita perdida en la montaña por algún rincón de la cordillera donde todavía no llegaran los turistas, por ejemplo. Y todavía me quedaría un muy buen resto para montar algún negocio y vivir desconectada de los asesinos, ladrones y demás hijos de puta con los que me tocaba lidiar a diario. En ese momento, teniendo en las manos una cantidad que me llevaría casi diez años ganar —y cuarenta ahorrar— de manera honesta, me di cuenta de que estaba empezando a

cansarme de la policía, del juzgado y de los homicidios.

Pero una cosa no tenía nada que ver con la otra, me reprendí apretando los dientes. No era mi dinero y punto. Además había sido conseguido robando y vendiendo patrimonio histórico, era ilegal por donde se lo mirase. Lo que había hecho Debarnot no pasaba de una simple travesura comparado con tocar esos dólares.

Antes de que la codicia me hiciera cambiar de opinión, cerré el baúl con todas mis fuerzas y fui corriendo hacia mi tía. La encontré sentada de costado en el asiento del conductor, con los pies apoyados en la tierra.

—¿Qué estabas haciendo?

—Buscando un kit de primeros auxilios —dije.

—¿Para él?

—Para vos. Para mí. No sé... qué sé yo, tía.

—¿Está muerto? —preguntó con una voz débil.

—Creo que sí.

Por encima nuestro pasó otro camión. Nos quedamos en silencio hasta que el ruido del motor desapareció.

—¿Qué hice, Laurita? —me preguntó llevándose las manos a la cara—. ¿Qué hice?

Me puse en cuclillas junto a la puerta abierta del auto. Las rodillas de mi tía quedaron a la altura de mi cabeza. Le agarré las manos y la miré a los ojos, que tenían un brillo vidrioso y se movían de un lado a otro.

—Va a salir todo bien, no te preocupes —le dije.

Lejos, entre las ráfagas, oí una sirena.

—¿Qué vamos a decir?

—La verdad, tía. Que Castro me estaba apuntando con un arma y vos le disparaste para defenderme. Tanto tu vida como la mía corrían peligro. Va a estar todo bien, vas a ver.

—Laura.

—¿Qué, tía?

—Yo nunca le había disparado a otra persona.

—Este se lo merecía —dije para tranquilizarla.

—Te estaba apuntando.

—Hiciste lo correcto, tía —insistí, aunque estaba segura de que Castro no tenía intención de hacernos ningún daño.

No me respondió. Sus ojos se posaron en un punto indefinido por encima de mi hombro. Entonces por primera vez en mi vida la vi derrotada,

con la actitud de un luchador que ya no puede ponerse de pie para otra ronda más.

En su caso, la lucha había sido larga y había recibido muchos más golpes de los que había dado. El primero duró once años, desde que su padrastro abusó de ella por primera vez a los cuatro hasta el día que cumplió quince y le puso dos granitos de estricnina en el café con leche para verlo morir echando espuma por la boca. Luego vinieron la culpa y el convento.

Pasaron dos años hasta que decidió cambiar el hábito por el uniforme. Entonces aprendió a sobrevivir con dignidad en un cuerpo de policía casi exclusivamente masculino. Hasta que su sobrina y su marido, es decir mis padres, murieron en un accidente de tráfico. A partir de ese momento se dedicó a criarme.

Mientras yo pensaba en todo esto mi tía Susana inspiró hondo y se secó las lágrimas con la punta de los dedos. Abrió la boca para hablar, pero las palabras no le salieron y volvió a esconder el rostro en sus manos marchitas. Las mismas manos que me habían preparado miles de desayunos y me habían tranquilizado en las noches de pesadillas durante los primeros años después del accidente de mis padres.

Sus hombros subían y bajaban con el espasmo de una congoja que yo jamás había visto en ella y no pude contener mis propias lágrimas. Aquella mujer se merecía mucho más que la ristra de golpes bajos que venía recibiendo desde los cuatro años. Mucho más.

El sonido de la sirena se oía ahora más claro. La policía, seguramente seguida por la ambulancia, no podía estar muy lejos.

Casi sin pensarlo, me puse de pie y corrí hacia el coche del arqueólogo. Rodeé el cuerpo de Castro, todavía apoyado en la rueda y volví a abrir el baúl. Agarré la mochila por una de las tiras y me la puse al hombro. Oí la tela desgarrarse a mis espaldas y un fajo de dólares cayó a mis pies. El cierre se había descosido y entre los hilos asomaban billetes verdes.

Levanté el fajo que se había caído, pero al inclinarme otros dos se fueron al suelo. Las luces azules de la policía ya iluminaban las hojas más altas de los sauces. No estaban a más de doscientos metros.

Puse toda la plata de nuevo en la mochila y la levanté, procurando cerrar la abertura con una mano y agarrarla por el fondo con la otra. Caminé con paso apurado hasta el coche en el que esperaba mi tía y abrí el baúl. Levanté la alfombra y quité el gato y la caja de herramientas junto a la rueda de auxilio. Metí la mochila en el hueco y volví a taparlo todo con la alfombra,

apoyándole las cosas que había quitado.

Cuando cerré el baúl, las ruedas del patrullero ya sonaban en el ripio. Levanté la vista y vi una camioneta Amarak de la Policía de Santa Cruz que bajaba hacia nosotros. Detrás la seguía una ambulancia.

Volví junto a mi tía y le di un abrazo. Aunque nos alumbraba el resplandor violáceo de las luces intermitentes, no pude leer en su expresión si se había dado cuenta o no de lo que su sobrina acababa de hacer.

CAPÍTULO 52

Incluso vista desde el confort de la calefaccionada oficina de la jueza, la ría daba miedo aquella mañana. La marea bajante empujaba con fuerza el agua gris hacia el océano y el viento producía unas olas de crestas blancas y aspecto amenazador.

—Pasá, Badía, sentate y contame todo —me dijo la jueza señalando una silla del otro lado de su escritorio.

Le expliqué con lujo de detalles lo que había pasado hacía apenas unas horas. Le confesé que le había mentido para que me abriera la caja fuerte y le pedí disculpas por no haberle confiado que Castro tenía secuestrada a mi tía. A grandes rasgos, podríamos decir que le conté la verdad, aunque evité mencionar ciertos detalles de lo que había sucedido debajo del puente de los sauces. En especial, que había encontrado una mochila llena de dólares que ahora tenía escondida en el altillo de mi casa.

—¿O sea que Castro había vendido parte de las flechas y estaba buscando la que le faltaba para completar la colección? Eso es raro, ¿no? ¿No tendría más sentido completarla primero y venderla después?

—A lo mejor prefirió pájaro en mano y arregló con el comprador una suma extra por la que faltaba.

—¿Y no te dio ninguna pista de quién podía haber llegado a ser el comprador?

—No.

—¿Ni dónde puede estar el dinero de la venta? No estaba en el vehículo ni en su habitación del hotel Los Barrancos. No tuvo tiempo de ir a Buenos Aires, esconderlo y volver. Y una suma así es imposible de depositar en un banco sin dar explicaciones.

—¿Quizás tenía alquilada una habitación de hotel en Caleta o en Comodoro? No creo que tuviera pensado volver a Deseado después de conseguir la flecha que le faltaba.

—Puede ser, eso lo está investigando Lamuedra.

—¿Qué va a pasar con mi tía? —pregunté.

—Por eso no te preocupes. Ahora cuando la terminen de examinar en el hospital la van a llevar a la comisaría para tomarle declaración y después se va a ir a su casa.

—¿Quedará en libertad?

—Por ahora, sí. Por supuesto que va a haber un juicio, pero lo más probable es que se la encuentre inocente. Defensa propia. Y en todo caso, si tuviera que cumplir una condena, le correspondería prisión domiciliaria porque tiene más de setenta años.

Echeverría se miró las uñas pintadas de rojo y se sumió unos instantes en pensamientos que adiviné sin dificultad.

—¿Por qué? —preguntó al fin—. Entiendo que el ser humano puede llegar muy lejos por simple codicia, lo vemos todos los días en nuestro trabajo. Pero hay algo que no me encaja. Jamás se me hubiera ocurrido que Castro podía ser capaz de algo así.

—Usted sabe mejor que nadie que cuando se trata de si alguien es culpable o inocente, las apariencias engañan —ofrecí.

La jueza asintió, poco convencida, y estuve a punto de contarle lo que me había dicho Castro sobre su enfermedad y su nieta. Pero entonces pensé en mi tía, a la que le esperaba un brete legal importante y un cargo de conciencia grande, incluso creyendo que había hecho lo correcto. Si se enteraba de los verdaderos motivos de Castro no se perdonaría jamás haberlo matado. Fue en ese momento, frente a la jueza, cuando decidí que las últimas palabras del arqueólogo se irían conmigo a la tumba.

Hubo un silencio incómodo. Primero pensé que era por lo que Echeverría me acababa de decir de la prisión domiciliaria, pero luego me di cuenta de que era por lo que no había mencionado todavía.

—Laura... me duele en el alma tener que decirte esto.

No me hubiera hecho falta que pronunciara una palabra más. Con eso yo ya lo había entendido todo.

—Te vamos a tener que apartar del cargo —me dijo con tono severo pero esquivándome la mirada—. Vas a seguir cobrando, pero te voy a tener que iniciar un sumario por todas las irregularidades. La desaparición de las huellas, que aunque te las haya robado Debarnot eran tu responsabilidad, la obtención ilegal del ADN de Vera, la mentira cuando me hiciste abrir la caja fuerte, el robo del coche del policía que custodiaba en la puerta y, lo más importante, ir sola a verte con Castro en vez de reportar el secuestro de tu tía.

—Pero, Delia, ¿y las flechas? Todavía no sabemos quién se las compró a Castro. Ni mucho menos dónde están.

—De eso se va a encargar la Policía Federal. Esa compra-venta es un delito que viola la ley 25743 de Protección del Patrimonio Arqueológico y Paleontológico. Es un crimen federal en el que no tenemos competencia.

Recitó estas últimas palabras como un autómatas, en un tono profesional y distante.

—No me podés apartar del caso, Delia —dije, tuteándola por primera vez en mi vida—. ¿Me vas a decir que no hubieras hecho lo mismo en mi lugar?

—¡Lo que yo hubiera hecho es irrelevante, Laura! —gritó, dando un puñetazo en el escritorio—. No puedo permitir que nadie en el juzgado juegue al héroe ni al detective. Tenemos normas, procedimientos, protocolos y te saltaste por lo menos media docena.

La jueza respiró hondo para intentar tranquilizarse antes de volver a hablar.

—Te prometo que voy a intentar que sea lo más leve posible —dijo—. Calculo que en seis meses ya te vas a poder reincorporar al trabajo. A lo mejor los podés aprovechar para irte a vivir una temporada a la cordillera. ¿Cuántas veces me dijiste que era tu sueño?

—¿Seis meses?

Delia Echeverría, la autoridad máxima del poder judicial en Puerto Deseado, se encogió de hombros. Hay cosas que yo no controlo, decía su gesto.

CAPÍTULO 53

Cinco días después de la muerte del arqueólogo, volví al despacho de la jueza. Me había llamado la noche anterior para pedirme que nos viéramos.

—¿Cómo está tu tía? —me preguntó, levantándose de su silla para darme un abrazo en cuanto entré por la puerta.

—Es difícil de saber eso, porque es más cerrada que una ostra cuando se trata de sentimientos. Yo creo que está intentando volver a la normalidad.

—¿Y vos?

—Aburrida. No estoy nada acostumbrada a estar sin trabajar. Pero bueno, como me citaste con tanta urgencia, tengo la esperanza de que eso cambie pronto.

La jueza cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Lo siento, Laura. De verdad lo siento, pero no puedo hacer nada. Sabés muy bien que de todas las personas de este pueblo, soy la última que debería saltarse las reglas.

—¿Entonces para qué me hiciste venir?

—Por dos cosas. La primera es que te quiero agradecer por todo lo que hiciste.

—¿Agradecer? Me apartaste del cargo, Delia.

—Una cosa es lo que dice la ley y otra cosa muy diferente es lo que yo pueda sentir. Y siento que sin todas las cagadas que te mandaste no hubiéramos resuelto este caso tan pronto.

Entre dientes, solté una risa irónica.

—¿Y todo esto cómo sigue? No me refiero a mí, sino al resto. Vera, Debarnot, el comprador de Castro.

—Bueno, Vera continúa detenido. Su abogado pidió un análisis de sangre para determinar el contenido de testosterona y demostrar el uso de esteroides.

—Pero cuando lo detuvimos ya habían pasado más de dos semanas del día que agredió a Ortega. Un análisis ahora es irrelevante.

—Seguramente. Así y todo, la carta más potente que tienen es intentar pelearla por el lado de la influencia de los fármacos. Juicio por homicidio simple y ya veremos cuántos años le corresponden.

Miré por la ventana. Una nube negra cruzaba la ría avanzando directamente hacia el pueblo.

—Debarnot, por otra parte, ya está fuera del cuerpo policial.

—Igual que yo.

—No, vos estás suspendida y tarde o temprano te van a restituir. A él lo expulsaron y no puede trabajar nunca más en su vida en ninguna policía del país. No me extrañaría que se fuese del pueblo.

—¿Y las flechas?

—Ese es el otro motivo por el que te hice venir.

La jueza sonrió y apuntó con un índice hacia arriba, indicándome que aguardara un momento. Sin bajar el dedo, levantó el teléfono de su escritorio y apretó una sola tecla. Oí el aparato de la harpía del otro lado de la puerta.

—Isabel, decile que ya puede pasar.

Tras unos golpecitos en la puerta, apareció en el despacho la figura anacrónica de Francisco Menéndez-Azcuénaga. Debajo del brazo que no empuñaba el bastón traía una caja plana, como de bombones pero de dimensiones mucho mayores. Antes de decir nada, me la extendió.

—¿Y esto? —pregunté.

—Ábrala, Licenciada Badía.

Puse la caja sobre el escritorio. Estaba hecha de madera y tenía una tapa sujeta con tres pequeñas bisagras doradas. La abrí y el triángulo de flechas tornasoladas descompuso la luz del despacho en mil destellos de colores.

Menéndez-Azcuénaga había agregado las flechas ocho y nueve, completando la cuarta línea del diagrama de Fonseca. En el medio, un poco hacia arriba, había un hueco evidentemente destinado a la única pieza que faltaba para completar la colección Panasiuk.

—¿Fue usted quien le pagó todo ese dinero a Castro por las flechas?

—¿«*Todo ese dinero*»? —preguntó Menéndez-Azcuénaga.

—Castro me dijo que había vendido las flechas por doscientos sesenta y siete mil dólares.

El bisnieto de Teodor Panasiuk arqueó las cejas.

—Si hubiera tenido esa cantidad y la oportunidad de comprárselas, reconozco que lo hubiera hecho. Pero ni una cosa ni la otra. Yo no tuve nada

que ver con esto.

—La Federal tardó apenas tres días en localizarlas —explicó la jueza—. Me llamaron antes de ayer. Las había comprado un empresario francés que vive la mitad del año en París y la otra en Bariloche.

—¿Y cómo las encontraron?

—Por los registros de llamadas y mensajes en el teléfono de Castro. Dicen que fue bastante fácil.

Echeverría abrió un cajón de su escritorio y me ofreció la misma cajita de plástico que Castro había cazado al vuelo antes de liberar a mi tía. La abrí y dejé caer en mi palma la flecha que habíamos encontrado en el suelo de la casa de Julio Ortega. Los destellos multicolores eran tan vivos como los de las otras catorce.

—¿Qué va a pasar con esta colección?

—Va a quedar en el museo del pueblo —dijo el hombre.

—Los dueños de El Atardecer donaron su flecha —agregó la jueza, señalando la número nueve en el cuadro.

—Pero con el valor que tienen en el mercado negro, ¿cómo va a hacer el museo para protegerlas?

La jueza sonrió antes de hablar.

—Aquí el señor Menéndez-Azcuénaga ha tenido el gesto precioso de comprometerse a donar al museo un exhibidor de vidrio blindado conectado a un sistema de alarma de última generación.

—La gente del museo está tan contenta que quieren ponerle mi nombre a la sala principal —comentó el coleccionista—. Por supuesto, les dije que no hacía falta.

Menéndez-Azcuénaga se metió una mano al bolsillo y sacó un pomito de pegamento siliconado que apoyó junto al cuadro.

—Me gustaría darle el honor de completar la colección Panasiuk, licenciada. Si no fuera por usted, quizás nunca se hubiera logrado volver a reunir las quince flechas.

—Será un honor —dije—. Pero antes, ¿puedo pedirle un favor, señor Menéndez?

—Lo que quiera, si está a mi alcance.

—Exíjale a la gente del museo que le cambie el nombre a la sala.

—De ninguna manera. No es necesario. Eso sería un acto de vanidad imperdonable.

—No me refiero a que le pongan su nombre.

—¿Entonces?
—Exíjale que le vuelvan a llamar Patrick Gower.
—¿Quién es Patrick Gower?
—Después se lo explico —dije y pegué la punta de flecha en el espacio vacío sobre el terciopelo rojo, completando el triángulo.



Después de casi tres décadas, la colección Panasiuk volvía a estar junta. Y por primera vez en la Historia estaría a disposición de cualquiera que quisiese verla.

CAPÍTULO 54

El vuelo de Comodoro a Buenos Aires salió en horario y despegó sin viento, dos cosas bastante inusuales. Viajé con la mochila todo el tiempo entre los pies y no me levanté en ningún momento al baño. De vez en cuando la apretaba entre mis tobillos para asegurarme de que los billetes seguían ahí.

A diferencia de otras veces, no había ninguna amiga de la facultad esperándome en Aeroparque. No le había avisado a nadie de mi viaje a la capital.

Habían pasado ya dos semanas de la noche de los sauces. Echeverría había conseguido que trasladaran el cadáver de Castro a Buenos Aires en el avión sanitario de la provincia dos días después de su muerte. Según me había dicho la jueza, con quien hablábamos de vez en cuando aunque yo ya no trabajara en el juzgado, lo habían enterrado en la parcela que tenían los Castro en el cementerio de Chacarita, junto a su hijo. Me pregunté si Alicia habría asistido al funeral.

Yo, por mi parte, seguía sin acostumbrarme a no trabajar. No tenía ni idea de qué haría con mi vida los siguientes seis meses o lo que fuera que tardara en resolverse el despelote en el que me había metido. Unos días en Buenos Aires me vendrían bien para despejarme un poco, aunque la visita a la capital no era precisamente unas vacaciones. Si tuviera que ponerle una etiqueta, diría que era un viaje de negocios.

Dormí en un hotel bonito en Palermo, en la zona de las embajadas.

Al día siguiente los nervios apenas me permitieron desayunar un café. Frente al espejo de cuerpo completo en mi habitación me calcé la peluca rubia que había comprado en Comodoro y unos anteojos de sol que me cubrían media cara.

Salí con la mochila colgada de un solo hombro, apretando su contenido

bajo el brazo. Era una mañana húmeda de cielo gris y abrigos largos. Caminé despacio por la vereda los cincuenta metros que me separaban del edificio blanco con palmeras en el patio que había visto en internet.

Atravesé el portón de hierro forjado y un guardia alto y musculoso de uniforme blanco parecido al de un marinero me preguntó si tenía cita. Le dije que sí y me pidió que abriera la mochila. Ni siquiera levantó una ceja al ver el contenido. Simplemente se limitó a dejarme pasar con una leve reverencia.

Al entrar en el edificio, me sorprendió un ambiente cálido y seco, muy distinto al del invierno de Buenos Aires. Una recepcionista con el pelo recogido en una cola de caballo increíblemente tirante me recibió con una sonrisa de dientes perfectos y me preguntó, con acento caribeño, en qué podía ayudarme.

—Ya la atienden —me dijo cuando le expliqué a qué iba. Luego escribió algo en la computadora y me señaló una sala enorme con un sofá de cuero blanco—. Tome asiento por allí.

Me senté sujetando la mochila en mi regazo. Una vez más me pregunté si estaba haciendo lo correcto, y una vez más me respondí que sí.

Me tiré hacia atrás en el asiento y miré a mi alrededor. Las paredes de mármol estaban decoradas con óleos de pájaros exóticos, playas paradisíacas y embarcaderos rebosantes de yates. Frente a mí, en el centro de la pared más grande, colgaba una bandera azul con un escudo a la derecha y la *Union Jack* del reino unido en una esquina. Debajo de ella, unas letras doradas cinceladas en el mármol formaban la frase «*Embajada de las Islas Caimán en la República Argentina*».

No pasaron más de cinco minutos hasta que se abrió una de las puertas de caoba de la sala. Un chico de mi edad, de tez blanquísima, ojos celestes algo aguados y muy pocos pelos en la cabeza se me acercó y me extendió la mano con una sonrisa enorme. También tenía un deje caribeño al hablar, pero a diferencia de la recepcionista se notaba que el castellano no era su lengua materna.

—Bienvenida, señorita Badía. Adelante. Mi nombre es Gabriel Dawson —dijo indicándome que lo siguiera por la puerta de la que él acababa de salir.

Pasamos a una oficina de muebles blancos y modernos. A cada lado de la sala había dos pequeñas oficinas con puertas y paredes de vidrio grueso. En las dos que no tenían la persiana americana bajada vi escritorios de diseño. Gabriel me hizo pasar a una de ellas.

—Según nos comentó por teléfono, tiene interés de abrir una cuenta y hacer un depósito en alguno de los bancos de las Islas Caimán —dijo bajando la persiana de la oficinita para que nadie pudiera vernos.

—Efectivamente. Aunque quizás haya un pequeño problema.

—Dígame.

Dudé un instante, pensando en cómo explicar aquello.

—No se preocupe que lo que hablemos es absolutamente confidencial. Además, usted se encuentra ahora en territorio de las Islas Caimán, y las leyes de nuestro país protegen la identidad de las personas que hacen negocios con nosotros. Por eso somos un destino tan atractivo.

—No puedo justificar la procedencia de los fondos.

El hombre me miró algo extrañado, como si no entendiera del todo lo que le acababa de decir.

—¿Y si pudiera justificarla, qué sentido tendría ponerla en las Islas Caimán? —dijo con una mueca pícar.

Gabriel Dawson esperó a que le devolviera la sonrisa para seguir hablando.

—Mucha de la gente que lleva dinero a las Islas lo hace justamente porque nosotros no pedimos explicaciones de la procedencia de los fondos. Y una vez el dinero está en un banco de Caimán, nuestro gobierno tampoco provee información sobre titulares de cuentas ni saldos, aunque la pida el mismo FBI o la Interpol. ¿De qué monto estamos hablando?

—Doscientos sesenta y siete cincuenta mil dólares.

—En ese caso no va a haber ningún problema —dijo abriendo un cajón del escritorio.

Puso frente a mí una pila de folletos de diferentes bancos de las islas. Muchos de ellos tenían nombres que yo no había sentido en mi vida: el Altajir Bank, el Cayman National Bank o el First Caribbean International Bank.

—Nosotros, como comprenderá, somos simples representantes consulares de Caimán en la Argentina. No somos un banco. Pero como nuestra industria número uno son las finanzas, facilitamos el flujo de capitales hacia las Islas. Lo que hacemos es gestionar la apertura de la cuenta y el depósito en la institución que usted elija.

Entonces Gabriel pasó a explicarme las ventajas y desventajas de cada uno de los bancos. Me comentó que la embajada era apoderada de todos ellos y tenía la facultad de recibir dinero y abrir cuentas en cualquiera. Además, se

trataba de un servicio consular gratuito, es decir que no cobraban nada por el trámite. En fin, una máquina de fuga de capitales legal y perfectamente aceptada.

—Y ahora, el *catch* —dijo el muchacho al terminar de explicarme los detalles de cada banco.

—¿El *catch*?

—Sí, ¿cómo se dice en castellano? ¿La trampa?

—No sé, depende a lo que te refieras.

—Le explico. Habría que dar muchísimas explicaciones para mover el dinero de vuelta de Caimán a Argentina o cualquier otro país que no sea un paraíso fiscal. En la práctica, le diría que es casi imposible sin ser investigado por la justicia. Así que si usted tiene pensado comprar una propiedad, montar un negocio o usar el dinero todo junto en Argentina, nosotros no recomendamos que se lo lleve a Caimán.

—¿Pero el dinero se puede ir usando de a poco?

—Sí, usted obtendrá una tarjeta de crédito y una de débito, y puede sacar hasta cinco mil dólares de cualquier cajero del mundo.

—¿Por mes?

El muchacho apretó los labios, reprimiendo una sonrisa.

—Por día.

CAPÍTULO 55

Javi, te esperé en este banco hasta que se me rompió el corazón.

Miré la frase antes de sentarme junto a ella en un banco de madera pintado de verde. Sin quitar los ojos del grafiti, intenté consolarme pensando que en aquel mismo lugar había habido gente con un nudo en el estómago mucho mayor al que tenía yo ahora.

Miré el reloj y luego el cielo. Con suerte, las nubes de color plumizo aguantarían su agua quince minutos más.

La calle adoquinada que corría a lo largo a la plaza empezó a llenarse de coches. Coches blancos, azules y rojos. Brillantes y todavía por pagar. Dos mujeres se saludaron en la vereda, esperando frente a la puerta cerrada de una casona de otro tiempo. Un tiempo en que las calles empedradas del barrio de Caballito no eran una reliquia del pasado sino una muestra de progreso. Una tercera mujer se les unió enseguida. Charlaban, miraban sus teléfonos y, de tanto en tanto, sonreían.

En cinco minutos había al menos veinte personas más esperando en la puerta. Casi todas eran mujeres de mi edad o un poquito más. Las miré una por una preguntándome cuál sería la mamá de Alicia. ¿La rubia de los anteojos de marco grueso? ¿La de pelo cortito y tetas operadas? ¿O la que estaba vestida para ir al gimnasio?

Para cuando se abrieron las dos hojas de la puerta de madera eran casi cincuenta los que esperaban en la vereda. Uno a uno fueron metiéndose a la casona.

Antes de que los últimos pudieran entrar, los primeros ya salían.

Cada uno llevaba de la mano un niño de uniforme blanco y gris. A la mayoría se los veía cansados, con los hombros cargados con mochilas de colores vivos, cuadradas y más grandes que sus espaldas. Algunos hablaban a sus mayores con una sonrisa en la cara. Otros pocos lloraban.

Alicia fue una de las últimas en salir. Su madre resultó ser la del pelo corto y las tetas operadas. No sé por qué, pero lo presentía. Era una mujer algo más joven que yo. Preciosa, pero de una belleza extraña. Quizás eran las cejas depiladas en dos ángulos finos, que le daban una expresión dura y de maldad. O a lo mejor era todo lo que Castro me había dicho de ella.

La niña tenía una expresión apagada. Agotada. Me pregunté si habría tenido un día particularmente malo —una pelea con un compañerito o una reprimenda de la maestra—. O quizás llevaba así dos semanas, desde que alguien, probablemente su madre, le había dado la noticia de la muerte de su abuelo.

Alicia dijo algo gesticulando con las manos y su madre negó con la cabeza y tiró del brazo. Me vi a mí misma en su semblante triste. También vi a mi tía, que a la edad de Alicia ya conocía el infierno. Y en ese momento deseé con todas mis fuerzas que Castro hubiera estado equivocado y que aquella mujer fuera capaz de darle a su nieta una infancia feliz.

Me levanté del banco y caminé en dirección contraria a ellas, deseándoles lo mejor y pensando ahora en la otra posibilidad. En que la madre realmente fuera una harpía, superficial y mala persona. ¿Serviría para algo lo que había querido hacer Castro? ¿Tenía algún sentido dejarle dinero a alguien criado por una persona horrible? ¿Había valido la pena que su abuelo destrozara su buen nombre y su reputación internacional?

Solo el tiempo podía responder si las penas de Alicia, con pan, serían menos.

Once años y medio, para ser precisos.

Los que faltaban para que la niña cumpliera dieciocho y le llegara una carta de las Islas Caimán informándole que su abuelo le había dejado una cuenta con doscientos sesenta y siete mil dólares. Más intereses.

~FIN~

NOTA AL LECTOR

Querido lector,

¡Muchas gracias por leerme! Espero que hayas pasado un buen rato con esta historia. Si es así, me encantaría que me escribieras para contármelo: cristian@cristianperfumo.com

Si te quedaste con ganas de más, seguramente disfrutarás mis otras novelas de misterio y aventuras ambientadas en la Patagonia:

[El secreto sumergido](#): un buzo aficionado arriesga su vida para buscar un barco hundido en aguas heladas.

[Dónde enterré a Fabiana Orquera](#): un periodista retoma un caso de asesinato que lleva treinta años sin resolverse.

[Cazador de farsantes](#): un escéptico se dedica a desenmascarar manosantas, brujos y otros charlatanes.

Por último, me gustaría invitarte a mi lista de correo, donde suelo enviar cuentos inéditos a mis lectores y compartir novedades relacionadas con mis libros. De esa manera quedaremos en contacto y podré avisarte cuando publique una nueva historia (no te preocupes que escribo muy de vez en cuando y nunca te enviaré *spam*). Puedes suscribirte en mi web: www.cristianperfumo.com.

¡Hasta la próxima!

Cristian Perfumo

AGRADECIMIENTOS

Este libro no hubiera sido posible sin la ayuda enorme de mi amiga Celeste Cortés, una verdadera referente de la criminología en la Patagonia (y una muchísimo mejor profesional que Laura Badía).

También he tenido la suerte de contar con el apoyo de expertos en diversas materias que han respondido desinteresadamente a mis preguntas, incluso las más absurdas. Esteban Byrne me dio un excelente curso introductorio sobre el mundo del fisicoculturismo amateur. Alicia Castro despejó muchas de mis dudas sobre arte lítico tehuelche. Mariano Rodríguez me proporcionó información sobre el sistema impositivo argentino. Hugo Giovannoni me desasnó (y no es la primera vez que lo hace) en cuestiones de armamento y balística. A todos ellos, muchísimas gracias.

Gracias también a Jorge Combina, unos de los fotógrafos patagónicos más talentosos que conozco, por cederme los derechos de una preciosa fotografía para la portada de este libro.

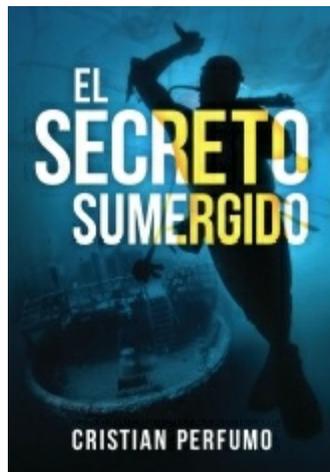
El proceso para transformar un manuscrito en un libro es largo y requiere de muchos pares de ojos. Agradezco a las siguientes personas por leer las primeras versiones de esta historia y ayudarme a mejorarla: Trini Segundo, Norberto Perfumo, Mónica García, Renzo Giovannoni, Mónica Chrichton, Estela Lamas, Christine Douesnel, Lucas Rojas, Javier Debarnot, María José Serrano, Analía Vega, Ana Barreiro, Andrés Lomeña, Carlos Ferrari y Lucía Distefano.

Y por supuesto a Trini, mi compañera en esta vida. Gracias por el apoyo con este libro, con los anteriores y con todas las otras locuras. Es fácil ser feliz al lado de alguien así.

Más novelas de Cristian Perfumo

EL SECRETO SUMERGIDO

Marcelo, un joven buzo aficionado, busca en las aguas heladas de la Patagonia el lugar exacto del hundimiento de la Swift, una corbeta británica del siglo XVIII. Cuando la persona que más sabe del naufragio en todo el país aparece asesinada con un mensaje extraño en el regazo, Marcelo descubre que su inocente pasatiempo constituye una amenaza enorme para cierta gente. No sabe a quién se enfrenta, pero sí que compite con ellos por reflotar un secreto que, después de dos siglos bajo el mar, podría cambiar la historia de aquella parte remota del planeta. Encontrarlo será difícil. Seguir con vida, aún más.



Basada en una historia real. ¡Miles de ejemplares vendidos en todo el mundo!

www.cristianperfumo.com

DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

Verano de 1983: En una casa de campo de la Patagonia, a quince kilómetros del vecino más próximo, uno de los candidatos a intendente de Puerto Deseado despierta tirado en el suelo. No tiene ni un rasguño, pero su pecho está empapado en sangre y junto a él hay un cuchillo. Desesperado, se levanta y busca a su amante por toda la casa. Viajaron allí para pasar un fin de semana juntos sin tener que esconderse de los ojos del pueblo. Todavía no sabe que ya nunca volverá a verla. Ni que la sangre que le moja el pecho tampoco es de ella.

Hoy: Nahuel ha pasado casi todos los veranos de su vida en esa casa. Por casualidad, un día encuentra una vieja carta cuyo autor anónimo confiesa haber matado a la amante del candidato. El asesino deja planteada una serie de enigmas que, de ser resueltos, prometen revelar su identidad y la ubicación del cuerpo. Entusiasmado, Nahuel comienza a descifrar las pistas pero pronto descubre que, incluso después de treinta años, hay quienes prefieren que nunca se sepa la verdad sobre uno de los misterios más intrincados de aquella inhóspita parte del mundo.

¿Qué pasó con Fabiana Orquera?



www.cristianperfumo.com

CAZADOR DE FARSANTES

“Si estás viendo esto, es porque estoy muerto”, dice a la cámara el periodista Javier Gondar pocas horas antes de que le peguen un balazo en la cabeza. En el video, Gondar señala como culpable de su asesinato al Cacique de San Julián, uno de los curanderos más famosos de la Patagonia.

Tras una experiencia difícil, Ricardo Varela se inicia en un extraño hobby: filmar con cámara oculta a chamanes y brujos de su ciudad y exponer sus trucos en Internet. No sabe si existe la brujería, ni le interesa demasiado. De lo que sí está seguro es que su ciudad está llena de farsantes sin escrúpulos dispuestos a prometer salud, dinero y amor a cualquiera que quiera creer. Y pagar.

Para Ricardo, enfrentarse al Cacique es la única forma de cerrar una herida que lleva dos años abierta. Sabe que tendrá que poner en riesgo su vida, y no le importa. Lo que no se imagina es que ese brujo no es más que el primer eslabón de una macabra trama que lleva años cobrándose vidas en nombre de la fe.



www.cristianperfumo.com